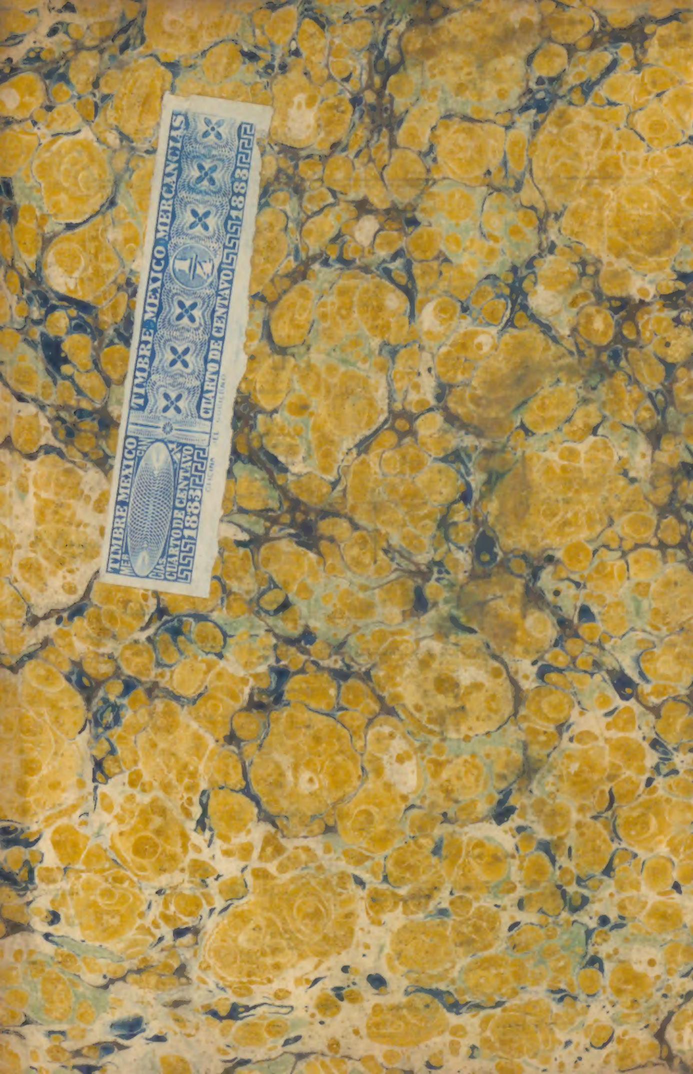
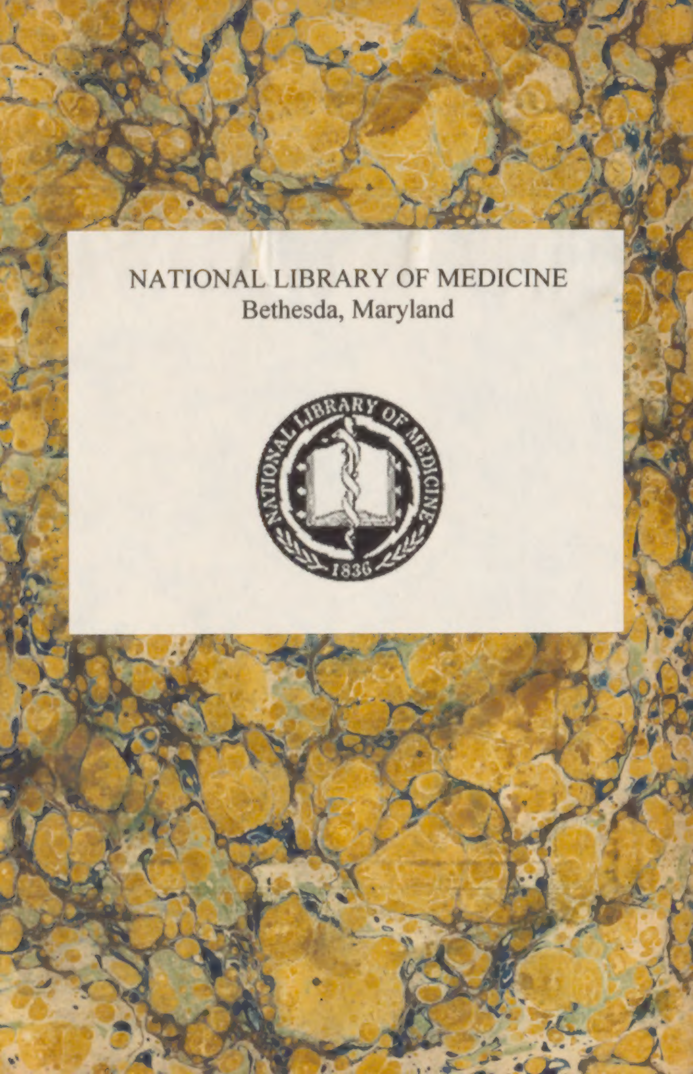



TIMBRE MEXICO MERCANCIAS
CUARTO DE CENTAVO 1883
TIMBRE MEXICO MERCANCIAS
CUARTO DE CENTAVO 1883


NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE
Bethesda, Maryland
NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE
1836

EL ENFERMO

SANTIFICADO

POR EL BUEN USO

DE

SU ENFERMEDAD,

Obra utilísima á toda clase de personas: traducida del frances al castellano, por un Sacerdote del obispado de Puebla.

TOLUCA: 1845.

Reimpreso en la esquina del callejon del Muerto.

Tunc dicet Rex his, qui á dextris ejus erunt: Venite benedicti patris mei, possidete paratum vobis regnum á constitutione mundi. . . . Infirmus eram, et visitastis me. &c.

D. Mattheus cap. 25. ℣. 34 et 36.

Entonces (esto es, en el dia del juicio) dirá el Rey á los que estarán á su derecha: Venid, benditos de mi Padre, posed el reino que os está preparado desde el principio del mundo: porque. . . . . . estuve enfermo, y me visitasteis.

San Mateo en el capitulo 25 versos 34 y 36.

CONCESION DE INDULGENCIAS.

El Illmo. Sr. Dr. D. Antonio Joaquin Perez y Martinez, dignísimo obispo de Puebla, por sí y á virtud del pacto que tiene celebrado con los Illmos. Sres. obispos de Monterey y Quito, se dignó conceder ciento y veinte dias de indulgencia á todas las personas que leyeren ú oyeren leer las ecsortaciones que contiene este libro, por cada vez que lo hicieren; y los mismos por cada vez que practicaren alguno de los actos de virtud comprendidos en las oraciones que están al fin. Asi consta por su decreto dado en 3 *de Julio de* 1820.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Una desgraciada esperiencia ha acreditado no pocas veces, que los que asisten á los enfermos con los socorros espirituales, ya por olvido, ya por inadvertencia, ya porque de buena fe suponen que han hecho testamento, omiten recordarles esta gravisima obligacion con graves perjuicios de sus almas y de sus herederos; y asi han fallecido muchos sin haberla cumplido. Por esta razon se recuerda á los lectores esta diligencia para que no la omitan, sino que digan á los enfermos lo que Isaias al Rey Ezequiel: *Dispone domui tuæ quia morieris tu, et non vives.* Isaie. 38 ℣. 2.

ECSORTACIONES.

PARA LOS DIFERENTES ESTADOS DE LOS ENFERMOS.

PRIMERA PARTE.

ECSORTACION I.

Que puede servir de introduccion á un confesor cuando comienza á visitar á un enfermo: sobre la sumision con que se deben recibir las enfermedades.

SE me ha dado aviso, querido, de la enfermedad de V., y yo tomo en ella demasiada parte, para no venir inmediatamente á ofrecerle los consuelos de que puede necesitar.

El señor ha juzgado á proposito el poner á prueba la fidelidad de V. y el apego que tiene á su Magestad; él sondea su corazon de V. y procura ensayarlo por la enfermedad, queriendo descubrir por el buen ó mal uso que hiciere de ella, sus verdaderas disposiciones, y los senderos por donde V. camina.

Siendo él el Soberano Dispensador de los bienes y los males de esta vida, y siendo obli-

gacion de V. el recibir con una sumision perfecta los golpes que le dé su mano poderosa, está V. precisado á entrar ó acomodarse á los designios que S. M. tiene sobre V. y decirle á ejemplo del Rey Profeta: que está dispuesto á sufrirlo todo por obedecerle y agradarle: y que se abandona enteramente á su divina Providencia. *Ego in flagella paratus sum. Pslm.* 37 *vs.* 18.

En la enfermedad es donde se conoce el cristiano, y en donde se descubre la verdadera sumision de su espiritu y de su corazon: en ella las cosas se manifiestan en su semblante natural; pero si por una parte pueden practicarse en ella muchas virtudes, tambien por otra hay que temer no menos defectos. Aunque la enfermedad de V. no aparece peligrosa ó mortal, V. siempre ha de manejarse con circunspeccion en el uso que debe hacer de esta afliccion. Todo en ella debe aprovecharse, porque todo puede contribuir á la virtud y á la salvacion, y V. debe estar en vela contra los menores movimientos de impaciencia y murmuracion á que puede esponerlo la violencia, ó la largura del mal.

El cuerpo, abatido bajo el peso del dolor, pide el socorro de los remedios: éstos no le faltarán á V.; pero como los males del cuerpo son ordinariamente remedios, ó preservativos contra las dolencias del alma, conviene

que V. tenga tanto cuidado en sanar de éstas, como en librarse de aquellos.

ECSORTACION II.

Avisos generales para consolar á un enfermo en la pena de haber perdido su salud.

Cuando uno está enfermo, es menester dedicarse á hacer que los males sirvan de provecho para la salvacion. Las enfermedades son algunas veces castigos con que Dios nos afflige por el mal uso que hacemos de la salud, y entonces los dias de enfermedad deben ser para nosotros unos dias de humillacion y penitencia, y los debemos pasar mas bien en gemir sobre nuestros desordenes, que en sentir la pérdida de una salud que nos era tan funesta. El Señor algunas veces nos deja, aun por muy largos años, gozar tranquilamente de la salud, á pesar de que á cada paso puede privarnos de ella; pero como su bondad no nos la ha concedido sino como un medio que habia puesto en nuestras manos, para hacerla servir á su gloria y á nuestra santificacion, es muy justo que despues de haber abusado de ella tanto tiempo, seamos despojados y suframos con paciencia su privacion, haciéndole á S. M. este sacrificio, á pesar de todas las repugnancias de la naturaleza, como que su so-

berana voluntad es la única regla que deben seguir nuestros deseos.

Privándonos Dios de este bien caduco y fragil, quiere procurarnos otros mas sólidos y mas durables, y ponernos en estado de trabajar mas eficazmente en nuestra salvacion. Cuando estamos libres de las enfermedades, y gozamos de una salud perfecta, nos olvidamos de Dios, y rara vez ocupan nuestro espíritu los pensamientos de la eternidad: la salud es la que nos pone en semejante desorden, y ella sirve del mayor obstaculo á nuestra conversion, ó á nuestro adelantamiento en la virtud: los placeres nos seducen y nos corrompen, y su veneno hace unas impresiones mortales en nuestro espiritu, y en nuestro corazon: los mejores dias nos parecen aquellos que pasamos en las delicias, á pesar de que ellos debieran ser para nosotros unos dias de luto y de lagrimas: la fuerza de nuestro temperamento, y de nuestra salud, que parecia ser inalterable, nos sirve de motivo para mantenernos tranquilamente en las ocasiones mas peligrosas, mirando con indiferencia las practicas de la virtud, como si fuesen unas cosas que aun no estan de sazon para nosotros. En este estado nuestra alma gime en una infinidad de enfermedades que la oprimen, mientras nuestro cuerpo se mantiene vigoroso y sano; y caminando siempre á la

voluntad de nuestras pasiones, no salimos ordinariamente de un abismo, sino para sumergirnos en otro peor. ¿Y no será una grande misericordia de Dios para con nosotros, si en lugar de castigarnos como á ingratos y rebeldes con una muerte inesperada, se contentase con detenernos en medio de tantos desórdenes, y arrancarnos de los objetos criminales que nos esponen á una perdicion casi inevitable?

Pues esto es lo que el Señor hace eficazmente, por medio de las enfermedades: por ellas nos detiene en aquella ciega carrera que nos conducia á la perdicion, como en otro tiempo detuvo á Saul el perseguidor de su Iglesia, y echándonos por tierra como á él, y reduciéndonos á una impotencia de continuar una vida tan poco cristiana como llevabamos, nos da ocasion de hacer alguna consideracion sobre nuestra conducta y de poder decirle: „Señor, ¿Qué quereis que yo haga? Nosotros eramos todos del mundo, y él quiere que seamos todos de S. M. Nosotros habiamos abandonado los caminos que podian conducirnos á la salvacion, y él quiere hacernos volver á entrar en ellos. ¡Qué bondad! ¡Qué misericordia! . . . . Quizá por este motivo, hermano mio, ha reducido á V. al estado en que se halla ahora, á fin de atraerlo á su servicio, y darle lugar de evitar los

pecados, que por la salud estaba V. en riesgo de cometer. La salud ordinariamente nos hace sembrar mucho para el infierno. ¿No sera pues muy apreciable el tiempo de la enfermedad en que podemos comenzar à sembrar para el cielo? Dios le da a V. en este estado unas señales singulares de su proteccion y de su amor, separandolo del comercio del mundo, para arrebatarlo de la dulzura y satisfacciones de esta vida, y lo carga de su cruz, a fin de hacerlo algun dia participante de su gloria.

ECSORTACION III.

Sobre el amor á las cruces.

Nosotros somos casi siempre enemigos de la cruz del Salvador. Sabemos que ella fue el instrumento precioso de que quiso servirse para obrar nuestra salud: pero no podemos resolvernos a cargarla, y nuestra delicadeza nos hace huir de todo cuanto puede crucificar ó afligir á nuestro cuerpo. Pero despues de tantos desórdenes, y tantas caidas voluntarias ¿qué no se debe emprender y sufrir para volvernos al Señor? ¿Qué esfuerzos no se deben hacer para estinguir ó desterrar de nuestro corazon las funestas inclinaciones, cuyos movimientos y ardores

resiente todavia? ¿y qué obligados no estamos al Señor cuando se digna él mismo aplicar el remedio á semejantes males, reduciéndonos á un estado propio para cortar nuestras ligaciones criminales, y á reformar nuestras malas inclinaciones, cuando nos aflige con una enfermedad que nos pone en la necesidad de sufrir, y mortificar esta carne de pecado, á fin de que carguemos nuestra cruz à ejemplo de Jesucristo, y caminemos en pos de él?

Para hacernos justos, es necesario caminar sobre sus pasos, y estamos tanto mas obligados á practicarlo asi, cuanto ni aun los mismos justos se han creido dispensados de esta obligacion. ¿Como pues, estando todavia en el rango de los pecadores, ó al menos de los imperfectos, pretendemos substraernos del yugo de los sufrimientos, y esceptuarnos de ésta ley general, de la cual el mismo Jesucristo no quiso esceptuarse? ¿Como pretenderemos reparar las faltas en que hemos caido, y restablecernos en la justicia que hemos perdido, sin sufrir espontanea y humildemente los trabajos, cuando vemos al Santo de los santos humillado y oprimido bajo el peso de la cruz con que quiso cargarse, y acabando su preciosa vida en medio de los mas horribles tormentos, por expiar unos crímenes de que era inocentísimo? *Quæ nón rapui,*

tunc exolvebam. Psalm. 68. Quizá esta enfermedad, hermano mio, le parecerá una cruz muy pesada, y una especie de martirio: pero aun cuando asi fuese ¿Que proporcion puede haber entre lo que padece V. y lo que debemos sufrir despues de tantas ofensas? ¿Cuantas almas inocentes hay, á quienes Dios ha probado por medio de unos males, mucho mas violentos que los que V. siente? ¿Qué diferencia entre el estado de V., y aquel en que se halló Job en medio de su muladar todo cubierto de llagas? ¿Entre las enfermedades que afligen á V. y las que padeció Santa Teresa de Jesus, por espacio de veintidos años? A mas de las grandes mortificaciones que esta Santa practicaba para estenuar su cuerpo, Dios quiso tambien contribuir á sus sufrimientos, haciéndola padecer unos males estremadamente duros, y dejandola al mismo tiempo en enfermedades casi continuas por tan largo nùmero de años: mas ella muy lejos de murmurar contra estas disposiciones divinas, ni de quejarse de ellas, se juzgaba dichosa por poder comprar el cielo á tan corto precio; y decia frecuentemente, que estaba muy obligada á la misericordia de Dios por no haberla arrojado al infierno como lo tenia merecido; y por contentarse S. M. con una satisfaccion tan ligera: y estas consideraciones la hacian re-

petir con frecuencia aquellas sabias palabras que manifestaban el grande amor que tenia á sus aflicciones.—*O morir.... O padecer.*

¿Cual seria, hermano mio, la disposicion de V. si Dios lo hubiera reducido al estado en que se halló Santa Liduvina por el espacio de treinta y ocho años; pues que apenas comienza V. á sentir su enfermedad, cuando empieza á murmurar por su largura? Esta otra Santa, desde la edad de quince años cayó sobre el yelo y se rompió una costilla, y esto no era mas que el preludio de los trabajos, á que la Providencia la queria entregar: los cuales poco á poco fueron creciendo tanto, que á mas de que no podia andar sino de rodillas, le era tambien imposible el llegarse las manos á la boca; su cuerpo fue presa de las mayores aflicciones, y como si tantos males de que estuvo cercada no fuesen bastantes para saciar el deseo que tenia de padecer, suplicó al Señor que la hiriese á ella sola con el azote de la peste que se habia estendido en la Olanda, que era el lugar de su nacimiento.

Si una virgen tan pura é inocente, ha tenido tanto valor y sostenido tantos males con una paciencia tan heroica; ¿qué esfuerzos no debe hacer V., hermano mio, para sufrir de una manera tranquila y cristiana, los que su enfermedad le hace padecer? El

Señor ordinariamente conduce á las almas santas por los caminos penosos, llenos de abrojos y de espinas, al puerto de la salvacion, y las hace entrar en el reino de los cielos. No reuse V. pues, sufrir con una perfecta sumision á su voluntad estos pequeños males, que su misericordia le ha enviado: dígale con el Profeta: „Tened piedad de mí, Dios mio, en las enfermedades que me habeis enviado, y dignaos curar mi alma, al mismo tiempo que tan justamente afligis mi cuerpo.” Pslm. 4. Ѷ. 4

ECSORTACION IV.

Sobre la disposicion en que debe estar un enfermo durante el curso de su enfermedad.

¿En qué estado se halla V. hoy, hermano mio? pareceme que con poca diferencia está V. lo mismo que ayer: la enfermedad tendrá su mas y su menos; y aun puede ser que á veces llegue á acongojar á V. demasiado; pero en esas ocasiones principalmente, será cuando deberá V. imitar la conformidad del santo rey David diciendo al Señor: „Dios mio, mi corazon está preparado, para sufrir humildemente todo cuanto vos querais, y como vos lo querais. . . . Quizá alguna vez se verá V. oprimido bajo el peso del dolor, y en otros momentos estará tranquilo y apacible

por el alivio de sus males: algunas ocasiones lo consolará la esperanza de verse prontamente restablecido: y otras lo acobardará el temor de que la enfermedad haya de durar por mucho tiempo: así sucede corrientemente á todos los enfermos, y especialmente á aquellos que tienen mucho amor á la vida.

Pero un cristiano que deveras ama a su Dios, y que no desea mas que agradarle, en todos los sucesos que le acontecen se mantiene siempre firme, é inmutable en cualquier es tado que sea el de su enfermedad. Como él no desea mas que el cumplimiento de la voluntad de Dios, está sumiso y contento, cuando sus males se aumentan, porque los mira como medios, que el Señor le proporciona para unirse mas estrechamente á él, proporcionando sus aflicciones á sus necesidades espirituales: y si alguna vez las enfermedades son peligrosas, y causan un fundado temor de quitar la vida, él se fortifica con la esperanza que tiene de adquirir otra que será infinitamente mas dichosa. Si al contrario los dolores son mas sufribles y menos penosos, él se aprovecha de estos momentos de alivio, para conversar en oracion con su Dios, y permanece tranquilo y pacifico, porque no desea nada tanto, como conformarse con su divina voluntad, á la cual sabe que debe estar estrechamente unida la de un enfermo: de suer-

te que estando lleno de estos piadosos senttimientos, abandona su destino en manos de la Providencia, no empeñandose mucho en libertar un cuerpo fragil y perecedero, á fin de salvar su alma que es inmortal, y procurarle una felicidad eterna. En esta disposicion, él se mantiene indiferente á sanar ó seguir enfermo, á vivir ó á morir, pues quiere todo lo que su Dios quiere, y no desea nada tanto, como lo que pueda ser agradable á su Magestad. El se somete ciegamente á los decretos del Soberano árbitro de la vida de los hombres, dejando en sus manos todos los sucesos, ó acaecimientos de la suya propia, sin manifestar la menor inquietud ó empeño en sus oraciones, por recobrar la salud.

Esta es, hermano mio, la disposicion en que deben estar todos los enfermos, para sacar grandes ventajas de sus enfermedades, y son las mismas en que V. debe mantenerse para el mismo fin. Algunas veces quiere Dios que estemos buenos y sanos; pero otras quiere que estemos enfermos, y entonces, si estamos mas tristes y descontentos, que cuando gozamos salud, es señal de que nuestra voluntad no está enteramente conforme con la suya: nuestro corazon desmiente á nuestra boca, cuando le decimos en la oracion del Padre nuestro „que se haga su voluntad asi en la tierra como en el cielo." Esta es la regla con

que deben conducirse todos los cristianos, y estos son los sentimientos que V. debe tener no solo durante su enfermedad, sino todo el tiempo de su vida. Esta es una disposicion tan feliz, que jamas la podremos pedir á Dios con demasiado empeño, y que cuando lleguemos á lograrla, siempre seran cortos nuestros cuidados para mantenerla, y conservarnos en ella. Con esta preparacion de ánimo se hallaba Jesucristo en el huerto, en donde viendo toda la amargura del caliz de su pasion, sometió su voluntad humana á su voluntad divina, y dijo a su Padre cuando le presentaba los tormentos y la muerte. ,,No se haga mi voluntad sino la tuya:" Este ejemplo, hermano mio, es el que V. debe imitar, y estas espresiones las que debe proferir con todo su corazon y sin cesar.

ECSORTACION V.

En que se declara cual ha sido el concepto que han formado los santos de los trabajos y las enfermedades.

Hermano mio: supuesto que el Señor se ha servido afligir á V. por medio de una enfermedad, que puede hacerlo sentir graves dolores por algun tiempo considerable, es necesario que se arme V. de mucha paciencia,

y que con el socorro de la gracia procure hacerse utiles sus mismos dolores. Mas para conseguir la paciencia es preciso que ocurra V. frecuentemente al Señor, que es quien la dá, segun dice el real Profeta „*quoniam ab ipso patientia mea:*" y tambien debe V. pedirle al mismo tiempo, que le descubra por una luz interior el mérito y el valor de los sufrimientos, para que los de V. se le hagan mas suaves y tolerables.

Se puede decir, que los trabajos y penalidades son unos talentos ó monedas, que Dios nos da para negociar. Usando bien de ellos, se compran aquellos bienes que no se comercian entre los hombres, así lo han creido los santos, y por eso los han estimado mas, que todo cuanto el mundo les ofrecia mas lisongero y agradable. Santa Catalina, auuque de un séxo ordinariamente ambicioso de honores y comodidades de la vida, menospreció las grandezas, y se espuso á los tormentos mas crueles. Los tronos del mundo ningun atractivo tenian para ella, y en el mismo ecúleo, en que fué martirizada, comprendió por las luces de su viva fé, que la corona del cielo e s mucho mas brillante, que todas las de la tierra.

A la otra santa Catalina, natural de Sena, le presento el Señor dos coronas una de espinas y otra de rosas, para que escogiera la que

le pareciese mejor; y la santa escogió la de espinas, porque sabia que la que dejara, le habia de quedar guardada para la otra vida. San Francisco de Asis llamaba á las enfermedades sus hermanas y sus queridas compañeras. San Camilo las llamaba misericordias del Señor. San Ignacio de Antioquía las llamaba sus perlas y sus piedras preciosas: y San Basilio le daba gracias al Señor por los trabajos y penas, que S. M. le enviaba, con tanto ardor como nosotros se las podriamos dar, por habernos vuelto la salud, despues de haberla perdido por largo tiempo. Finalmente San Francisco de Sales, dijo una ocasion, que si alguna cosa tenia que desear era una enfermedad larga de que morir, porque entonces sus amigos, cansándose de visitarlo, y sus domésticos de asistirle en sus necesidades, podria morir sin ser socorrido de nadie: por eso cuando le vinieron á encomendar á una pobre muger que estaba enferma de peligro, les respondió a los que le suplicaban rogase por ella: ¡oh que dichosa es esta querida alma, de tener que sufrir alguna cosa por amor de Jesucristo! Supuesto pues, que ella tiene tan poco que vivir en este mundo, es bueno que esto poco lo emplee en padecer.

ECSORTACION VI.

Cuales son los males que debemos temer.

Es bien diferente el concepto que nosotros tenemos de los males de esta vida, del que han tenido de ellos los varones santos, porque nosotros los vemos con los ojos de la carne, y no con los ojos de la fe; pero ellos no han creido que sean males dignos de consideracion, sino los que duran eternamente, y han juzgado despreciables los que se padecen en esta vida. Por eso eran tan pacientes y tranquilos en medio de los mas crueles tormentos, porque la muerte habia de terminar sus rigores y su duracion: y solo el infierno era el que les ponia en espanto, porque los castigos, a que serán entregadas las almas de los reprobos, no se acabarán jamas. El infierno es el que merece cualquiera que ha cometido una culpa mortal, y los suplicios eternos que en él se padecen, son los que deben alarmarnos, y llenarnos de temor.

Para evitar estos tormentos (si ha tenido V. la desgracia imponderable de haber pecado mortalmente), y para hacerse al mismo tiempo mas tolerables los que le causa á V. su enfermedad, no pierda V. de vista, hermano mio, aquella eternidad de penas que hace la desesperacion de los condenados, por-

que ellos no tienen esperanza de poder algun dia salir de aquella cárcel de fuego, en donde Dios los tiene encerrados para siempre. Esta consideracion aligerará á V. sus males, y con el socorro de la gracia le hará aun gustar una especie de alegria y de consuelo interior en medio de sus dolores, por agudos y violentos que sean.

Pero aun suponiendo que solo tuviera V. que temer el purgatorio, ó por no haber cometido jamás culpa mortal, ó por haberla expiado dignamente por la penitencia: ¿no son muy capaces de hacerlo estremecer aquellas penas aunque temporales, con que el justo Juez purifica allí á las almas imperfectas, para hacerlas dignas de ocupar algun lugar en su corte celestial? Una hora de padecer en este mundo, puede ahorrar á V. de padecer por muchos años en el purgatorio: ¿pues cuantos socorros no perderá en estos dias de dolor, y en estas noches crueles, en que es tanto lo que padece, si pierde el mérito de su sufrimiento, por sus murmuraciones, é impaciencias?.... Este es el famoso inconveniente, en que caen la mayor parte de los enfermos, no pensar en hacerse útiles los males, aceptándolos como venidos de la mano de Dios; y por eso en vez de servirles de causas de virtud y de mérito, les son ocasion de muchos pecados, por su poca sumision á

la divina voluntad. Lloran incesantemente la perdida de su salud, y los mas leves dolores que sienten les son insoportables. Como su cuerpo siempre ha sido su ídolo, las enfermedades de que es atadado hacen su desolacion, y de aqui viene que echan en olvido los pensamientos de salvacion; y si alguna vez levantan sus voces al Cielo, no es para pedir al Señor la paciencia y curacion de sus almas enfermisimas por su infinidad de pasiones, sino unicamente la del cuerpo, que es la que desean muy mucho mas.

Yo me persuado, que V. piensa de otra manera muy diferente, pues conoce el precio de su alma, y cuanto le importa el trabajar por salvarla: no ignorando que el cuerpo no es mas que polvo y ceniza, y que por consiguiente aquella es la que se debe atender con preferencia. Seria una estremada ceguera el pensar lo contrario, y equivocarse en una cosa tan esencial á la salvacion. Socorra V. á su cuerpo con los alimentos, y remedios de que necesita, pues esa es una obligacion que impone la naturaleza, y que autoriza la religion; pero salve V. su alma, (1) cuya perdida será irreparable: esta es una obligacion de justicia, que el mismo Dios le ha impuesto á V. Una obligacion de que

---

(1) Genes. cap. 19 v. 18.

ninguna cosa, y ninguna persona puede dispensar al hombre en este mundo. Todo lo que Jesucristo hizo y padeció por proporcionarnos los medios de cumplir con ella, es un motivo muy poderoso para empeñarnos en procurarla, y en valernos de todo, y sufrir todo, por asegurar nuestra felicidad eterna.

V., hermano mio, no puede hacer para su alma ninguna cosa que le sea mas útil, que usar bien de las enfermedades de su cuerpo. En todas las demas prácticas de virtud nuestra propia voluntad es ordinariamente un gusano que las roe, porque ella se halla casi siempre mezclada en ellas, por lo que sin cesar podemos desconfiar de nuestras propias acciones; pero de este temor estamos libres en las enfermedades, porque ellas vienen de Dios solo, que nos las envia por tanto tiempo cuanto juzga á propósito para su gloria, y para nuestra salvacion, y en este estado no tenemos necesidad mas que de paciencia para sufrir, y de humildad para someternos á las órdenes de su divina providencia.

Esta es la penitencia mas pura, la mas segura y la mas agradable á Dios, que podemos hacer, porque entonces estamos ciertos, de que hacemos su voluntad y no la nuestra, que es la enemiga de las enfermedades y de los trabajos: y por tanto debemos sentir movimientos de alegria al ver que despues de

haber pasado tantos años, quizá en una conducta desarreglada, Dios todavia se digna echar sobre nosotros una mirada de misericordia, afligiendonos con una enfermedad saludable, que nos pone en estado de renunciar aquel desorden, y de expiar nuestras flaquezas por medio de unos sufrimientos pasageros: diga V. pues, con el profeta. Yo he sido visitado por el Señor; pero su Magestad hiriendome con la mano de su justicia, me ha salvado por la de su misericordia.

Teniendo V. necesidad de mucha paciencia en sus males, para hacerlos mas utiles y tolerables, dirijase frecuentemente al Señor que la dá, y asi la conseguirá por el fervor de sus oraciones. La paciencia, dice un Padre, [1] es una especie de bálsamo, y un lenitivo escelente que alivia los dolores mas agudos: no hay remedio que le sea comparable, porque él hace al hombre como insensible y superior á todos los males y sufrimientos, de esta vida. *Patientiæ beneficio, ac si unguento quodam mitigatorio, etiam quæ illata sunt [mala] non sentiuntur.*

---

(1) Ab. Gilbert. serm. 32 in Cont. apud S. Bern.



ECSORTACION VII.

Las enfermedades son dones de Dios, y medios útiles para conseguir la salvacion.

Ahora acabo de saber, hermano mio, que la noche pasada fue para V. muy terrible, y que ha tenido V. necesidad de toda la paciencia que Dios le ha dado, para sostener la violencia de los dolores que lo han afligido. Eso es padecer como cristiano, llevar con paciencia el peso de su dolor, y armarse poderosamente contra las impaciencias que la naturaleza inspira; las cuales, lejos de disminuir el mal, corrientemente no sirven sino de aumentarlo, á mas de quitarle al enfermo el mérito, que ganaria sufriendo sus males con paciencia. La sumision de V. á la voluntad del Señor le hará el peso de sus males mas soportable y ligero, porque como dice S. Crisóstomo: ,,Las penas de ésta vida se hacen mucho mas sensibles á los que las quieren huir, que á los que las reciben y sostienen con valor, mirándolas como un medio, que Dios les presenta para trabajar en su santificacion, y recibiéndolas como penitencias por sus pecados."

Pero aun cuando los actos de impaciencia realmente nos proporcionaran algun a-

livio, ¿no deberiamos siempre reprimirlos, porque son ofensas que le desagradan, y obstaculos a los socorros de su gracia, que de tanta necesidad tenemos en todos tiempos y principalmente en el de la enfermedad? ¿Deberemos nosotros preferir el socorro del cuerpo á la salud del alma? Por otra parte: ¿qué obligacion no tenemos nosotros de mortificar esta carne rebelde, que se ha entregado á tantas miserias? ¿Y no es justo que ella sufra las penas de su rebeldía, y de las dulzuras envenenadas, que ha buscado con tanto ardor? ¿No está en el orden de la justicia, que lo que ha servido para cometer el pecado, sirva para repararlo, y que hagamos á Dios un sacrificio del instrumento mismo de que hemos usado para ofenderlo?

Esta fue la conducta de la pecadora del Evangelio despues de su conversion: todo lo que habia hecho servir á su pasion, y á sus desordenes, lo hizo servir á la justicia: otro tanto cuanto habia tenido de complacencia por si misma, tuvo de horror á sus maldades: cuanto mayor habia sido su cuidado en lisongear su cuerpo, tanto mas grande fue su cuidado de mortificarlo. Ella convirtió, segun dice S. Gregorio, el numero de sus crimenes en otro igual de actos de virtudes, a fin de que todo lo que habia podido contribuir á ofender a Dios, sirviese a la pe-

ntencia que queria hacer para expiar sus desórdenes. [1]

Imite V. la conducta de esta santa penitente, y si hasta ahora ha sido V. indulgente con este cuerpo de pecado, acepte siquiera la enfermedad de que Dios se sirve para castigarlo por su sensualidad é inmortificacion. Este mal, aunque sensible, es un verdadero remedio, él aflige el cuerpo; pero contribuye a la curacion del alma, es un don de Dios mucho mas ventajoso para la salvacion, que la salud misma que contribuye frecuentemente á su perdicion eterna: asi lo sabemos por el libro de la visita de los enfermos, que se halla entre las obras de san Agustin.

Su Autor, despues de habernos hecho conocer que las enfermedades del cuerpo producen ordinariamente la salud del alma, pone en el número de los dones de Dios todos los males que nos afligen. „¿Estás trabajado con una tós violenta, dice este padre antiguo: te falta ya el pulmon: tu estómago arroja los alimentos: te consume una fiebre lenta, que te vuelve ético: no puedes tolerar el uso del vino: estás atormentado

---

(1) S. Greg. hom. 33. in Evang. Convertit ad virtutum numerum numerum criminum; ut totum serviret Deo in pœnitentia quidquid [ex se Deum contempserat in culpa.

por una disenteria cruel: en una palabra, te sientes oprimido de la muchedumbre de males y penas que te afligen? Si tu eres juicioso y advertido, reconocerás que todas estas especies de enfermedades son otros tantos presentes ó favores, que Dios se ha dignado hacerte."

Luego en lugar de quejarnos, y de murmurar cuando la enfermedad nos ataca, debemos elevar nuestros pensamientos ácia el cielo, y adorar á aquel que hace sentir sobre nosotros el peso de su mano, y no nos hiere sino para sanarnos. Asi lo hizo el santo Job en medio de aquellas pruebas estraordinarias a que se vió reducido. Consideró que el Señor era quien permitía todos los males que habian llovido sobre él: no dijo que era la mano de Satanás la que lo habia herido, sino la mano de Dios, porque sabia que el demonio no es mas que el instrumento y ejecutor de su justicia, y que no puede hacer mas que lo que se le permite: y esto mismo es lo que Jesucristo nos dio á entender en aquella respuesta que le dió á Pilátos, que se jactaba de tener el poder de quitarle la vida, diciendole: no tuvieras semejante potestad, si no se te hubiera dado de lo alto.

Lo propio debe decirse á sí mismo un enfermo. cuando se ve reducido al estado

de enfermedad. Dios es el autor de este trabajo, justo es que yo me someta a' poder soberano que S. M. tiene sobre mi. Mi salud era un bien que yo tenia de su liberalidad, él es el dueño de ella, no me hace ninguna injusticia en quitármela, despues que he usado tan mal de ella por tan largo tiempo: y como podria suceder, que ella todavia fuese un obstáculo á mi salvacion, debo mirar la privacion de ella, no como un castigo, sino como una misericordia, y debo mirar al Señor, no como un Dios irritado que se quiere vengar de su criatura; sino como un Padre amante y tierno, que viene á socorrer á su hijo, y estorbar su perdicion, quitándole de las manos aquello que podia herirlo y causarle la muerte.

Esta debe ser; pero no es comunmente la idea que nosotros nos formamos de la conducta que Dios observa respecto á nosotros mismos, cuando nos priva de la salud. Casi siempre nos parece, que la enfermedad es la señal mas cierta de su indignacion y de su cólera: aunque ella es al contrario, la prueba mas segura de su proteccion; y no queremos reconocer que ella es un puro efecto de su bondad, que haciéndole siempre atento á nuestras necesidades, lo mueve á arrancarnos aun contra nuestra voluntad de las ocasiones de caer en el infierno, á fin de

hacernos entrar en el camino de la salvacion, y de poder ponernos en estado de merecer un lugar en el descanso de los bienaventurados.

Esta es la disposicion, en que todo cristiano debe estar respecto á las enfermedades que le sobrevienen, y las mismas en que V. debe afirmarse, para calmar sus inquietudes, y para poder decir con la misma sinceridad y resignacion que el santo Job. „Si hemos recibido los bienes de la mano de Dios con alegría, ¿por qué no recibiremos los males de su misma mano con sumision?" (1)

ECSORTACION VIII.

En que se hace ver que Dios es el soberano médico del alma, a quien debe recurrir todo enfermo: que se sirve de las enfermedades del cuerpo no solo para castigar, sino tambien para curar el alma de los pecados de que él ha sido instrumento. Y que siendo los pecados del alma la causa primitiva de las enfermedades del cuerpo, es muy justo que éstas destruyan al uno, para curar á la otra.

Los remedios que el médico le recetó á V. ayer, ¿han producido algun buen efecto?

---

(1) Job. c. 2. v. 10.

¿Siente V. algun alivio en sus males? No hay que desalentarse por el poco provecho: el mal no cede repentinamente, es menester continuar las medicinas, y abandonarse á las luces y á la prudencia del facultativo, que se ha dedicado á procurar á V. la salud. Se necesita de tiempo, y de paciencia para poder sanar. V. tiene mucha repugnancia á los remedios; pero su estado ecsige que se esfuerce en vencerla, y que haga menos caso de su mal gusto, que de la necesidad que tiene V. de ellos. Dios nuestro Señor para socorrer á los hombres en sus enfermedades, les ha dado virtud á las plantas, y cualidades específicas á las medicinas, y los enfermos están obligados á usar de ellas, cuando se juzgan necesarias: pues seria tentar á Dios querer esperarlo todo de su Providencia, despreciando los medios naturales de que se debe uno servir en las ocasiones que los piden; pero durante el curso de la enfermedad piense V. en hacerla servir de remedio á las enfermedades del alma.

Como nosotros seamos un compuesto de cuerpo y alma, y como ambas partes son susceptibles de enfermedades, ambas tienen necesidad de los remedios que les convengan, y el alivio que se procura á las del cuerpo, no debe hacer despreciar nada de cuanto puede conducir á la salud del alma. Su

Médico Omnipotente es el mismo Dios, y solo el es capaz de sacarla del funesto estado a que la reduce el pecado. El bajó del cielo, dice S. Agustin, para poner por obra su curacion (1): el se ha servido de su sangre misma, para hacer el remedio del alma enferma derramando hasta la última gota, y dando su propia vida por librarla de la muerte eterna. A este divino Médico es á quien V. debe ocurrir frecuentemente, para pedirle el alivio de sus males, y principalmente para suplicarle que le cure las enfermedades del alma: y como el pecado es el que las ha producido, y el que hace al cuerpo digno de las enfermedades que padece, debe V. repetir frecuentemente las palabras del Profeta. „Señor, tened piedad de mi, porque he pecado contra vos, y mi alma esta entregada al poder de las enfermedades." (2) Dignaos ¡oh mi Dios! aplicarle el remedio, a fin de que pueda conseguir una perfecta sanidad.

Para esta curacion del alma le proporcio-

---

(1) Ad sanandum [*de Verbo Domin. Serm. 59. in Evang. S. Joan.*] grandem aegrotum descendit omnipotens Medicus.

(2) (*Pslm.* 6 *v.* 2) Miserere mei, Domine, quoniam infirmus sum: sana me, Domine, quoniam conturbata sunt ossa mea.

na á V. el Señor un buen medio, privándolo por algun tiempo de la salud del cuerpo: él le ha quitado á V. ésta, para darle aquella, todas las penas de esta vida, dice un Padre antiguo, (1) son medicinales, y la enfermedad del cuerpo es un remedio soberano para curar las llagas del alma: *morbus hic corporis, medicina est spiritualis.* Ella tiene una virtud muy eficáz, para humillar nuestro orgullo, para despertar nuestra modorra, para calentar nuestra tibieza, para apartarnos de nuestros desórdenes, para desprendernos de las criaturas, para aumentar nuestros méritos, y para coronar nuestra paciencia.

La Glosa nos dá de estos buenos efectos algunos ejemplos sobro el cap. 9. de S. Mateo. Nuestras eefermedades, dice, son ó para la gloria de Dios, como la del ciego de nacimiento; ó para corregir nuestros pecados, como la del Paralítico; ó para mantenernos en la humildad, como las tentaciones de S. Pablo; ó para aumentar nuestros méritos, como la del santo Job. Asi es como Dios proporciona los remedios á nuestras necesidades particulares: y asi como un médico hábil, hace sacar del fondo de las venas la sangre corrompida, y los malos humores, para

(1) (*Div. Aug.*) de visitat. infirm. cap. 4.

asegurar la vida á un enfermo, o para conservar la salud á aquel que está en riesgo de perderla, asi Dios arranca de nuestros corazones por las enfermedades, los vicios y las malas inclinaciones, que son en nosotros, como otros tantos humores malignos que nos esponen á la muerte eterna.

Las enfermedades no son solamente remedios, sino tambien son unos castigos saludables: y por eso Dios castiga algunas veces á las almas con las enfermedades del cuerpo, sea porque es el instrumento de la mayor parte de los pecados que ella comete, sea porque previendo, segun dice Hugo de S. Victor, las flaquezas en que podiamos caer durante el tiempo de la salud, las estorva mas facilmente por la enfermedad del cuerpo que por otros medios: de suerte que nos es mas útil entonces, ser oprimidos de los males, que no estar escentos de ellos, porque sin este socorro necesario á nuestra fragilidad, nuestra salvacion estaria espuesta á una pérdida casi inevitable. (1)

---

(1) Quosdam praesciens Deus, multa peccare posse, flagellat infirmitate córporis, ne pereant; ut illis utilius sit frangi laboribus ad salutem, quam remanere incolumes ad damnationem (*Hug. á S. Vict. lib. de anima.*)

Si estuviesemos bien penetrados de esta conducta de Dios sobre nosotros, veriamos con otros ojos las enfermedades quesu Providencia nos envia; y en lugar de quejarnos, le dariamos gracias, porque por medio de ellas proveé á las necesidades de nuestra alma. Considerariamos el pecado, como el origen primitivo de los males á que estamos espuestos. Viviriamos persuadidos, de que la enfermedad del alma es la que causa la del cuerpo; que los desarreglos de nuestro espíritu y de nuestro corazon son los que han desarreglado los humores que hacian toda la fuerza de nuestro temperamento; y de que si somos entregados á una multitud de enfermedades y dolencias, éstas son el justo castigo de nuestras infidelidades y sublevaciones contra Dios.

Moisés amenazó al pueblo de Israel algun tiempo antes de su muerte: le predijo una infinidad de sucesos tristes y aflictivos que habian de caer sobre él, y lo habian de oprimir. Que Dios los heriria con peste, con fiebres, con llagas, y con otras especies de enfermedades, como hirió en otro tiempo á Egipto, porque no habia servido á su Señor y su Dios con el reconocimiento y afecto de corazon, que correspondia á la singular proteccion que le habia concedido; y que asi como antes se habia complacido en colmar-

lo de bienes, asi despues justamente irritado, le colmaria de males. (1)

De este envenenado origen, es de donde vienen todos los azotes de que Dios se sirve para castigarnos. A nuestros pecados, no á la maligna influencia de los astros, debemos atribuir semejantes plagas, que como dice Jeremias, son el fruto de nuestra malicia, que ha penetrado hasta el fondo de nuestro corazon. Para sanar de ellas, es necesario ocurrir á la penitencia, por medio de la cual se aplaca la ira de Dios; y los males, que nos oprimen y nos cercan por todas partes, cesan de afligirnos. Pero mientras somos prevaricadores de su santa ley, mientras nuestro cuerpo es un cuerpo de pecado, injustamente nos quejamos de los azotes, con que el castiga a unos súbditos rebeldes e ingratos, que han hecho servir contra él mismo, los beneficios que recibieron de su liberalidad. Debemos decirnos á nosotros mismos. ¿Quienes somos nosotros para quejarnos? ¿Somos por ventura inocentes? ¿Nuestro cuerpo no ha sido frecuentemente instrumento de la iniquidad de nuestra alma?. . . . Luego si somos culpables, como efectivamente lo somos, ¿por que llevamos tan mal el que Dios nos aflija por medio de la enfermedad, y nos

[1] Deuteron. c. 28.

prive de una salud, de que hemos usado tan mal? Aquel que ha abusado de un bien, de que no era mas que depositario, ¿no merece, que se le quite? ¿Y no debe reconocer que se le trata con demasiada indulgencia, cuando no se usan con él otras severidades, mas dignas de este nombre?

ECSORTACION IX.

En que prosigue el asunto.

La justicia humana tiene dos fines en los castigos que ejecuta en los culpados: el uno, castigar el crimen, el otro, detener su curso, por el temor de la pena decretada contra los delincuentes. Lo mismo podemos decir dela justicia Divina: si ella nos prepara cruces, si nos envia enfermedades, esto no es solamente para castigar nuestros pecados, sino tambien dice S. Basilio, para impedir que cometamos otros nuevos. (1) Si la justicia Divina nos hace mal, dice el Santo Job, (2) ella da el reme-

(1) Saepe morbi velut quaedam peccatorum flagella sunt, quibus nihil agitur, nisi ut vitam nostram in melius commutemus. *Lib. reg. fusius. disp. in. resp. interrog.* 55.
(2) Cap. 5. v. 18.

dio: si su mano hiere, su mano da la curacion. *Ipse vulnerat, et medetur: percutit, et manus ejus sanabunt.* Ved, dice S. Agustin, lo que hace un cirujano con su enfermo: él prepara los instrumentos, y en esto parece cruel; y con todo, en esto es en lo que muestra mas bondad y celo por la salud de su enfermo, pues por el uso de estos instrumentos, es por donde él le debe curar y salvarle la vida. *¿Vides præparantem ferrum? ¡O Sævitia! ¡O misericordia! Servaturus, nom perempturus.* Las llagas que le hace, no son efecto de su crueldad, sino mas bien pruebas de su compasion y caridad.

A ejemplo del médico, dice S. Geronimo, Dios no perdona, para tener lugar de perdonar; él es cruel, para poder ser misericordioso; él parece insensible á nuestros dolores, para procurarnos una salud perfecta. (1) Asi el dolor, es siempre efecto á un mismo tiempo de la justicia, y de la misericordia del Señor: de su justicia, que nos castiga; de su misericordia que nos levanta, y nos vuelve á nuestras obligaciones.

Por este camino hacia volver á los Israelitas que estaban en el desierto, cuando se

---

(1) (*Hier. in Ezeq.*) Instar medici non parcit, ut parcat; crudelis est, ut misereatur; nec considerat patientis dolorem, sed vulneris sanitatem.

habian estraviado, porque cuando ellos tenian todo á medida de sus deseos, los placeres, la abundancia, la prosperidad, les servian de obstáculo á la fidelidad que debian guardar á su libertador, que les habia dado en tantas ocasiones unas pruebas brillantes de su proteccion y su bondad. Pero desde que Dios los heria con alguna plaga, ó les enviaba algun azote, inmediatamenre ocurrian á él, para aplacar su cólera, y para obtener misericordia: y por esto dijo de ellos el Profeta David, que cuando sus enfermedades se multiplicaban, ellos se apresuraban á implorar la clemencia de Dios. (1)

Los Israelitas tienen en nuestros tiempos muchisimos imitadores de sus desórdenes, y de sus infidelidades para con Dios, pues lo hechan en olvido, cuando gozan de una salud perfecta, y viven como si pudiesen pasarse sin él: pero luego que se sienten heridos de alguna enfermedad, comienzan á abrirse sus ojos, á aclararseles la obscuridad de su entendimiento, y así recurren á aquel Señor, á quien casi siempre habian perdido de vista. En la sagrada escritura tenemos ejemplares muy notables de esta clase de personas, particularmente donde trata de Manasés, y de

---

(1) Multiplicatae sunt infirmitates eorum, postea acceleraverunt. *Pslm.* 15. *v.* 3.

Antioco. Al contemplar estos ejemplares, se puede decir, que no hay cosa mas fuerte y eficaz para convertir á un pecador endurecido, y hacerle pensar en su salvacion, que una violenta enfermedad: los dolores del cuerpo que le afligen, le hacen temer las penas de la otra vida, que ordinariamente parecen quiméricas, ó ligeras á los que las ven de lejos; pero que no parecen sino muy reales y efectivas, á los que las miran de cerca, como son los enfermos.

Este temor fue el que hizo entrar en si mismo al rey Ezequias, cuando fue herido de una enfermedad mortal. En estos tristes momentos fue cuando su imaginacion, llena de las ideas de la muerte, y viendo que sus dias iban a ser cortados, comenzó á clamar á Dios con una voz interrumpida por los suspiros, gimiendo como una paloma, y entonces tomó la resolucion, de recordar delante de Dios todos los años de su vida en la amargura de su alma. ¡Oh Señor! dijo entonces, ¿asi es como se pasa la vida? Mas si la ecsistencia de mi espíritu en mi cuerpo es tan limitada, vos me castigareis; pero me dareis vida. (1)

---

(1) Domine, si sic vivitur, et in talibus vita spiritus mei; corripies me, et vivificabis me. *Isai. cap.* 38. *v.* 11.

Cuando uno se cree lejos del peligro, no trata de precaverse de él; pero cuando se le tiene cerca, entonces comenzamos á temer, y apuramos todos nuestros esfuerzos para librarnos de él. V. hermano mio, por la misericordia del Señor no ha aguardado hasta este tiempo para darse á Dios, y para pensar sériamente en el negocio importante de su salvacion. En él se ha ocupado V. cuando ha estado bueno y sano; y no lo ha perdido V. de vista en estos dias de afliccion y enfermedad, que mas particularmente deben emplearse en esto, como que jamás podremos hacer demasiado para asegurarnos una felicidad sin fin, y libertarnos de unos tormentos que nunca se han de acabar. Procure V. pues, imitar á los discipulos del Salvador. Si acaso no ha ocurrido V. á Su Magestad cuando su cuerpo ha gozado, como el barco de aquellos de la calma de la salud, ahora que se han levantado los vientos, y que se hacen sentir vivamente los dolores, agitando el barco por la tempestad de la enfermedad, clame V. como ellos cuando comenzaron á peligrar, y dígale al Señor con todo el corazon: salvadme, Señor, porque estoy en riesgo de perecer. (1)

(1) Salva nos, Domine, perimus. *Mat. c.* 8 *v* 25.

ECSORTACION X.

Efectos saludables que producen las enfermedades: peligros á que está espuesta el alma, cuando el cuerpo goza de robusta salud.

Parece hermano mio, que está V. hoy menos postrado que ayer, y me han dicho, que ha pasado V. una noche muy tranquila. La calentura no está tan violenta como estaba, ni el semblante está ya tan inflamado: los males tienen sus mudanzas, y no siempre caminan á paso igual: serian intolerables, si siempre duraran en el mismo grado de violencia. El Señor, que le ha puesto á V. esta cruz, sabe muy bien proporcionarla á sus fuerzas, y ella nunca será superior, á lo que V. pueda sobre llevar. Si alguna vez aumentare su peso, él cuidará tambien de aumentar en V. el valor para llevarla. En aquellos tristes momentos en que V. se vea agobiado per la violencia de sus dolores, debe imitar la conducta del rey Ezequias, y como el hizo, ocurrir al Señor diciendole. „Señor, yo he sido entregado á unos dolores terribles: responded vos por mi." (1) Y si S. M. no le

(1) Domine, vita patior, responde pro me. *Isai. cap.* 38. *v.* 14.

alivia á V. sus penas, á lo menos lo fortificará interiormente por la uncion de su gracia: y permitiendo que su cuerpo de V. sea hecho presa de la enfermedad, él le hará sentir grandes consuelos en lo interior del alma; porque asi acostumbra hacerlo con aquellos á quienes aflige, cuando se someten á su santa voluntad.

Esto mismo nos enseña S. Gregorio Papa, cuando dice, que Dios visita siempre interiormente por su gracia, á aquellos á quienes visita esteriormente por los diferentes males que les envia. El los prueba por medio del dolor, con el designio de purificarlos: y los castiga, porque quiere hacerles misericordia. Hace como un buen padre, que trata ásperamente á su hijo cuando se ha estraviado; pero es solo con la idea de volverlo á hacer entrar en sus obligaciones; quiere serle útil, usando de severidad, y aunque toma en sus manos las varas para castigarlo por el desórden en que ha caido, no por eso deja de hacerle conocer, que á pesar de su ira, conserva todavia el corazon lleno de ternura, á fin de que arrepentido de sus faltas, sea mas atento en la observancia de sus deberes.

En esta situacion es, cuando él nos hace oir su voz con mas seguridad. Se vale del tiempo en que el pecador está rendido en

su cama, (1) para hacerle sus reprehensiones por medio de los dolores que le hace sentir. *Increpat per dolorem in lectulo, et omnia ossa ejus marcessere facit.* Entonces es, cuando lo espanta con sus amenazas, cuando trastorna sus huesos, y los diseca por la violencia del mal que le hace padecer: cuando le abre los oidos y le advierte la conducta que debe tener. (2) y entonces finalmente es, cuando él libra su alma á fin de que no caiga en la corrupcion y la muerte, sino que viviendo goce de la luz. (3) ¡Oh! dichoso el siervo, dice Tertuliano, [*Lib. de patient. c.* 11.] á quien el Señor se toma el cuidado de corregirlo, y contra el cual se digna encolerizarse, y cuyos defectos no disimula, y á quien tiene la bondad de castigar. [4]

Asi se valió el Señor del medio de las aflicciones para convertir á David, segun él mismo le dice *en el Psalm.* 31. *v.* 4., porque de dia y de noche hicisteis sentir sobre mi el

---

(1) Dice Eliu á Job. cap. 33. v. 19.

(2) Tunc aperit aures virorum, et erudiens eos, instruit disciplina. (*ibid. vers.* 16.)

(3) Liberavit animam suam, ne pergeret in interitum, sed videns, lucem videret. (*ibid. v.* 28.)

(4) ¡O servum illum beatum, cujus enmendationi Dominus instat, cui dignatur irasci, quaem admonendi dissimulatione non decipit! *Tert. ibid.*

peso de vuestra mano, me volví á vos en mi dolor, mientras que mi alma era punsada con las espinas de los remordimientos: *quoniam die ac nocte gravata est super me manus tua; conversus sum in ærumna mea dum configitur spina.* ¿Cual es esta espina, pregunta S. Bernardo, que produjo esta dichosa mutacion en el Rey adúltero y homicida? No fué solamente la reprehension de su conciencia, que le representaba claramente á la vista sus delitos, ni fue solamente la muerte de su hijo, y las demas desgracias que le sucedieron: fue tambien el dolor. *Spina, culpa est: spina, pœna est*, dice este devoto Padre con S. Gerónimo: la espina de un enfermo, es el dolor que tiene; es la fiebre, que lo consume y lo devora; es la debilidad, que lo tiene postrado en cama. Dichoso, continúa S. Bernardo, si esta espina obra su conversion, y le inspira los sentimientos de una sincera compuncion. [*] Este es el efecto, que por lo comun produce la enfermedad en las almas de muchos pecadores endurecidos en sus crímenes: porque despues que Dios ha hecho gravitar su mano sobre ellos por medio del mal, les inspira horror á la vida desreglada, y los inclina á la práctica de las

(*) Bené pungeris, si compungeris. (*S. Bern. Serm.* 44. *in Cant.*)

virtudes, segun añade el mismo Santo Padre: *multi cum sentiunt pœnam, corrigunt culpam.*

La espina del dolor fue la que inspiró á S. Agustin, siendo todavia jóven, la resolucion de pedir el Bautismo, cuando se vió acometido de un violento mal de estómago, que le hizo temer una muerte pronta, cuya inspiracion desechó luego que se vió fuera de aquel riesgo. Esta misma espina, fue la que separó á S. Francisco de Asís de todos los bienes de la tierra, cuando estando enredado en los embarazos del comercio por seguir las ideas de su padre, la mano de Dios (dice San Buenaventura) le hirió rigorosamente con graves enfermedades, que lo movieron á renunciar enteramente al mundo, por consagrarse á Jesucristo: y últimamente, una infinidad de santos podrian decir con verdad, que se habrian perdido eternamente, si la enfermedad no hubiera venido á su socorro para retirarlos del infierno, á donde estaban muy procsimos á caer. Y por eso dice S. Gregorio, que las enfermedades, que Dios nos envia, son unos favores preciosos; y que los males, que nos hace sufrir, son castigos de su misericordia, y pruebas declaradas de su amor. (1)

(1) Tormenta misericordiae: cruciat, et amat. (*S. Greg. hom.* 21 *in Ezeq*)

San Agustin estaba bien convencido de esto por su propia esperiencia, y qor eso advierte á los enfermos, que atiendan á los designios de Dios sobre ellos, y reconozcan que si los reduce á ese estado, es por una bondad paternal, con el fin de corregirlos, y de inclinarlos á una vida mas arreglada y mas cristiana. *¿Tribularis?....agnosce Patrem emmendantem.*

Dios no podria darnos en este mundo una señal mas segura de su ódio y de su indignacion, que dejandonos vivir impunemente en medio de los placeres y los delitos, y gozar de una salud que jamás es agitada por los dolores, ó perturbada por las enfermedades. En lugar de bendecirlo por este estado de prosperidad, que lisonjea nuestras pasiones y nuestros crímenes; deberiamos temer los funestos resultados de semejante prosperidad: y deberiamos mas bien, á ejemplo del santo Tobias, darle gracias por los males que nos envia, que por aquellos de que nos libra. Asi lo hizo este buen hombre todo el tiempo que estuvo padeciendo la ceguera de que el Señor le libertó por medio de un milagro, volviendole el uso de la vista que habia perdido.

ECSORTACION XI.

Sobre el mismo asunto.

Nada hay que contribuya tanto á abrir los ojos del alma, como las enfermedades del cuerpo: entónces es, cuando vemos mas claramente las ilusiones ó engaños de nuestros sentidos, los artificios del demonio, el horror de una vida licenciosa y libertina, y reconocemos mas perfectamente hasta donde llega la paciencia de Dios en sufrirnos en medio de tantos desordenes. Entonces comprendemos mejor que nunca, que el castigo, que su Magestad ejerce sobre nosotros, es un bien verdadero que nos hace, puesto que por medio de él nos pone en el camino, que puede conducirnos á la salvacion, arrancandonos del pecado, y empeñandonos por la enfermedad en la dura, pero saludable necesidad de cargar nuestra cruz, que es la llave que nos debe abrir las puertas de nuestra eterna bienaventuranza.

Hay personas, dice S. Agustin, á quienes la enfermedad hace santas, y á quienes la salud haria muy malas. (*) En la salud todas las pasiones se remueven, el amor á las rique

(*) Quam multi aegrotant in lecto innocentes, et si sani fuerint, procedunt ad scelera committenda. (*Tract, 7. in Joan.*)

zas, el deseo de los honores, el atractivo del deleite, el furor del juego, el ódio, y otra infinidad de pasiones dominan por sus turnos, y frecuentemente todas juntas en la mayor parte de los mundanos; y Dios para detenerlos en la carrera de tales desórdenes, permite que caigan enfermos, porque los dolores y los males son unos medios muy eficaces para desprender el corazon de las cosas de la tierra, y disgustarlo del mundo. Por esta causa el glorioso S. Bernardo, cuando trataba de fundar su primer monasterio, eligió un lugar pantanoso, para elevar en él á sus discipulos á la contemplacion, exponiéndolos á enfermedades frecuentes, las cuales él creia les eran mas útiles, que la perfecta saluddeque gozarian enun clima mas puro y sano, porque el alma no puede ser fuerte, sino en un cuerpo debil, ó enfermiso, ó mortificado, como el mismo santo lo habia leido en el Apóstol. *Cum infirmor, tunc Potens sum.*

Salviano dice, que la salud regularmente no se acompaña con la santidad: porque la robustez del cuerpo ha sido siempre la mas poderosa enemiga, contra quien ha tenido que pelear el alma; y por el contrario, el alma nunca tiene tanto vigor y fuerza, como cuando el cuerpo está afligido por los males y en-

fermedades (1). Así le dice el mismo Salviano en una carta á su hermana Cetura, y S. Pablo dá la razon de esto en el capít. 5. de su carta á los de Galácia. Es, dice el santo, porque la carne tiene unos deseos contrarios a los del espiritu, y el espiritu los tiene contrarios á los de la carne; y asi siendo opuestos uno al otro, cuando el cuerpo está avasallado por la penitencia ó por la enfermedad, entonces el alma triunfa, porque está mas espedita para lo bueno: y al contrario, cuando el cuerpo triunfa por gozar de salud perfecta, el alma está languida, para obrar su santificacion.

Para remediar este desórden, dice el mismo Salviano, es la enfermedad un secreto maravilloso, porque debilitando el cuerpo lo hace menos rebelde al espiritu, y lo obliga á hacer lo que la carne repugnaba: de donde concluye, que es util al hombre el tener un cuerpo enfermo y achacoso; y es para el una especie de salud, el carecer de la misma salud (2). Y esta utilidad es tanto mayor, añade este gran obispo, cuanto que entonces no hay que temer que las pasiones se suble-

(1) Terrestris vasculi fortitudo menti semper inimica est; te jure nunc tanto fortiorem spiritu puta, quánto imbecillior carne esse cóepisti

(2) Mihi quoddam genus sanitatis esse videtur, hominem non esse sanum. *Ibid.*

ven, que el fuego de la concupiscencia se encienda, que los sentidos procuren estenderse á objetos peligrosos, ni buscar en ellos alguna complacencia. (1) Entonces la flaqueza del cuerpo se hace victoriosa, y ella es la que dá la calma y la paz á el alma, despues de haber domado la carne, y desarmado todas las pasiones. (2)

Pero ¡ay! que peligroso es, que esta victoria sea de poca duracion, y que la vuelta de la sanidad traiga otra vez consigo todas las pasiones que parecian destruidas por la enfermedad. Asi se observa que sucede muchas veces, por una desgracia la mas lamentable. Un enfermo luego que ha recobrado su salud, vuelve á caer en el abismo de las culpas, y á continuar en sus antiguos caminos, y esto con mas fiereza y precipitacion que antes: semejante á un caudaloso y rápido rio, cuyas aguas habian sido detenidas al favor de algunos diques que se le

---

(1) Nulla enim admodúm tum spiritui, cum corpore, id est, nulla divinae indoli cum terreno hoste colluctatio est: non turpibus flammis medulla astuant: non male sanam mentem latentia incentiva succedunt, non vagi sensus per varia obletcamenta lasciviunt; sed sola exultat anima laeta, corpore affecto, quasi adversario subjugato.

(2) Vincentibus carnem tuam morbis, mente vicisti *Id. Salv.*

habian opuesto, él continúa en recaer en sus antiguos desórdenes, luego que las barreras se han rompido. ¡Cuantos de estos enfermos se ven todos los dias, que habiendo sido sobrios durante sus dolencias, se han vuelto destemplados, luego que han recuperado su vigor! muchos, que entonces eran castos, se han hecho fornicarios y adulteros. Otros que en el curso de su enfermedad peligrosa, cuidaban de hacer que se distribuyesen limosnas considerables á los pobres, viendose léjos del peligro, se han vuelto tan insensibles como antes á las necesidades de los progimos, aun las mas estrechantes, y les niegan el socorro que les habian concedido en el tiempo en que la muerte los seguia muy de cerca. Tan cierto es que la virtud no está enteramente en seguro, cuando la acompaña la salud, y que el estado mas propio para purificarse de todas las flaquezas del alma, es el del abatimiento y enfermedad del cuerpo, porque entonces el alma se esfuerza á dejar el vicio, y seguir la virtud; y de este modo la causa de su flaqueza produce la de su fortaleza, y su perfeccion. *Virtus in infirmitate perficitur.* Este es el testimonio, que nos da el Apóstol, fundado sobre propia esperiencia.

¿No lo ha esperimentado V. así tambien en las enfermedades, que ha tenido en otros

tiempos? ó si es esta la primera, juzgue V. de ello por su disposicion presente. Todos los dias observamos, que la enfermedad pone á las virtudes á cubierto de todos los vicios, de que los hombres antes de estar enfermos se dejaban llevar con una facilidad estrema; y por el contrario advertimos tambien incesantemente, que estas mismas virtudes estan espuestas á continuos riesgos, cuando se goza de una salud florida y completa: de modo que se puede asegurar, que la enfermedad es la fortaleza, y el apoyo mas sólido de la virtud.

Mas no es esta sola la ventaja, que las enfermedades y dolencias procuran á los hombres. No solo concurren á afirmarlos en la virtud, sino tambien contribuyen muy eficazmente á hacerlos renunciar de muchas flaquezas, á que suelen rendirse algunas veces. Nada hay tan eficaz, como advierte S. Agustin, para despertar á un letárgico, nada mas propio para humillar á un soberbio, nada mas conveniente para purificar á un penitente, y para alumbrar á un ciego, que un cuerpo abatido por la enfermedad, y entregado á dolores frecuentes, y á continuos sufrimientos. *Excitat torpentem, humiliat superbientem, purgat pœnitentem, iluminat cæcutientem.*

Hasta los Gentiles han vivido persuadidos

de los efectos maravillosos, que producen las enfermedades: y prueba de ello es, lo que refiere Plinio el jóven. No ha mucho tiempo, dice este autor, que la enfermedad de uno de mis amigos me hizo ver que, nunca somos tan hombres de bien, como cuando hemos perdido la salud, porque ¿de qué mal puede ser capaz un hombre que está enfermo?. . . . En este estado, ya él no es susceptible de ningun apego criminal, ni se empeña en correr en pos de los honores, desprecia las riquezas, se acuerda con frecuencia de que hay Dioses, á quienes es preciso respetar y temer, y entrando dentro de sí mismo, reconoce que es hombre. Él ya no tiene envidia á nadie, ya no menosprecia á su progimo, y no solo no se complace en oir las murmuraciones que otros hagan en su presencia por divertirlo; pero ni quiere poner la menor atencion á semejantes cosas. *Non amoribus servit; non appetit honores; ópes negligit; tunc Deos, tunc hominem esse se meminit; neminem despicit; invidet nemini: in sermonibus malignis, aut non atendit, aut non alitur:* asi habla un Pagano, y así nos descubre con perfeccion y esactitud los efectos saludables, que comunmente causan las enfermedades. Si somos justos, ellas nos conservan en la justicia; si somos esclavos de algunas pasiones criminales, ellas nos des-

prenden poco á poco de sus garras, y nos obligan á renunciarlas totalmente.

Por tener esto bien sabido el Apóstol S. Pablo, le dejó á su discipulo Timoteo una flaqueza de estómago, de que pudo haber procurado sanarlo; pero no quiso hacerlo, porque sabia que esta enfermedad le era útil, para separarlo de todo apego á las criaturas, y para unirlo mas estrechamente á Jesucristo. Lo mismo hizo con Trofimo, á quien dejó enfermo en Mileto: y S. Juan Crisóstomo da la razon de esta conducta del Apóstol diciendo (*) S. Pablo, como mas iluminado que nosotros, conocia el precio de las enfermeda des de Timoteo, y de Trofimo, y por eso no quiso privarlos de los frutos que podian sacar de ellas: y al mismo tiempo quiso enseñarnos á todos los fieles, que los achaques y enfermedades, sirviendo de materia á la humildad, á la paciencia, y á la fortaleza de el alma, pueden contribuir considerablemente á nuestro adelantamiento en la virtud y en la perfeccion: y abriendonos los ojos del alma, y descubriendonos nuestra miseria, sirven poderosamente para desprendernos del mundo, y hacernos suspirar por la felicidad eterna de la otra vida, á la cual nos conducen con mas seguridad que la sa-

(*) Homil. ad Popul. Antioch.

lud del cuerpo, pues esta, por el abuso que podemos hacer de ella, puede ser una funesta ocasion de nuestra eterna ruina.

Por el temor de este peligro, hallandose atacado de una enfermedad, que le tenia impedidos todos los miembros, un solitario llamado Pablo, que por largo tiempo habia ejercitadose en penitencias muy austéras, no quiso, como está (á pesar de verse obligado á estar siempre tirado en su lecho) no quiso curarse á sí mismo; sin embargo de que curaba á todos cuantos enfermos iban á verle, untandoles un poco de aceite, que él mismo habia bendecido. Se compadecia de los otros, y no de sí mismo, porque sabia, que la enfermedad le era mucho mas útil que la salud la cual los santos han recelado á veces en tal grado, que temian estar en desgracia de Dios, cuando se hallaban buenos y sanos.

¡Ay! decia el piadoso hermitaño Romito, ¡ay Dios mio! ¿Qué quereis hacer de mí? ¿Quereis que perezca? ¿aun no llevo siquiera un año de estar enfermo, y ya me habeis restituido la salud? Tales son las quejas de los santos enfermos, cuando Dios los pone buenos; pero los cristianos cobardes, relajados, y ciegos en el camino de su salvacion, se juzgan por el contrario muy desgraciados, cuando el Señor les quitó la salud. Ellos suspiran, gimen, y ruegan por conseguirla,

como si fuera el mayor de todos los bienes, y no hay cosa de que no procuren valerse para recobrarla.

Aqui tiene V. hermano mio, diferentes motivos para consolarse en la pérdida que ha hecho de su salud, su consideracion debe cuando menos, ecsitar á V. á sufrirla con paciencia, ya que el zelo y la virtud de V. no puedan estenderse á mas, é imitar al justo Tobias, que habiendo quedado ciego, sufrió esta desgrácia con una constancia admirable.

ECSORTACION XII.

Continúan las ventajas que producen las enfermedades á beneficio de los enfermos.

Hermano mio: yo quisiera poder manifestar á V. cuan sensible es para mí, el verlo tanto tiempo hace hecho presa del dolor, y si tengo algun motivo para consolarme. es el ver á V. siempre sometido, como debemos estarlo, á la voluntad del Señor, y el ver, que aunque padece V. bastante; pero su paciencia es siempre firme é incontrastable. En las enfermedades y males grandes es en donde se descubre la santidad de las almas, y la solidéz de las virtudes. Jamás Job pareció tan admirable, como cuando se halló reducido al muladar, desnudo de todo, y cubierto enteramente de llagas de pies á cabe-

za. En esta ultima prueba, tan triste y tan aflictiva, tuvo sin duda grande necesidad de toda su constancia, y de toda su virtud. Aunque entónces parecia, que el Señor lo habia abandonado enteramente, entregandolo al poder de Satanás, con todo eso, su valor no lo abandonó, y la paciencia lo hizo triunfar siempre de su malicia, y de todas las impaciencias y murmuraciones, que la naturaleza acostumbra inspirar en semejantes ocasiones.

Como el mal que V. padece, es un mal térco y obstinado, que no quiere ceder á los remedios, que se aplican para curarlo, es preciso que V. se arme de toda su virtud, para sostener su obstinacion. Una roca que esta elevada en medio del mar, se burla de todos los vientos y tempestades, y una alma verdaderamente cristiana que se sobrepone á los sentimientos de la naturaleza, mediante la fortaleza que le comunica la gracia, tolera sin demasiado trabajo la violencia de los males que padece, persuadida de que cuanto mas oprimida se vea de los trabajos acá en el mundo, tanto mayores seràn las recompenzas, que merecerá recibir en el cielo, adonde se le prepara una corona de premios eternos. Ella no se queja de sus males, ni suspira por las dulzuras pasageras y momentaneas de esta vida, de las cuales se

ve privada por la enfermedad. Su único deseo es hacer la voluntad de Dios, pues sabe que los placeres son para el hombre una fruta vedada, que el veneno se mezcla en ellos por todas partes, que por poco apego que tenga á ellos el hombre de bien siempre debe temer que le sean una causa amarga de arrepentimiento, y un principio de muerte, finalmente, que le es mas ventajoso estar sujeto á todo lo que puede mortificar la carne, y hacerla padecer, que vivir en medio de las delicias, puesto que los trabajos son el sello, con que nuestro Señor ha marcado á todos sus escogidos.

S. Bernardo dice, que hay cuatro clases de personas que ganan el cielo: unas, que lo arrebatan con violencia: otras que lo compran; otras, que lo hurtan; y otras, que son llevadas á él como contra su voluntad. Los que lo arrebatan con violencia son los perfectos, que lo dejan todo por seguir á Jesucristo. Los que lo compran son los ricos del mundo, que no teniendo bastante zelo ni virtud, parapracticar las mortificaciones corporales, dan los bienes temporales, para ganar los espirituales. Los que lo hurtan son los humildes, que hacen cantidad de buenas obras en secreto, y como á hurtadillas. Y finalmente, los arrojados al cielo como contra su voluntad son los afligidos y enfermos, á quienes obliga y

estrecha, por decirlo así, á subir al cielo por en medio de una infinidad de contradicciones y males, que les envia. (1)

Estos son dice S. Agustin (2), los caminos por donde el Señor quiere conducirnos al cielo, y obligarnos á ocurrir á su Magestad: y por este motivo, dice S Juan Crisóstomo, [*homil. ad popul. Antioch*] permitió Dios que Faraon cargase á su pueblo de un trabajo estraordinario, para que, oprimido del peso de su afliccion, recurriese á él y le pidiese socorro: *ut ærumnarum magnitudine cruciati, ad Deum clamarent.*

Nosotros pedimos á Dios algunas veces, que nos libre de nuestras enfermedodes, y él no nos oye, por no juzgarlo conveniente á nuestra salvacion: lo que nosotros buscamos como un bien, es algunas veces la causa de nuestra perdicion, y lo que huimos como un gran mal, es frecuentemente el medio mas propio para procurarnos la salvacion: y en estas ocasiones Dios puede decirnos, lo que en otro tiempo decia á dos de sus discipulos. *Nescitis quid petatis.* No sabeis lo que pedis,

(1) Compelluntur multi variis necessitatibus, et oppressionibus afflicti: qui mira Dei providentia, dum temporalem poenam, si non libentér, tamen patientér sustinent, vitam consequuntur aeternam.

(2) Mala quae nos hic praemunt, ad Deum ire compellunt. *In Pslm.* 40.

ni lo que deseais. Me pedis la salud, y esta seria funesta á vuestra salvacion; la enfermedad os es mucho mas necesaria, porque por medio de esta podeis asegurar aquella. Deseais una vida tranquila, que no sea molestada por los males y enfermedades frecuentes, que os la hacen penosa y congojosa; y puntualmente por esto mismo os la envio asi, para que no tengais apego á esta vida pasagera, y para que os porteis siempre como unos viajeros, y estraños en este mundo.

San Pablo deseaba ardientemente verse libre de un angel de Satanás que lo atormentaba, y suplicó muchas veces al Señor, que lo sacase del penoso y humillante estado á que se veia reducido; pero el Señor le respondió, que esto no era conveniente, supuesto que tenia el socorro de su gracia, con la cual le bastaba para salir siempre victorioso de aquel espíritu maligno que lo abofeteaba, esto es, segun esplican los santos Padres, que lo hacia padecer los mas molestos oprobios: y asi desde entonces instruido el Apostol por el mismo Jesucristo de que la fortaleza se perfecciona en la enfermedad, no se alegraba mas que en sus flaquezas, en los oprobios, y en todo aquello que le podia dar ocasion de padecer algo por Jesucristo.

Ya no debemos sorprendernos de que los santos hallasen su alegria en los trabajos, por-

que sabian, que estos son los medios mas seguros para hacerse santos, y sin este socorro es dificil llegar al estado de santidad: y que Dios quiere, que hagamos de nuestro cuerpo una hostia y una victima, y de nuestra vida un sacrificio, en que inmolemos por su amor todo lo que hay en nosotros sensual y terrestre.

De este modo, se salva la vida perdiéndola, porque asi no perdemos sino lo que tenemos de pecado, y conservamos aquello, que Dios ha puesto en nosotros por un efecto de su bondad, y su misericordia. No hay duda, en que estas practicas son austéras, como opuestas á la naturaleza, y que la carne las combate con sus asaltos; pero son inspiradas por la religion, se hacen dulces y agradables por el espíritu de Dios, y la gracia las hace faciles. Una vida como esta, segun el lenguage del mundo, es una especie de martirio; pero asi debe ser la vida de un cristiano, que sigue el evangelio de Jesucristo, y que hace de él la regla de su conducta, sobre todo, cuando su carne ha sido carne de pecado, como es, cuando se ha sumergido en la corrupcion, y el desorden.

Tal es la vida de un enfermo oprimido bajo el peso del dolor por un espacio considerable de tiempo. Esta vida para él es un continuo martirio, por medio del cual le

rinde á Dios, el mismo honor que en los primeros siglos de la iglesia le rendian los santos mártires, padeciendo, y muriendo por su Magestad: y cuando el enfermo tolera todos los rigores de la enfermedad, con las mismas disposiciones interiores, con que toleraban los suyos los santos mártires, esto es, no solo con una estrema paciencia, sino con alegria y con amor, no se puede dudar, de que participará en gran manera de los méritos que se logran por el martirio.

San Ciprian parece que prefiere una larga enfermedad, á un martirio de poca duracion, el que muere pronto, dice este santo, no consigue mas que una sola victoria; pero el que padece mucho tiempo los dolores y traba jos de una enferdad cada dia triunfa, y cada dia merece una corona nueva. (1) Esto es lo que sucede á un enfermo, que está consumido por el fuego de una fiebre, ó atormentado con los dolores de la gota, ó de la piedra, que arroja los pulmones, ó que es despedazado por un cruel cólico, ó deborado por un cáncer, ó saflijido de otros males violentos por tiempo coniderable. Hay muchos de estos enfermos,

(1) Semél vincit, qui statim patitur: at qui semper manens in poenis congreditur cum dolore, nec vincitur, et quotidie coronatur. (*lib* 1. *epist.* 16 *ad Moys. et Max. in praesbit.*)

para quienes la muerte seria un favor, y les pareceria infinitamente mas dulce que la vida; pero si sometidos á las órdenes de Dios, sufren constantemente todo lo que su enfermedad les hace padecer, estando igualmente dispuestos á vivir ó morir, segun el agrado del Señor, ¿qué ventajas tan grandes no deberán esperar de tantos males, á que han sido siempre, superiores y que no han podido abatirlos, ni disminuir nada de su fervor ni de su adhesion á Dios?

Esta era la situacion en que se hallaba el Apóstol, y en que debemos nosotros procurar entrar, como hacia tambien santa Gertrudis: y cuando Dios nos ofrezca con una mano la salud, y con otra la enfermedad, debemos responderle: Señor, lo que yo deseo con todo mi corazon es, que no atendais á mi voluntad, sino que hagais de mi lo que juzgueis mas conducente á vuestra gloria: si juzgais que la sanidad me será útil, la acepto, confiado en que pondreis un freno á mis pasiones, y me dareis las gracias necesarias para combatirlas; y si al contrario, me es mas ventajoso el gemir bajo el peso de una enfermedad, y si de esto os ha de resultar mayor gloria, yo la acepto, por mas penosa y molesta que pueda ser. Yo os abandono mi cuerpo, para que hagais de él una víctima de dolores y trabajos, y os sacrifico entera-

mente mi salud y mi vida de vuestra liberalidad es de quien tengo la una, y la otra: en lo sucesivo no me gloriaré sino en mis enfermedades, á fin de que permanezca en mí la virtud de vuestro espíritu, y que seais vos el dueño absoluto de mi cuerpo y de mi alma. Yo los sacrifico para siemore á la gloria de vuestro nombre. Asi debe V. hacer, hermano mio, para atraerse sobre sí las miradas de la divina misericordia.

ECSORTACION XIII.

Pondérase la miseria del hombre. La salud de que goza es un bien fragil. Incertidumbre de los remedios para conservarla, y para restablecerla.

Desde que el Señor está probando á V. por medio de la enfermedad, hermano mio, ha conocido V. mejor que nunca la verdad, con que el buen hombre Job decia: que el hombre vive poco tiempo, y está lleno de muchas miserias: y ciertamente la esperiencia lo habia convencido de estas verdades, y puestolo en estado de dar acerca de ellas sábias lecciones á los mortales.

La providencia ha permitido, que V. tambien á su turno lo esperimente así, y puede ser que ya en otras ocasiones lo haya espe-

rimentado tambien; porque ¡á cuantas enfermedades, y accidentes no está espuesto el cuerpo humano, durante el curso de muchos años?....Y. ahora se juzga un hombre verdaderamente digno de lástima, porque está privado de la salud, que cree ser el primero, y mas considerable de todos los bienes naturales; en efecto, los hombres parecen verdaderamente miserables á los ojos del mundo, aun cuando estén colmados de todos los demas bienes, si la salud les falta.

Pero sin embargo, este es el mas frágil de todos, y sobre el que menos debemos contar, estando continuamente atacados de diferentes enemigos que nos lo arrebatan, por grande que sea el cuidado con que velemos en su conservacion: la vida no pende mas que de un hilo: una gota de agua, un pequeño estorvo, que aunque sea por un instante, se oponga al curso de la sangre, destruye al hombre mas robusto, y lo reduce al sepulcro. El está rodeado de una infinidad de peligros, y sujeto á un sin número de enfermedades, que hallan en él tantas puertas para introducirse, y por mas precauciones que tome para libertarse de ellas, sucede muchas veces, que las mismas precauciones son el origen de las enfermedades, y la causa de su muerte.

Algunas veces por librarse de un mal ligero, cae en otro mas grave; y los médicos en

quienes deposita el mayor cuidado de su salud, la destruyen todavia mas, queriendo reparar sus ruinas, y le hacen hallar el término de su vida en los mismos remedios que le aplican para prolongarsela. Como solo Dios conoce el principio de todas nuestras enfermedades, él solo puede darnos en ellas el alivio. Su Magestad permite algunas veces, que el médico se engañe en sus congeturas, y que le falte el discernimiento en la eleccion de los remedios, y que el enfermo carezca del socorro propio y eficaz para la curacion de su mal, porque quiere humillarlo por la enfermedad, y esperimentar su constancia y su fidelidad á la sumision que ecsige de él.

Otras veces uiere Dios castigarros con 'a enfermedad, por el escesivo apego que á nuestro cuerpo hemos ten d . N o o-dinariamente somos unos idólatras de nuestra salud; tememos el quebrantarla por as menores prácticas de mortificacion y de enitencia: como si todos nuestros cuidados debiesen referirse á este ídolo de carne, ue no es mas que una masa de corrupcion, que infestará despues de su muerte por su hediondéz, y será un objeto de horror á todo el mundo.

La enferm d d nos pone en neces dad de sufrir, á pesar nuestro, todo lo que ella puede

tener de mas sensible, y duro á la naturaleza, para hacernos reconocer la dependencia que tenemos de este Ser supremo, de quien recibimos la salud, y la vida, y que dispone de ellas como quiere. El pretende hacernos entrar en nosotros mismos, y abrirnos los ojos del alma, para que conozcamos nuestras enfermedades interiores, que son las que deben ocupar nuestros pensamientos, y ecsitarnos á procurar su curacion mas que todas las que pueden afligir nuestro cuerpo. Porque ¿cuantos pecadores vémos, que llevan la muerte en unos cuerpos vivos? ellos están medio podridos, y los pecados que tienen en sus almas, son como otros tantos gusanos que las roen, y las devoran; y sin embargo, permanecen insensibles en este funestísimo estado, porque no son tocados sino de lo que interesa á la salud del cuerpo: la enfermedad es una especie de antorcha, que les descubre este horroroso sepulcro, que se halla en medio de ellos, y en su propio seno.

Entonces comienzan á asustarse á vista de la multitud infinita de pecados, y desórdenes de que se reconocen culpables, y asombrados por la incertidumbre en que están del écsito de la enfermedad que los ataca, piensan finalmente en precaucionarse contra el mal suceso que ella puede tener. Quizá habrian ellos perseverado todavia por

muy largo tiempo en tan funesta disposicion, si la mano de Dios no se hubiera hecho sentir sobre ellos, y no les hubiese dado ocasion por el socorro de la enfermedad, de formar el designio de trabajar en su salvacion, y procurar á sus almas una nueva vida por medio de la penitencia. Ellos bebian antes la iniquidad como agua; pero desde el momento en que Dios los hiere con la enfermedad, comienzan á ver el infierno abierto, y todos sus horribles tormentos: la muerte, que les parece ya muy cercana, los llena de terror: y la gracia aprovechándose de estas disposiciones aunque imperfectas, acaba finalmente la obra de su conversion.

Por este medio saludable, de que la Providencia se sirve para reducirlos á sus obilgaciones, los pone en estado de ablandar la justicia de Dios, y de evitar los eternos castigos de que se veian amenazados.

¡Qué cosa tan dulce, es caer asi en los brazos de la divina misericordia, que nos pone en estado de satisfacer á su divina justicia por medio de algunas penas pasageras! . . . . Esto debe ser para V., hermano mio, un motivo de consuelo, al ver que la divina Providencia ha tenido cuidado de reducirlo á la dichosa necesidad de padecer durante algun tiempo, para poder expiar con los dolores de la enfermedad las faltas, que haya V. come-

tido en lo pasado, porque ciertamente no hay cosa mas terrible, que el ser citado y comparecer ante el tribunal de la justicia de Dios, antes de haberlas borrado con la penitencia, y con los trabajos proporcionados á nuestros desórdenes.

Pida V. al Señor la gracia de hacer un buen uso de los suyos, no solamente sufriendo con toda la paciencia posible el dolor y la duracion de él, sino tambien haciendo que sus penas le sean á V. amables y gustosas, porque este amor eleva mucho su precio, y les dá toda su perfeccion. Bendiga V. á su Magestad con tanto fervor y celo en la enfermedad, con cuanto debió V. haberlo hecho cuando gozaba de una perfecta salud. Humíllese bajo su mano poderosa: ofréscale todos los males que padece, como unas pruebas de perfecta sumision á su divina voluntad. Procure V. llenar su corazon de amor de Dios, que él será para V. un firme sostenimiento, y será su fortaleza en los diferentes estados á que la enfermedad puede reducirlo. Renuncie V. á su propia voluntad, que se opone siempre á los trabajos, para conformarse en todas las cosas con la del Señor: y sean las que fueren las resultas de la enfermedad, acuerdese V. incesantemente del aviso importante que nos dá el Apóstol, esto es, que ninguno de nosotros vive, ni

muere para si mismo; sino que si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, lo mismo. Por tanto, debemos poner nuestra suerte en sus benditas manos, contentarnos con sufrir algo por agradarle, descanzar en su bondad, y tener una entera confianza en su divina misericordia.

ECSORTACION XIV.

Muéstrase la necesidad de los trabajos para satisfacer los pecados pasados, y su poca proporcion con las penas que por ellos se han merecido.

Me parece, hermano mio, que veo á V. en el mismo estado, en que lo dejé ayer, padeciendo todavia los mismos dolores: hay apariencia de que el Señor aun no juzga á propósito disminuir su gravedad, y de que juzga que no solo le son á V. útiles, sino necesarios. Es menester que V. se deje conducir por este divino médico, que sabe mejor que nosotros, proporcionar el remedio al mal, ordenando todas las cosas con una sabiduria infinita. El lenguaje de V. en esta ocasion debe ser el del Patriarca Helí: él es el Señor, que haga lo que fuere agradable á sus ojos. *Dominus est: quod bonum est in oculis suis faciat.* Esta es la disposicion

mas cristiana en que V. puede estar: permanezca V. firme en ella, á pesar de todas las contradicciones de la naturaleza. Dios hará cesar la enfermedad, cuando ello sea conveniente á su gloria, y á la salvacion de V., porque, como dice san Juan Crisóstomo, no puede haber enfermedad alguna en el hombre, cuando el dueño de la salud ha emprendido arrojarla de él, y cuando él mismo viene á socorrer al enfermo. *Ibi non est infirmitas, ubi salutis auctor asistit.*

Destierre V. de su espíritu todas las inquietudes, que puedan causarle el poco provecho de los remedios, y el retardo de su curacion, sin dar oido á los sentidos, que hablan un idioma muy contrario al de la fe.

Mírese V. como un delincuente que merece castigos, y haga de esta consideracion el objeto mas ordinario de sus reflecciones. Ese es el sentimiento ó concepto que debemos tener de nosotros mismos á vista de los pecados que hemos cometido, y particularmente el que debe tener un enfermo, para que los males que padece puedan serle saludables.

El debe representarse lo que le han hecho merecer los pecados, en que ha tenido la desgracia de caer: debe acordarse que la caida del primer hombre tuvo unos efectos tan funestos para él y para todos sus descen-

dientes, que fue necesario que el Verbo Eterno se hiciera hombre, para hacerse capaz de sufrir los mas horribles tormentos: y que en esta suposicion, es muy justo que nosotros tambien entremos en este camino de los trabajos, para satisfacer á la justicia divina, y expiar nuestras iniquidades por medio de ellos: y que puesto que Dios nos envia las enfermedades con este intento, conviene que suframos sus amarguras en un espíritu de reconocimiento, para poder evadir los castigos, que en la otra vida nos amenazan.

¿Qué proporcion hay entre todos los males, á que estamos espuestos en este mundo, los cuales no duran mas que algunos dias, y los tormentos del infierno, que no tienen mas límites que los de la eternidad? Un delincuente condenado á los suplicios mas crueles, ¿no se tendria por dichoso, de que se le conmutasen estos en penas muy ligeras? Pues esto es lo que Dios hace con nosotros, cuando se contenta con que toleremos los males de esta vida, que, segun el concepto de los santos Padres, no son mas que como sombras y figuras de los tormentos eternos, que hemos merecido padecer, cuando nos hemos hecho reos de un solo pecado mortal. Y ¿quien puede asegurarse de no haber jamas cometido alguno?

Por esta consideracion tantos santos han

suplicado al Señor con el mayor ardor, que los hiciese padecer en este mundo, á fin de poder escaparse de los suplicios que debian haber sufrido en el otro. Este era el deseo de san Agustin: que pedia al Señor que permitiera que aqui fuese hecho pedazos, con tal que en la eternidad le perdonase. *Hic ure, hic séca, hic non parcas, ut in æternum parcas.* Y esta misma consideracion fue la que inspiró á santa Clara una paciencia tan heroica, y un amor tan estraordinario, como el que tenia á las enfermedades y dolencias: de manera que habiéndose ofrecido al Señor desde sus primeros años, y habiendo consumido casi todas las fuerzas de su cuerpo, por las austeridades de la penitencia, se mostró siempre tan tranquila en medio de los dolores mas vivos, que durante el espacio de veintiocho años, que fue probada, no se oyó jamás de su boca una murmuracion, ni una impaciencia; al contrario, continuamente daba gracias á Dios por sus enfermedades, mirándolas como estraordinarios favores de que se reconocia responsable á su bondad y misericordia.

¿Que sentimientos, pues, no debemos tener nosotros, á quienes los trabajos son mucho mas necesarios que á esta santa, cuya vida habia sido siempre pura é inocente, despues de que hemos pasado quizá un gran

número de años en el pecado, y en la impenitencia? ¡Ay!, decia san Francisco de Sales, si el calor de una pequeña fiebre nos hace tan larga y tan molesta una pequeña noche, ¿qué espantosa no será la noche de la eternidad con tantos tormentos? Esta vida es un tiempo de gracia y de misericordia, en el cual Dios se contenta con poco en pago de una enorme deuda; pero la otra es un tiempo de justicia, en el cual el Señor hace, que se le pague con todo rigor todo cuanto se le debe. Un acto de paciencia practicado en una enfermedad no es solamente una satisfaccion, sino una ganancia, y un logro, que nos hace adquirir un tesoro inestimable de gracia y de gloria.

Nosotros debemos estar convencidos, de que los males que padecemos son unas satisfacciones indispensables, y que son ligerísimos respecto á tantos ultrages hechos á la Magestad de Dios, y despues de tantos menosprecios de su bondad, de su paciencia, y de su larga tolerancia. Aproveche V., pues, estos preciosos momentos, y lejos de abandonarse á una tristeza que oprime el espíritu y el cuerpo, y daña mucho á el alma, haciendola perder los méritos que podia adquirir, durante el curso de una enfermedad tan considerable, esfuércese á entrar en los designios de Dios sobre V. El lo trata como pa-

dre, y no como enemigo, y la severidad que aparenta no es mas que una pura misericordia, que debe llenar su corazon de V. de consuelo y de alegria.

ECSORTACION XV.

Sobre la corta duracion de la vida de los hombres, y sobre la inconstancia de las cosas humanas.

Ahora que está V., hermano mio, como desterrado del comercio del mundo por su enfermedad, sirvase de esta ocasion para ocuparse mas que nunca del importante negocio de su salvacion: el es un asunto que jamas se debe perder de vista, y todos los tiempos son muy propios para emplearse en él. Por ventura, ¿no le responde á V. algo la conciencia haberse descuidado de atender á él tanto como debia, en el tiempo en que ha gozado de una salud florida, ocupado únicamente en los negocios temporales, ó quizá en los placeres? Si acaso ha tenido V. esta desgracia, procure, á lo menos mientras su enfermedad dura, repararse de las pasadas pérdidas. En la salud dejamos frecuentemente á Dios por seguir al mundo; á pesar de que siempre debemos renunciar á todo apego á las criaturas, procurando unirnos á

Dios con preferencia á todas ellas, como que él es nuestro Soberano Hacedor, que nos crió para el cielo, y nos llama á una vida mas dichosa, que la que se pasa acá en la tierra, en donde todo es inconstante y fragil. Su Magestad quiere ahora hacer, que V. conozca lo poco que debe contar con salud tan frecuentemente quebrantada por una multitud de enfermedades diferentes, y que sienta por experiencia propia la verdad de aquellas espresiones del Profeta Isaias, (Cap. 40. v. 7.) que toda carne es semejante á la yerba, y que todas las dulzuras de esta vida son como una flor, que se abre por la mañana, y marchitandose poco tiempo despues, se acaba en la tarde. Así es la vida del hombre: brilla por la mañana, que es su infancia, y su juventud; pero habiendo llegado hasta la tarde, que es su vejez, y su mas larga duracion, se reduce á polvo, y desaparece.

El deseo de vivir largo tiempo es natural á todos los hombres; pero ¿cuantos vemos que arrebata la muerte en la juventud mas risueña, y cuantos, cuya vida no es mas que un tejido casi continuo de enfermedades y dolencias? ¿Pues que seguridad podremos tener sobre la vida, que es un bien tan caduco y fragil que se nos escapa muchas veces, aun cuando parece que la tene-

mos mas asegurada? Nuestra vida está á la disposicion de Dios, que nos la quita cuando quiere. *Vita in voluntate ejus*, dice el Profeta. Nadie pues debe apoyarse en su salud, ni tampoco desconfiar por sus enfermedades: muchas veces sucede que los valetudinarios viven por muy largo tiempo, y los que parecen ser de un temperamento fuerte y robusto son arrebatados en medio de su carrera, los enfermos viven, y los sanos mueren, segun el órden de la providencia, y de la justicia de Dios.

Si nos dedicamos á considerar atentamente estas verdades, seremos sin duda mucho mas indiferentes en órden á la salud, y aun á la vida misma, y nos aplicaremos á alguna cosa mas sólida, mas elevada, y mas digna de nuestras solicitudes, porque todo es perecedero sobre la tierra, y lo que tenemos de una mano, se nos escapa de la otra; por la mañana buenos y sanos, y á la noche abatidos de la enfermedad; siempre somos el juguete de la inconstancia; siempre somos presa de mil contratiempos y disgustos; y al fin de todo, somos tristes víctimas de la muerte, y pasto de gusanos en el sepulcro. Tal es hoy rey, (dice el Espíritu Santo en el Eclesiástico) que mañana será un muerto. Y ¿que herencia le quedará de toda la pompa y magnificencia, que

le acompañaba por todas partes durante su vida, sino las serpientes, las bestias y los gusanos? *Cum morietur homo, hereditabit serpentem et bestias, et vermes.* (Ecc. Cap. 10 V 12 y 13.)

¿Por qué pues el hombre, no siendo mas que polvo y ceniza, se llena con tanta insolencia de sentimientos de orgullo? ¿O cual puede ser el fundamento de su vanidad y de su falsa gloria?.... Busquemos la nuestra, hermano mio, en el arreglo de nuestras costumbres, en la práctica de las virtudes cristianas, en el amor á las cruces, en el buen uso de nuestras enfermedades, en nuestra sumision continua á las órdenes de Dios: esta es la ambicion laudable de los justos, y de los perfectos, y esta debe ser la de V.

ECSORTACION XVI.

Para escitar á un enfermo á la paciencia en las enfermedades largas: ejemplos sobre este asunto tomados de la sagrada escritura.

Yo empiezo á echar de ver, hermano mio, que la largura de la enfermedad, hace ya alguna impresion sobre V., y pone su paciencia á una prueba considerable. Sé que en una situacion tan triste como la de V. se ne-

cesita de un socorro particular, y que las fuerzas de la naturaleza no bastan, para mantenerse firme contra unos males violentos y largos; pero V. debe esperar que Dios, que le ha reducido á tal estado, no le negará su auxilio, cuando se lo pida con perseverancia y con ardor, reconociendo que tiene V. una gran necesidad de que lo ayude con su gracia omnipotente, y le dé fortaleza y valor, para sufrir el pesado fardo de la cruz, con que le ha cargado su Magestad.

El Señor tiene grandes designios sobre V., y su misericordia le prepara una grande recompensa en la Jerusalen celestial: cuanto mas pruebe á V. acá en la tierra por medio de las dolencias y enfermedades, tanto mas cierta hará la felicidad de V. en el cielo. No haga V. caso de la suerte de los dichosos de este mundo, ella es mas digna de lástima que de envidia: su gloria, dice el Profeta, no bajará con ellos al sepulcro: ponga V. los ojos sobre aquellos hombres de dolor, cuya vida ha sido un martirio continuado; sobre aquellos modelos de paciencia, que la escritura nos propone por ejemplos, cuyas enfermedades y aflicciones han sido mucho mas violentas que la que V. sufre. Yo le propondre solamente dos. Considere V. con un poco de atencion el triste y aflictivo estado, en que se halló aquella pobre

muger, que padecia el flujo de sangre, cuya historia refiere san Mateo en el cap. 9 de su evangelio: por doce años fue atormentada de esta enfermedad, y con la circunstancia de que esta era una especie de mal, que los judios miraban con abominacion; se habia valido de todos los socorros de la medicina; habia gastado todo cuanto tenia en curarse; y lejos de sanar, ni siquiera conseguia algun alivio con todos los remedios que se aplicaba, antes estos la hicieron padecer mas, y sirvieron de hacer su enfermedad incurable.

Para aumento de su dolor, se veia privada enteramente de todo arbitrio para mantenerse, porque los gastos, que tuvo que hacer en su curacion, la redugeron á una penosisima pobreza, y no tenia mas resorte que Dios, que era el único que podia sacarla de su miseria, y concederle la salud. ¡Que prueba tan áspera para una virtud comun, tener una enfermedad incurable, y verse reducida á una extrema indigencia! Su necesidad era tanto mayor, cuanto que esta muger no se atrevia á pedirle nada á nadie, y ninguno se compadecia de su estado, aunque era tan digna de lástima, no solo por sus gravísimas congojas, sino tambien porque le era prohibido mezclarse con el pueblo. Pero Jesucristo fue todo su resorte, pues metiendose

ella á escondidas por entre la multitud de personas que seguian al Salvador, animada de una santa confianza tuvo la dicha de acercársele y tocarle la orilla del vestido, y con solo esta accion consiguió el quedar enteramente sana.

A este modo permite Dios algunas veces, que nuestros males no reciban alivio alguno de parte de los hombres, para ejercitar nuestra paciencia, porque su Magestad desea que pongamos toda nuestra esperanza en su bondad, y que lo miremos como el único médico, que puede librarnos de nuestras enfermedades. ¿Que habria hecho V., hermano mio, si se hubiese hallado en el estado, en que se halló esta muger por un tiempo tan largo?.... Pues todavia este ejemplo tiene unas circumstancias menos notables que el del paralítico.

Este no solamente era pobre y enfermo, sino que su enfermedad duró treinta, y ocho años: si alguna vez pudo algun hombre tener motivo para quejarse del rigor de su suerte, seguramente hubiera sido este, que parecia tenerlo para quejarse todos los dias. En todo este tiempo jamas halló una persona sensible á su desgracia, que se moviese á procurarle el socorro porque tanto suspiraba, de bajarlo á la piscina, y meterlo en ella en el momento en que el angel bajaba á mover las

aguas; pero lejos de murmurar de la dureza que tenian con él, ni de rendirse á esta tentacion, tan comun á los que padecen largos males, su paciencia fué tan grande, que el mismo Salvador del mundo se manifestó conmovido de ella, y le volvió la salud milagrosamente.

Compare V. ahora la duracion de su enfermedad con la del paralítico, ¿que proporcion puede haber entre el tiempo que ha qué V. padece, y los treinta y ocho años que sufriô este hombre destituido de todo socorro humano? El no tenia mas que un remedio para sanar, y este remedio mas bien dependia de la fuerza de la gracia, que de la naturaleza. Necesitaba de un hombre que compadecido de él lo pusiese en estado de poder usarlo; pero jamás tuvo la dicha de hallarlo en tantos años de miserias y de aflicciones; sin embargo, siempre permaneció tranquilo, y mereció, por su moderacion y su paciencia, que el Salvador del mundo, volviendole la salud del cuerpo, le procurase al mismo tiempo la del alma.

Este grande ejemplo de paciencia le debe servir á V. de modelo, y exitarlo á contener sus quejas, y las murmuraciones que lo largo de la enfermedad podrá hacer que se levanten en su imaginacion. Aun cuando ella debiese durar muchas semanas, ó mu-

chos meses, siempre V. estaria obligado á sufrirla con un espiritu dócil y, sumiso, porque nunca le es lícito oponerse á la voluntad de Dios. Cuando su Magestad aflige al justo por medio de largas pruebas, es casi evidente, que quiere hacer de él una insigne obra de su gracia, un vaso de eleccion, y una de aquellas almas escogidas, á quienes quiere dar un lugar distinguido en su santo reino. V. no conoce bien el precio de sus trabajos: tiempo vendrá en que, disipandose todas las nubes, vea V. con claridad cuanto es lo que valen: y entonces quizá se verá V. reducido á un triste é inutil arrepentimiento de no haber hecho un buen uso de ellos. Evite V. esta desgracia, hermano mio, que es mas temible que todas las demas, y alegrese como los Discipulos del Salvador de estar triste y afligido, mientras que el mundo goza de una alegria funesta, cuyas resultas deberán ser amarguisimas.

ECSORTACION XVII.

Que contiene diferentes motivos para fortificar a un enfermo contra sus impaciencias.

V., hermano mio, sigue todavia clavado en la cruz. Bendiga V. al señor, y pórtese de modo, que su divina voluntad sea en

todos tiempos la regla de la de V. Como, segun el aviso del Apostol, V. ha debido ofrecer al Señor su cuerpo, como una hostia viva, santa y agradable á sus ojos, debe alegrarse de verlo sujeto á los trabajos; pero para que su sacrificio le sea agradable, procure imitar la paciencia de los santos, y la constancia de los martires en medio de sus tormentos: ellos eran de la misma naturaleza, y tan flacos como nosotros. Mas vale sufrir un poco de tiempo, que arder eternamente.

Mire V. muchas veces con los ojos del alma á Jesucristo clavado en la cruz, coteje V. sus males con los dolores extremos que el Señor sufrió en ella, y conocerá, que los que V. padece son incomparablemente mas dulces y soportables.... Hagale V. ver el amor que le tiene, resolviendose con la mayor sumision á permanecer enfermo, todo el tiempo que su Magestad guste que dure su enfermedad. Si sobre la cama de la cruz le dió á V. el Señor las pruebas mas sensibles de su amor, ¿podrá V. negarle su corazon estando en la cama del dolor, cuando los males que V. padece son tan ligeros respecto á los tormentos infinitos que él sufrió? Digase V. frecuentemente á si mismo lo que decia en otro tiempo san Luciano en medio de los suplicios que le ha-

cian sufrir. ¿Que me importa que mi cuerpo sea entregado al dolor, supuesto que al fin ha de llegar á ser reducido á cenizas?.. ¡Ay! decia san Romualdo, (atacado frecuentemente de diversas enfermedades) el Paraiso es tan grande, y nuestras penas son tan ligeras, y nuestra vida tan corta, que deberiamos morir de vergüenza de quejarnos de los trabajos que padecemos. Si nosotros pensasemos sériamente en la felicidad que nos espera en el Cielo, ciertamente todos los males de esta vida nos parecerian agradables.

Vea V. aqui cuales eran los sentimientos de los santos, cuando eran afligidos con trabajos y enfermedades: y si estos mismos sentimientos estuviesen profundamente grabados en nuestros corazones, nosotros seriamos mucho mas pacientes y tranquilos cuando nos rodean las enfermedades; y si alguna queja se escapase de nuestra boca, seria no la de que padecemos mucho, sino la de que no padecemos con bastante paciencia y amor; nosotros seriamos mucho mas sensibles á las enfermedades que hacen agonizar nuestras almas, que á los dolores de nuestros cuerpos; entonces reflejariamos en que de poco nos servirá en la muerte el que nuestro cuerpo haya sido sano, ó en-

fermo, si la salud, ó la enfermedad no nos han servido de medios para santificarnos.

ECSORTACION XVIII.

Muestrase cuan peligroso sea para un enfermo el dilatar para el fin de la vida el pensar en su salvacion

Este tiempo de la enfermedad, hermano mio, es un tiempo que convida á V. á entrar dentro de su interior, y ocuparse sériamente en el negocio de su salvacion. Es cosa rara el trabajar en ella eficazmente, cuando se goza de una salud florida, porque esta nos expone á los ataques de las pasiones, que nos hacen frecuentemente olvidar á Dios por satisfacerlas. Pero cuando estamos enfermos, las pasiones se amortiguan, y casi se extinguen, y nuestra cama viene á ser para nosotros una especie de santuario, en donde solo en Dios y en la eternidad fijamos nuestra atencion. Se puede decir, que seria una señal casi evidente de reprobacion, si un enfermo despues de haber dejado pasar inútilmente el tiempo de su salud, que debia haber empleado en procurar su salvacion, extiéndese todavia su obstinacion y su dureza, hasta no querer tratar de ella, ni aun en el tiempo de su en-

fermedad; y si en lugar de hacer sus últimos esfuerzos, para reparar las pérdidas pasadas, aguardase á la extremidad de su vida para convertirse á Dios, poniéndose así en peligro de morir impenitente.

Porque si sucede por un terrible, pero justo castigo de Dios, que habiendo sido su conducta desarreglada, y estando su alma tan enferma como su cuerpo, conserva todavia algun afecto á los objetos de sus pasiones, y no quiere entrar en los caminos penosos de la penitencia, (lo cual no conseguirá sin una gracia extraordinaria, que no debe presumir obtener de Dios) ¿qué motivo no tendrá para temblar, considerando el estado en que se hallará su conciencia, y la terribilidad de los juicios del Altísimo? ¿estará él pronto en un instante, y suficientemente dispuesto á comparecer ante el tribunal de Jesucristo? ¿será tiempo de pensar en el cielo, cuando la tierra esté ya para hundirse debajo de sus pies, y tendrá ya la muerte en los labios? ¿podrá entonces lisongearse de que la gracia necesaria para morir cristianamente hará en su favor un milagro, despues de haber abusado de ella por todo el tiempo de su vida? ¿y no merecerá que Dios se la niegue entonces, por haberla menospreciado y abandonado tanto tiempo?

Si los mas justos se extremecen en las cercanias de la muerte, aunque su fidelidad haya sido perseverante, ó aunque sus caidas hayan sido reparadas por medio de la penitencia, ya en el tiempo de la salud, ó ya en el tiempo de la enfermedad, ¿cual será el espanto de los pecadores ciegos é insensibles, cuando, hallándose en la orilla del precipicio, la muerte les abra los ojos, para que vean los abismos á donde van á ser precipitados? ¿En que horrores entrarán ellos entonces, y cual será su desesperacion á vista de su suerte desgraciada para siempre, de la cual pudieron haberse librado, si hubiesen querido aprovecharse del tiempo y de los socorros que se les proporcionaban? No, no les quedará ningun resorte, el tiempo favorable y los dias de la salud habran pasado para ellos, era necesario haberlos aprovechado cuando se tenian en las manos, y no esperar á los últimos momentos de la vida, para prepararse á morir.

Vea V. aquí, hermano mio, una suerte la mas terrible, porque el mal será sin remedio. ¿Pues que atencion no deberemos poner, en servirnos útilmente de los remedios que la bondad de Dios nos franquea para poder evitarla? ¿No debemos darle mil gracias, cuando su Magestad nos prepara de lejos á la muerte por medio de enferme-

dades largas, que nos arrancan del mundo y de nuestras pasiones, para ponernos en estado de pensar seriamente en nuestra salvacion, representandonos frecuentemente el sepulcro, en que algun dia hemos de venir a parar, y el terrible tribunal adonde seremos citados en el instante mismo de nuestra muerte?

Las enfermedades son unos avisos favorables, que Dios nos da, para que nos preparemos á este trance; y aunque no nos quita siempre la vida con ellas, toca á nuestra puerta, y nos avisa que somos mortales, y de una naturaleza fragil. Quiere nos acordemos, de que esta vida no es mas que un soplo, y que siendo tan corta, nunca nos escederemos en pensar en la eternidad, ni en prepararnos para ella desde temprano: que este mundo no es para nosotros una mansion permanente; que no debemos tenerle ningun apego; y que toda la gloria mundana, y todas las dulzuras de esta vida no debemos representarnoslas sino como un humo que pasa, ó un vapor, que en un instante se desvanece.

Estas son las reflexiones importantes que V. debe hacer de tiempo en tiempo, y en las que debe ocupar su espíritu, cuando la enfermedad le deja algunos intervalos de tranquilidad. Entonces podrá V. decir con

el Profeta: el Señor me ha puesto en esta cama de dolor; pero su bondad me hace una gracia, que no concede á todos los enfermos, y es la de darme tiempo de expiar mis flaquezas pasadas, y merecer por mis dolencias, y por la paciencia con que yo procuré sufrirlas, unas recompensas eternas. *Impulsus eversus sum ut cáderem, et Dominus suscepit me.* ¡Oh, y que de consuelos interiores le acarrearán á V. los momentos empleados en tan piadosas consideraciones, y cuantas ventajas sacará V. de ellas!

ECSORTACION XIX.

El pensamiento de las penas del Infierno es muy útil á un enfermo, para exitarlo á sufrir con paciencia la violencia de sus males.

Segun se me ha informado, hermano mio, los dolores que V. ha tenido han sido gravisimos, y el alivio, que los medicamentos produjeron el dia de ayer, ha sido de poca duracion, porque de nuevo ha vuelto V. á sentir la vehemencia de sus males. Continuémos, pues, bendiciendo al Señor, aunque se nos muestre severo, y alcemos los ojos á lo alto, para adorar su divina Providencia. En las grandes enfermeda-

des es donde los médicos acostumbran usar de los mas grandes remedios, y á este modo, imitando yo esta conducta de los facultativos, pienso proponer á V. uno grande, para calmar la violencia de los males que padece, y hacer que le sea mas soportable. Voy ahora (segun el aviso que da san Bernardo) á hacer á V. que baje con el espíritu a las prisiones eternas, en donde están encerradas aquellas almas desgraciadas, cuyos pecados castiga Dios con unos suplicios eternos.

Representesé V. los tormentos horribles de estas almas, que estan sepultadas en unas camas de fuego, en donde arden y arderán eternamente, quizá por los mismos pecados que V. habrá cometido. Al mismo estado, y á la misma desgraciada suerte podria V. estár ya reducido, porque podria V. haber sido sorprendido de una muerte repentina, hallándose culpable de algun pecado mortal, y con uno solo bastaba para ir á acompañarlas á sus suplicios. Si V. es tan sensible á la enfermedad con que el Señor aflige su cuerpo, ¿como [*dice Hug. de S. Vict. lib* 1. *de claustr. anim.*] podrá V. sostener el peso inmenso de los castigos, á que Dios ha condenado á los réprobos? Castigos tanto mas espantosos, cuanto que aunque son extremos en su rigor, serán tam-

bien eternos en su duracion. *Qui flagellum timent, ¿quomodo tormenta sustinerent?*

Los verdaderos males, así como los verdaderos bienes, son los de la otra vida, porque los unos y los otros son infinitos, no solo en su duracion, sino tambien en los sentimientos de gozo ó de dolor que producen en el alma: la felicidad de los justos en el cielo es inmensa y eterna, y los tormentos de los réprobos en el infierno son incomprehensibles, y jamás tendrán fin.

Lo que consuela á los que padecen en la tierra, es la esperanza en que están de que la grandeza de sus penas terminará, á lo menos, en el momento de su muerte; pero en el infierno no hay esperanza para aquellas víctimas infelices, que Dios ha sacrificado á su justicia, y él será eternamente inflexible para con ellas.

Luego en vez de quejarse V. de sus dolores, tiene motivos sobradísimos para rendirle continuas acciones de gracias, por haberlo conservado hasta ahora sin esos castigos, á pesar de todas las ingratitudes y pecados que hacian á V. digno y merecedor de la divina venganza. ¿Los condenados no se juzgarian muy dichosos, si la justicia de Dios les conmutára sus penas eternas en enfermedades temporales? ¿O no tendrian por nada todos los males de esta vi-

da, en comparacion de los que padecen en el infierno? sin duda seria así, hermano mio, porque ademas de que el rigor de aquellas penas es infinitamente mayor, el de los males que V. padece, allí se tiene siempre á la vista aquella larga, funesta, é incomprehensible duracion, que aumenta la rabia y desesperacion de aquellos infelices.

Tenga V. pues paciencia, hermano mio, en su enfermedad, y portese de manera, que pueda serle provechosa para la salvacion. El Señor no se la ha enviado á V. movido de los deseos de venganza, sino de los impulsos de un amor tierno y paternal, con ella se apaciguará su colera, y su Magestad vendrá mas de cerca á socorrer á V.

ECSORTACION XX.

Que es muy útil al enfermo cristiano poner toda su esperanza en Dios.

Los contratiempos á que estamos espuestos en esta vida disminuyen ordinariamente el numero de nuestros amigos sobre la tierra, porque ellos son mucho mas afectos á nuestra fortuna, que á nuestra persona, y por eso, luego que aquella nos es contraria, se retiran con ella á otro partido, dejandonos en nuestra desgracia, sin siquiera mani-

fertarse condolidos de ella. Mas Dios no es así, ni procede de ese modo en tan tristes circunstancias; al contrario, entonces es cuando tiene mas fijos sus ojos sobre nosotros, y está mas atento á nuestras necesidades, y mas inclinado á socorrernos.

Esta bondad y misericordia del Señor es la que debe dar á las personas atribuladas y afligidas un grandisimo consuelo, y debe contribuir en gran manera á sacarlas del abatimiento, en que suele ponerlas el verse abandonadas de los hombres, y el triste desengaño de lo débil que es, y sujeto al capricho y á la inconstancia el afecto que les tienen. V. debe imitar la conducta del Profeta, reconocer que nada le es mas ventajoso, que unirse únicamente á Dios, y poner toda la esperanza en su misericordia. (1) En esto consiste la única felicidad de esta vida, en estar siempre estrechamente unido con su Magestad, y en esta únion no desear nada, que no sea conforme á su divina voluntad. Es verdad, que no está en nuestra mano el sentir gozo enmedio de las aflicciones y los trabajos, porque el gozo es un movimiento de la naturaleza, que no se puede sentir en el mal, que se opone enteramente al bien sensible

---

(1) Mihi adherere Deo bonum est, ponere in Domino Deo meo spem meam. *Pslm* 72. v 27.

que ella ama; pero basta que el entendimiento de V., y su razon iluminada por la fé, (que debe hacer á V. superior á los sentimientos de la carne) basta, digo, que le haga á V. reconocer la justicia de Dios en las diferentes pruebas, en que juzga á propósito el ponerlo, y que con este conocimiento las acepte V. con sumision.

En esta disposicion aguarde V., hermano mio, con paciencia el momento, en que su Magestad tendrá á bien librarle enteramente de su mal, ó darle algun alivio, si juzga que le ha de ser útil para su santificacion; y tambien al contrario, si la enfermedad es mas conducente para santificar á V., contentese con que se cumpla su voluntad, y resignado á sufrir el peso de la que le ha enviado, tanto tiempo cuanto su bondad juzgue necesario, haga V. que su razon y su religion digan á Jesucristo como Marta y María. Señor, el que vos amais está enfermo. (1) El está con los que padecen, dice el Profeta, y no abandona á aquellos á quienes ama, dice san Agustin. (2)

---

(1) Domine, ecce quem amas infirmatur. (*Joan. cap.* 11. ℣ 2.

(2) Non enim amas et deseris. (*Tract.* 49. *in Joan.*)

ECSORTACION XXI.

El tiempo de la enfermedad es por lo comun mas favorable para aplicarse al negocio de la salvacion, que el de la salud.

Siempre que vengo á visitar á V., hermano mio, espero saber alguna noticia plausible sobre la mudanza de su enfermedad, y encontrar á V. mas aliviado de sus dolores, y mas desembarazado de la calentura. Como yo deseo tanto como nadie el restablecimiento de su salud, me causaria un gozo muy sensible una favorable mutacion; pero ya V. sabe que nuestra curacion está en las manos del Señor, que es el que mortifica, y vivifica, segun la expresion del Profeta Samuel. (1) Es necesario aguantar con paciencia el cumplimiento de los designios que su Magestad tiene sobre V., y dedicarse únicamente á aprovechar estos dias de dolor, para hacerlos servir á la satisfaccion de V. y á la gloria de Dios.

Desde que la enfermedad ha puesto á V. fuera de la aptitud necesaria, para llenar los negocios de su estado y condicion, le ha pro-

---

(1) Dominus mortificat, et vivificat. I. *Reg. cap.* 2. V. 6.

porcionado mas tiempo para dedicarse al mas importante de los negocios, que es el de la salvacion. Todo debe hacer á V. pensar en este, y servirle de medio para avanzar en los caminos que pueden conducir á conseguirlo: las aflicciones y trabajos, son uno de los mas seguros, porque Jesucristo mismo nos lo enseñó practicamente, habiendose reducido por su voluntad á la necesidad de padecer, antes de entrar en su gloria, para servirnos de ejemplo, y exitarnos á caminar sobre sus huellas. V. puede ofrecer á Dios unos sacrificios, casi continuos, porque estando siempre afligido de los dolores, puede considerarse como una victima, que se le debe sacrificar continuamente.

A este gran medio, puede V. añadir el de la oracion: los enfermos para orar no necesitan de largos discursos, pues en su oracion debe tener mas parte el corazon que los labios: así las oraciones que V. haga pueden ser cortas, porque la flaqueza del cuerpo y la violencia del mal no le permiten á V. orar largo tiempo y con demasiada aplicacion; pero el fervor y la frecuencia con que las haga suplirán el defecto de su cortedad: mas lo que principalmente ha de pedir V. al Señor en sus oraciones es la salvacion: porque el suspirar en todo momento por la salud del cuerpo, es mas propio de una alma que ama

mas la vida, que al Dios que se la dá; pero un cristiano que ama mas á Dios, que á su propia vida, suspira sin cesar por unirse á él, como al Dios de su salvacion, de cuya bondad únicamente la espera: y si algunas veces le pide el alivio de sus males, y el restablecimiento de su salud, esto lo hace sin inquietarse si no lo consigue; porque está enteramente conforme con la divina voluntad, que es la regla de la suya propia.

Otros muchos socorros puede un enfermo sacar de los mismos males que le rodean, para facilitarse mas la salvacion del alma: porque lo que regularmente sirve de mayor obstáculo para conseguirla, es el ascendiente de las pasiones, que son para nosotros unos tiranos cuando gozamos de salud florida, y son tanto mas rebeldes y vehementes, cuanto la salud de nuestro cuerpo es mas perfecta. Solo la enfermedad las doma, y las somete: es verdad que esta es un remedio amargo y repugnante, pero es saludable y tiene mas virtud que todos los demas; porque no solo fortifica al alma, y la impide contraer diferentes enfermedades que podrian darle la muerte, sino que contribuye poderosamente á curarla de las que antes ha contraido.

Se puede comparar la enfermedad al báculo pastoral, ó al cayado de que se sirve el pastor para hacer entrar las ovejas al reba-

no. Ella hace entrar á los pecadores en el camino de la salvacion, de que se habian apartado, y conserva en el á los justos; pero cuando abandonados á si mismos se ven libres de los trabajos, se hallan los unos en unas disposiciones bien diferentes de las de los otros. Los pecadores procuran evitar las enfermedades, porque los humillan y affigen sus cuerpos: los justos al contrario, las desean, porque ellas tienen una virtud particular para mortificar sus pasiones, y les facilitan la salvacion desprendiendolos del mundo, para convertirlos continuamente ácia su Dios. Los malos las repugnan, porque miran la tierra como una habitacion en donde siempre querrian vivir tranquilos, y á su gusto; pero los buenos las reciben como un medio seguro para llegar al lugar de su reposo eterno. Los trabajos son necesarios á los primeros para habrirles los ojos, y sacarlos de su ceguedad: y á los segundos para afirmarlos mas, y mas en la justicia, y hacerlos mas fervorosos

ECSORTACION XXII.

Del buen uso que se debe procurar hacer de los trabajos de esta vida.

El principal cuidado que ha de tener un

cristiano cuando está enfermo, es hacer buen uso de su enfermedad, y aprovechar todos sus momentos para que puedan contribuir á asegurarle la salvacion. Un Padre de la Iglesia dijo, que los trabajos son para los cristianos, lo que el agua para los peces: y que así como el pez se enflaquece, y se muere, cuando esta fuera de este elemento; del mismo modo el cristiano, degenera, y se pervierte cuando está fuera de los trabajos. Ellos le sirven de prueba (dicen los PP.) de suerte que cuando los recibe bien es semejante al oro; y cuando los recibe mal es semejante á la paja. En los justos, son un fuego que los purifica como al oro. En los sensuales, son un fuego que los consume como á la paja: ellos satisfacen á los que los reciben con sumision, y los toleran con paciencia, y con amor; y contribuyen á la perdicion, de los que murmuran cuando Dios los afiige, y rechazan la mano que los hiere.

En el evangelio tenemos un ejemplo admirable de toda esta doctrina. Habia en el calvario tres crucificados: Jesucristo, el buen ladron, y el malo: pero las cruces en que fueron clavados produjeron unos efectos muy diferentes. La de Jesucristo fué para su humanidad una fuente inagotable de gloria: su cuerpo resucitó triunfante de los horrores de el sepulcro, y su paciencia invencible en los

tormentos mas agudos, fué para nosotros un tesoro de gracias y de méritos. La cruz del buen ladron, le sirvió de Purgatorio, por la paciencia con que toleró sus penas, y desde ella fué trasladado al Paraiso. La del mal ladron, le sirvio de condenacion, porque padeció sin paciencia sus suplicios, murmurando y profiriendo blasfemias. Asi son diversos los efectos que producen los trabajos, segun la diversidad de las disposiciones con que se padecen.

Luego no basta el estar clavado en la cruz, porque el mal ladron se perdio en ella; es menester sostener el rigor de las penas con paciencia, reconociendo (como lo hizo el buen ladron) la justicia con que se ha merecido uno lo que sufre. Pero cuando se pretende elevar el mérito de los sufrimientos al mas alto grado de perfeccion es menester imitar á Jesucristo sufriendo por un principio de amor, y desear ser clavado como él en la cruz; y entonces es un acto heroico que solo conviene á las] almas perfectas, y que las hace en cierto modo martires de Jesucristo.

Por sufrir con esta heroica paciencia, se han mostrado siempre los santos tan fervorosos en medio mismo de los mas crueles tormentos, y se han entregado gozosos á todo lo que la tirania tenia de mas barbara é inhumana. El generoso martir san Procopio a-

menazado por el juez, con que le haria padecer nuevos tormentos, bien lejos de espantarse con tal amenaza, le contestó diciendo: Qué, ¿tú te persuades que abatiras mi valor con tus tormentos? te engañas si así lo piensas, porque al contrario; el mayor favor que puedes hacerme es aumentarmelos; pues amando á Jesucristo hasta el punto que yo le amo, no puede sucederme cosa mas dulce, que padecer y morir por él. *¿Quid enim ei qui Christum amat jucundius esse potest; quam pati propter Christum.*

Esta disposicion era comun á todos los mártires; pero ella pareceria un prodigio en nuestro siglo, porque la mayor parte de los cristianos, bien lejos de amar á Jesucristo hasta el grado de estar prontos á sufrirlo todo por su gloria; resisten cuanto pueden á los mas ligeros males, y se abandonan á quejas y murmuraciones en las menores enfermedades que les sobrevienen. Sin embargo, hombre y trabajos son dos cosas inseparables: y cualquiera que no quiere padecer nada en este mundo, no tiene mérito personal que alegar, para pretender la felicidad eterna.

Conviene pues portarse como hombre sábio y prudente, y supuesto que por haber perdido la inocencia de nuestro bautismo, estamos obligados á padecer, para recobrar

nuestra justicia por la penitencia, y por unas satisfacciones proporcionadas á nuestros pecados: debemos vivir en una continua desconfianza de las ilusiones de nuestro amor propio que nos seduce muy frecuentemente, y cuidar de no perder nuestra alma por conservar demasiado nuestro cuerpo. El buen uso de las enfermedades, es el medio mas propio para asegurar nuestra salvacion: como no depende de nosotros el tener salud, cuando Dios queire que estemos enfermos, es preciso hacer de la necesidad virtud en estas ocasiones, aceptando las enfermedades como unos males necesarios, y recibiéndolas con una perfecta sumision á las órdenes de la divina Providencia.

Ya le he propuesto á V., hermano mio, el ejemplo de muchos santos, para que le sirvan de modelos en las penalidades á que el Señor lo ha sujetado. Es muy de notar que estos santos han sido mucho mas sábios que nosotros en las cosas del espíritu, y en los caminos de la salvacion: y por lo mismo no erraremos procurando imitarlos. Por último le propondré ahora el de san Francisco de Sales en punto á enfermedades. Este grande amador de los trabajos decia un dia, que si viese atormentado de un cruel dolor de cabeza, no tendria valor para pedir á

nuestro Señor que lo librara de él, por el mérito de los dolores que su Magestad sufrió cuando fué coronado de espinas, porque decia este santo Obispo: ¿acaso el Salvador ha sufrido unos tormentos tan crueles, á fin de que yo nada padezca? en otra ocasion decia: que si supiese que habia una sola fibra, ó una pequeñísima parte en su corazon que no estuviese señalada con la cruz de Jesucristo, no querria conservarla ni siquiera por un momento. Sirvase V. algunas veces de estos pensamientos, para exitarse á sufrir con humildad y paciencia los dolores que padece.

ECSORTACION XXIII.

Confirmase con el ejemplo de Jesucristo la necesidad que tenemos de cargar nuestras cruces y padecer.

Yo esperaba hoy, hermano mio, hallar á V. mucho mejor por haberlo dejado ayer mas tranquilo, y con menos calentura: pero esta disposicion favorable, que nos prometia una pronta curacion, está ahora segun parece un algo retardada, por el acseso violento que me han dicho sufrió V. anoche. Sometamonos á Dios, hermano mio, y su Magestad sabrá hacer calmar, y cesar enteramen-

te la fiebre, cuando lo juzgue á propósito. Es necesario esperarlo todo de su bondad, y que V. permanezca armado contra las murmuraciones, é impaciencias á que podria exponerlo la largura de su mal.

Le parece á V. triste su estado, porque de dia y de noche tiene que estar tendido en la cama sin poder dejarla ni por un momento; y la mira V. como una cruz insoportable á su naturaleza; pero debe V. acordarse de que Jesucristo no dejó la suya sino hasta despues de su muerte: y considerar que no le falta á V. la esperanza de restablecerse, puesto que su enfermedad no da señales algunas de peligro.

Mas aunque no tuviese V. tal esperanza, porque su achaque fuese incurable, ó mortal; no por eso deberia V. ser menos paciente. Estando como estamos en la obligacion de satisfacer á la justicia divina que no nos castiga en este mundo, sino para perdonarnos en el otro, debemos en las enfermedades y trabajos mas que nunca, conformarnos con los sentimientos del santo Job, que decia á Dios: Señor, acelerad vuestra venganza; que vuestra misericordia desate el brazo de vuestra justicia: heridme, castigadme en esta vida, para que yo pueda hallar gracia delante de vos á la hora de mi muerte. Este debe ser el lenguage de todos los cristia-

nos, en cualquier situacion que se hallen: sea en las aflicciones, sea en las enfermedades.

Para hacer á V. la suya mas soportable, ya le he propuesto muchos modelos que imitar; pero ahora quiero ponerle delante de los ojos el ejemplo del mismo Jesucristo Señor nuestro cuya vida fué tan acongojada, y cuyos dolores fueron tan agudos en el tiempo de su pasion. No hay males por violentos que sean, que no se puedan sufrir con paciencia, cuando se representa uno los tormentos que su Magestad sufrió. Los santos al considerarlos, se consolaban en los diferentes males de que eran atacados, porque estaban asegurados de que los trabajos, son el medio mas propio para unirse estrechamente á Jesucristo; y como ellos consideraban esta santa union, como su mayor felicidad aca en la tierra, suspiraban sin cesar por las ocasiones de padecer por amor del mismo á quien miraban como á su modelo y ejemplar.

A este divino objeto, estaba estrechamente unido el apostol san Pablo: la caridad infinita de este Dios hecho hombre, y muerto en una cruz, habia abrazado su corazon de un zelo ardiente por los trabajos, hasta querer llevar continuamente estampadas en su

cuerpo, las señales del crucificado, y ser clavado con él en la cruz. (1)

Nosotros, no somos cristianos, sino en cuanto que somos conformes á Jesucristo; y no podemos ser conformes á él, sino en cuanto que lo imitemos en los trabajos, y carguemos la cruz de que él mismo se quiso cargar Todos debemos ser hijos del calvario, porque allí fué donde él nos engendró en medio de los tormentos de la cruz: y la señal de que somos verdaderos hijos de este Salvador, es el amor que tengamos á los trabajos, porque sin este amor dice el Apóstol: (2) que no somos hijos legítimos, sino adúlteros. (3)

Cuando estamos enfermos, debemos contemplarnos como unos esclavos crucificados á la vista de su amo que fué el primero que sufrió la cruz, para enseñarnos el modo con que hemos de padecer por él. Tenemos obligacion de atender á las lecciones que nos ha dado, y dedicarnos á ponerlas en práctica ¡Dichosos aquellos que son fieles en observarlas, y que no escuchan la voz de la carne, que inspira sentimientos contrarios!

(1) Christo confixus sum cruci. [*epist. ad Galat.* 2. 19.]

(2) [*Hebr.* 12. 8.]

(3) Ecce adulteri, et non filii estis.

Todas las máximas de Jesucristo son maximas de humildad, de paciencia, de abnegacion de si mismo, y de cruz. El las ha santificado, y autorizado con su ejemplo durante todo el curso de su vida mortal: y en el calvario les dió el último retoque de perfeccion y de consumacion, por el gran sacrificio que hizo de su propia vida á la justicia de su Padre, á fin de aplacarla por sus humillaciones, por sus trabajos y por su muerte, y merecernos un lugar en su santo reino.

Mas ¿Qué apariencia hay de que los enemigos de la cruz puedan tener derecho á heredar este mismo reino; siguiendo una vida toda contraria, y caminando por un camino enteramente opuesto al que el mismo Jesucristo nos abrió para llegar á conseguirlo? Es evidente, segun las expresiones que advertimos en la sagrada Escritura, que ellos no tienen que pretender parte alguna en tan dichosa herencia; y que su porcion será la de los réprobos, cuya eterna habitacion es el infierno: pues así como ellos no tienen que espepar en el cielo cosa alguna; así los hijos del calvario, no tienen nada dulce que gustar aca en la tierra. Los pacientes y los impacientes, todos tienen cada uno á su turno sus delicias que gozar; pero mas vale, resolviéndose á cargar la cruz en este mundo, merecer ir á gozar de las del cielo que

no entregándose á los placeres y alegrias caducas, sujetarse ó exponerse á padecer tormentos sin medida, y sin fin en el abismo.

No debemos pues desalentarnos por los males presentes que nos afligen: al contrario, debemos consolarnos esperando la recompensa que ellos nos han de procurar en el cielo. Muy bien vale el Paraiso todo cuanto podamos sufrir por merecerlo; y nosotros haremos sin duda una buena negociacion si llegamos á comprarle, no digo al precio de todas las enfermedades; pero aun de todos los tormentos que se pueden padecer en este mundo: porque, ¿qué proporcion puede haber entre todos estos males y tormentos que son pasageros, y la recompensa eterna que los debe seguir? San Pablo los llama un momento corto y ligero de tribulacion (1) pues este momento, añade el mismo Apóstol, es el que nos ha de acarrear un peso eterno de gloria: *aeternum gloriae pondus operatur in nobis.* Todos los males que podemos padecer es esta vida, dice san Bernardo (2) no deben ser considerados sino como una gota de agua; mas su recompensa es un torrente, un rio impetuoso de delicias, de

(1) Id quod in praesenti est momentaneum et leve tribulationis *nostrae. 2. Corinto. cap.* 4 v 17.
(2) Serm. 1. de div. num. 7.

gloria y de paz. *Gutatim poena bibitur, liquando sumitur, per minutias transit: in remuneratione torrens est voluptatis, et fluminis impetus: torrens inundans laetitiae, flumen gloriae, et flumen pacis.*

A mas de esto añade el mismo santo: todos los males á que podemos estar sujetos, son pasageros y no duran mas que un corto tiempo. *Transit hora, transit et poena:* pero no así la bienaventuranza con que han de ser premiados, porque esta no está sujeta á revoluciones, ni debe jamas tener fin: *nescit viciscitudinen, nescit finem.* La aflicion es un tesoro oculto, en donde se halla la gloria del paraiso, y siéndo esta eterna, se puede decir que la eternidad misma, está escondida en los trabajos pasageros.

Así es como V. ha de considerar su enfermedad: porque aunque ella siga por muy largo tiempo siempre será muy corta, comparada con la eternidad que no tiene límites. Pero este corto tiempo, este momento de afliccion bien aprovechado; le puede hacer á V. participar en la eternidad una gloria soberana é incomparable. Sufra pues con paciencia sus rigores y su duracion; y para hacerse digno de las felicidades que puede esperar en recompensa, tenga V. cuidado de ofrecer su cuerpo al Señor frecuentemente como una víctima destinada á glorificarle con

sus trabajos, y aun con su propia aniquilacion. Apliquese V. continuamente á hacer su voluntad cada vez mas conforme con la suya soberana, y jamas se aleje V. de esta santa disposicion.

ECSORTACION XXIV.

Las enfermedades del cuerpo son unos remedios poderosos para desprender al alma de sus pasiones, y tienen la excelencia de servir en lugar de penitencia.

Acabo de saber, hermano mio, que se purgó V. esta mañana, por órden del médico, y que este remedio ha causado buen efecto: á la verdad, puede V. esperar mayor alivio en lo de adelante, hallandose ya descargado de unos humores corrompidos, que habian dado ocasion á su enfermedad; y con ésto pueden no ser ya tan violentas las accesiones de la fiebre. Pero estos buenos resultados, es menester esperarlos con espíritu tranquilo, y sin contar con que infaliblemente han de provenir. El écsito de la curacion, no está siempre en poder del médico aunque habil; él cumple con ordenar al enfermo los remedios que cree propios para su enfermedad; pero la curacion se retarda algunas veces por unas causas que le son desconocidas, y que

la medicina no puede descubrir. Esto sucede frecuentemente, porque Dios ve que la sanidad, todavia no le es conveniente al enfermo; y en estos casos, dice S. Agustin, en vano se esfuerza el médico, en recetar muchos remedios, y lisongear al enfermo, con la promesa de un pronto restablecimiento: es muy fácil se engañe prometiéndole lo que no depende de él; porque como él no es el artífice del cuerpo humano, sino Dios que lo formó asi como á el alma; su Magestad solo puede conocer el remedio propio para curarlo, y de él solo es de quien debe esperar la curacion de esta especie de enfermedades, que provienen de un principio desconocido. (1)

Como el corazon se purifica por medio de las enfermedades, porque la enfermedad, del cuerpo es la salud del alma; y la flaqueza de la carne, es la fortaleza del espíritu; no debemos sorprendernos de que el Señor algunas veces detenga el efecto de los medicamentos, y retarde la curacion del efermo,

(1) Fallitur medicus alicuando, et repromitit sanitatem; ¿quare fallitur? quia hoc non curat quod fecit. Deus fecit corpus tuum, Deus fecit animam tuam; novit quaemadmodum recreet, quod creavit; novi quaemadmodum reformet, quod ipse formavit· *San Aug. in Pslm.* 102.

porque quiere dar al alma una sanidad perfecta; y para esto se vale comunmente de las enfermedades, porque éstas afligiendo al cuerpo, debilitan sus pasiones, y contribuyen á la perfeccion de sus virtudes.

La mayor parte de los hombres no pueden desprenderse del amor á los deleites sino por medio de las enfermedades y dolencias corporales: lo que obligó á S. Gregorio á asegurar, que es una conducta particularmente benéfica de la divina Providencia, el hacer que los que han echado profundas raices en el mal, sean tambien por lo comun muy trabajados de largas enfermedades, para desarraigar un mal por medio de otro: y de este modo saca el Señor la curacion, de nuestras llagas: la vida, de nuestra muerte; y nuestras victorias, de nuestras mismas derrotas.

Pocos usan bien de la salud del cuerpo, porque favorece mucho sus pasiones, y ordinariamente las irrita y las subleva, en las almas de una virtud comun; pero tambien se puede decir por el contrario; que pocos se pierden en las enfermedades largas, porque como su estado les dá tiempo para reflecsionar sobre su conducta pasada, y entrar dentro de sí mismos, y que entónces la gracia toca con mas fuerza á las puertas de su corazon para hacerlos pensar en su salvacion;

es muy rara cosa el que ellos lleven ó estiendan su ceguedad y endurecimiento hasta el fin de su vida; y que la enfermedad no les abra al fin los ojos. Luego es feliz y venturosa la enfermedad, si descubriendonos nuestros desórdenes, y retirandonos de las puertas del infierno nos pone en estado de subir al cielo, por una sincera conversion: entonces confesaremos abiertamente que el Señor jamas nos habia hecho favor mas útil y provechoso, que el de habernos puesto enfermos.

Los que conocen el precio y las ventajas de la enfermedad se consuelan facilmente cuando se ven reducidos á este estado, y á vista de los abundantes frutos que pueden sacar de ellas se dedican con mas esmero á corregir sus desórdenes, y á reparar las ruinas de sus virtudes casi aniquiladas, que á restablecer las fuerzas del cuerpo que la enfermedad les ha quitado. Saben por esperiencia propia que este mundo es el pais de las enfermedades y los trabajos: que en el cielo es únicamente donde nos aguarda la dulzura del reposo; y sufren la privacion de él sin inquietud, contentos con todos los males que Dios les hace padecer. La fé les enseña que es preciso que beban en su caliz lleno de amargura aquellos que reserva pasa la vida eterna: y que cuando nos sujeta á lle-

vir una vida de cruces y tribulaciones, es señal de que no quiere abandonarnos en la muerte, sino hacernos participantes de los gozos y consuelos inefables que los santos gustan en la gloria. Este espíritu de fé es con el que los verdaderos cristianos miran las enfermedades, y con el que sufren su duracion y su violencia, juzgandose dichosos, é infinitamente responsables á la misericordia divina cuando los aflige con estos males pasageros, porque están convencidos de que este es el camino por donde Dios quiere hacer cierta su vocacion y su eleccion; y que si aparenta el juzgarlos en el tiempo condenandolos á padecer,esto es para hacerles gracia en la eternidad.

Dios no ha puesto al hombre en esta vida para que se entregue á las dulzuras ni á los placeres. Las tribulaciones y las cruces son la porcion y la herencia de los justos dice el Profeta (1): pero este estado triste y aflictivo no será de duracion (continúa el mismo Profeta) el Señor tendrá cuidado de librarlos de él, y hará que suceda á estas bebidas amargas, un torrente de delicias y consuelos eternos: *et de omnibus his liberabit eos Dominus*. Esta esperanza es la que consuela à las almas afligidas: ellas aguardan con paciencia el fin de sus males persuadidos de que estos serán

(1) Multaertla butiones justorum. [*Psl.* 13 V 19.

seguidos de una dicha en que jamas se mezclarán la afliccion ni la tristeza: y por eso muy lejos de quejarse en un estado que parece tan insoportable á los hombres carnales, antes se creen demasiado favorecidos con respecto á los pecados que han cometido, y que deben expiar con los los trabajos.

Estos los sufren en espíritu de penitencia y les sirven para satisfacer por sus culpas, aunque es bien grande la desproporcion que hay entre los dolores pasageros que padecen, y la penitencia que debieran hacer. Asi es, hermano mio, como los males de esta vida se hacen saludables; y aunque no està en nuestra mano el librarnos de ellos, porque Dios nos sujeta á ellos sin consultar nuestra voluntad, podemos hacernos meritorios aceptandolos, y haciendo buen uso de ellos. A esto debe V. aplicarse principalmente diciendo con el Profeta. Yo acepto, ó Dios mio, el caliz de salud que me presentais, y lejos de murmurar contra vuestra Providencia, antes os bendeciré en todo tiempo, y jamas se caerá de mi boca vuestra alabanza, ni mi alma pondrà en adelante su gloria mas que en vos. Llegará sin duda el momento en que serán oidas las oraciones de V. y en que el Señor lo sacará de éste estado penoso y lánguido, para hacerlo gustar de unas dulzuras y consuelos inefables en la patria celestial.

ECSORTACION XXV.

Sobre los peligros á que está espuesta la virtud cuando se goza de salud perfecta.

Si la compasion que se tiene à los que padecen aliviara sus males de algun modo, V. hermano mio, tendria sin duda mucho alivio por mi parte; porque yo no puedo ver à V. padecer tanto, sin sentir mi corazon vivamente conmovido. Yo quisiera (si nuestro Señor lo tuviere á bien) que sanara V. prontamente de todos sus males, y que fuesen mas eficaces los remedios que se le aplican para curarlo. Pero me consuelo, y al mismo tiempo me edifico, al ver esa tranquilidad de alma que V. manifiesta, siempre sostenida de una paciencia que no se desmiente; y la indiferencia en que V. se halla en cuanto al écsito de su enfermedad.

Desde el primer dia que V. sintió sus amagos, puso su suerte en las manos del Señor, y resignándose à su santísima voluntad, se hizo V. digno de una proteccion particular, cual no la niega jamas à los que se abandonan à su conducta. En la paciencia que V. tiene, se halla una prueba cierta de que goza V. de los efectos de esta proteccion divi-

na; porque la paciencia, segun dice el Profeta, es un don del cielo. (1)

Continúe V., hermano mio, sufriendo con el mismo espíritu los dolores y molestias de su enfermedad, hasta que el Señor tenga la bondad de hacer parar su curso. Deje V. á los que le asisten el cuidado de procurar el restablecimiento de la salud del cuerpo, y mientras que ellos se valen de los remedios propios para reparar las ruinas que la enfermedad le ha causado; aplíquese V. á procurar por sí mismo la curacion de las dolencias de su alma, valiéndose de los medios propios para reparar las que el pecado ha podido causar en ella. V. no ignora que mas le costó á Jesucristo el rescatar las almas, que à Dios el criar los cuerpos; y por aquí conocerá V. la necesidad de atender á la curacion del alma, con preferencia á la del cuerpo.

Aunque este debiese padecer todavia unos dolores mas violentos, ó ser dentro de breve reducido á cenizas, haga V. al Señor un sacrificio entero de sí mismo, procurando ponerse en estado de decir como el Apostol: Jesucristo es mi vida, y la muerte cuando venga, será para mí una ganancia (2)

(1) Ab ipso patientia mea. *Pslm.* 1. ℣. 61.
(2) Mihi vivere Christus est, et mori lucrum. ℣ *Ad Philip. cap.* 1. 2.

porque ella me pondrá en una dichosa impoencia de ofender á mi Dios, y la poca virtud que acaso se halla en mí, ya no estará espuesta á unas pasiones tiránicas que la combaten sin cesar.

Para moderar la impetuosidad de estas pasiones, es cierto que no hay nada mas eficaz que una enfermedad considerable; y que una fiebre ardiente, es un soberano remedio para estinguir el ardor de los vicios y las malas inclinaciones; porque por bueno que sea el uso que se hace de la salud, no deja uno de sufrir algunas veces unos asaltos muy peligrosos. Se vive sin duda con mucha mayor seguridad en medio de las enfermedades y dolencias; y por esto las almas mas iluminadas en los caminos de la salvacion han visto siempre la salud como tel escollo de todas las virtudes, y la maestra de los vicios; y á la enfermedad al contrario, siempre la han tenido por maestra de las virtudes, y el escóllo en que se estrellan nuestros pecados. Cuando uno está enfermo, se ocupa mucho mas en pensar en los medios de aplacar á Dios con la penitencia, que no en aquellas cosas que podian dar lugar á ofenderlo de nuevo; entonces se aprende á temerlo, y á temblar de su justicia, y se mira la enfermedad como un castigo que uno ha merecido justamen-

te, y cuyo rigor no se puede hacer cesar, sino por medio de una vida cristiana. Se aplica uno en este estado á hacerse útiles unos males que se han hecho necesarios; ya para disgustarnos de las dulzuras del deleite, ya para hacernos expiar nuestros placeres pasados por medio de los dolores que crucifican nuestra carne, ya para hacernos renunciar este fondo de orgullo que nos hace desconocer nuestra propia miseria, y la corrupcion de que nuestro cuerpo se compone: ya en fin para ponernos en estado (despues de reconciliados con Dios por la penitencia) de esperar en recompensa de los males que hemos sufrido con paciencia, unos consuelos y gozos eternos: de suerte que mudando de espíritu, y de corazon, así como mudamos de conducta, en lugar de que la salud era una especie de sepulcro, en que todas nuestras virtudes estaban enterradas, y una piedra de tropiezo que nos esponia á continuas caidas; la enfermedad se hace para nosotros una academia de virtudes, sucediendo la fé, la esperanza, la caridad, la humildad, el desapego, y la paciencia, á los vicios que hacian criminal nuestra vida.

Nosotros conocemos por la fé (que entonces nos ilumina mas que antes) que todo viene de la mano de Dios, el cual es

infinitamente bueno, sábio, justo, y poderoso. Nos abandonamos enteramente á su beneplacito en órden al restablecimiento de nuestra salud; nos hacemos mas humildes, por el conocimiento que nuestra enfermedad nos dá, de la nada de nuestro ser, de la vanidad de nuestro orgullo y de la inconstancia de nuestra vida. Nuestro amor á Dios se hace mas fervoroso, no pudiendo dudar que es un efecto de su bondad y de su proteccion el habernos reducido á un estado que nos aparta de unos peligros evidentes en que estabamos de perdernos: nos unimos con menos estrechez al mundo, hallandonos frecuentemente reducidos á dos dedos del sepulcro, y en el camino que conduce á él. En fin, entonces es cuando nosotros procuramos ser mas pacientes, y tenernos mas firmes contra los dolores de la enfermedad, padeciendo con mas valor los diferentes males que nos afligen.

Esta disposicion es muy opuesta á aquella en que ordinariamente nos hallamos cuando gozamos de salud, en cuyo tiempo todo lisonjea nuestros sentidos, y por todas partes encontramos lazos tendidos contra nuestra virtud. Ya atacados, y vencidos; ya combatientes y abatidos; siempre á las manos con los enemigos de nuestra salvacion, sin poder gozar de una paz tranquila

en ningun lugar, en ningun tiempo, en ninguna edad, ni interior ni esteriormente, encontrando en todas partes persecuciones, y siendo frecuentemente nosotros mismos nuestros mas temibles adversarios. ¿Cómo se podrá vivir en reposo en medio de tantos peligros, puesto que es necesaria una vigilancia continua, y estár siempre con las armas en las manos para defendernos?

Seguramente estamos mucho menos espuestos á todos estos combates y peligros, cuando la enfermedad viene á socorrernos: porque ella misma aparta casi sin ningun esfuerzo nuestro, esta multitud de enemigos domésticos y estraños que nos atacan continuamente, cuando gozamos de salud robusta; porque entonces nuestras virtudes que estabau enfermas, mientras nuestro cuerpo estaba bueno, vuelven á tomar su primer vigor, y se fortifican mas y mas. El fierro y el fuego aplicados á este cuerpo de pecado, hacen salir de él la podredumbre, y así se purifica el alma, y sintiendo mejor sus necesidades, ocurre á aquel Señor que es el único que puede darle los socorros convenientes. Pero ella se habria mantenido siempre insensible á sus propias miserias, si Dios por una misericordia infinita, no hubiese velado en su curacion, y no le hubiera dado el socorro de las enfermeda

des y dolencias; así es, hermano mio, como ha hecho con V., por una bondad particular.

Los mundanos no comprenden esta conducta misericordiosa del Señor, porque ellos no tienen por bienes verdaderos, sino los que contribuyen á lisonjear sus deseos, ó á satisfacer sus sentidos: pero los cristianos fervorosos, piensan muy de otra manera; porque no son sensibles sino á lo que interesa á su salvacion, y á la gloria de Dios; y esto es lo que V. debe tener siempre en su corazon porque en esto consiste su unico, necesario, y el negocio mas importante de todos. Porque ¿de que sirve esta agitacion continua en que se vive por las cosas de la tierra, cuyo fundamento es por lo regular una salud fuerte y robusta, sino de cansar el cuerpo y disipar el alma? Sin duda es mucho mas ventajoso el estar reducido á la triste, pero dichosa tranquilidad de una enfermedad, y aplicarse á escuchar la voz de Dios, y merecer por la paciencia en los males la posesion del cielo (1).

(1) Porró unum est necesarium. (*Luc. cap.* 10. v. 21.)



ECSORTACION XXVI.

Las enfermedades son útiles para precaucionarse contra las sorpresas de la muerte, y para desprendernos del mundo.

Al llegar á vuestra casa he sabido, hermano mio, que ha pasado V. una noche triste y congojosa, no habiendo podido gozar de un isntante de descanso, porque los aumentos de la fiebre han sido muy considerables: tambien me dijeron que estaba V. asustado, como un hombre que se acerca ya su fin, y que considerandose cercado de los dolores de la muerte, no debia pensar en otra cosa que en prepararse á ella sin dilacion: asi es, hermano mio, como Dios se sirve de la enfermedad, como de un instrumento propio para despertarnos de nuestro letargo, amenazandonos de cuando en cuando con la idea viva de una muerte cercana aunque ella esté todavia distante, para exitarnos á prepararnos á ella desde temprano, y no esponernos á que nos coja de sorpresa cuando realmente venga ya á quitarnos de este mundo. Como una grande parte de las enfermedades que afligen á los hombres son mortales, y solamente por serlo los espantan, estos temores les son muy útiles, porque los hacen mas

circunspectos en su conducta, y mas cuidadosos en tomar las precauciones necesarias para no ser cogidos de sorpresa.

Esta clase de enfermedades, es temible para los amantes del mundo, porque ellos miran la muerte como una enemiga terrible que los ha de arrancar de todo lo que aman; y cuando son atacados de una enfermedad peligrosa, atienden mas á los medios de apartar el riesgo, y de sanar, por el apego que le tienen á la vida, y á todo lo que lisonjean las pasiones, que no al desarreglo de su conciencia, que debe hacerlos temblar, y obligarles á ocurrir á la penitencia, para no morir como réprobos. Pero para los justos, los peligros de las enfermedades son unos avisos saludables, y aunque ellos no han aguardado á estar muy malos para pensar en la muerte, sino que siempre han estado preparados á ella por medio de una vida arreglada, y del ejercicio de las obras buenas; ellos redoblan mas, y mas su fervor y su zelo, cuando parece que les amenaza ya su fin. Como viven sin ningun apego al mundo, el cual miran como un destierro y un lugar de transito; siempre están dispuestos á dejarlo; y cuando la enfermedad les hace entrever el peligro y la cercania de la muerte, se abandonan á la divina misericordia, y la aguardan con una resignacion perfecta á la voluntad

del Señor. Estando ya de antemano muertos al mundo, y estando su vida oculta en Dios con Jesucristo, salen de él sin amargura ni pesadumbre, y mueren llenos de gozo y de consuelo, esperando hallar en el Cielo el fin de todas sus inquietudes, el término de sus misérias, y la total cesacion de todos sus males.

Tambien hay muchas otras enfermedades, en las cuales no se advierte peligro de la vida; pero que no por eso deben hacernos descuidados: porque aunque ellas no nos muestran sino á lo lejos el dia del Señor, siempre nos convidan á prepararnos á su venida, y á emplear útilmente todos los momentos que tardare en llegar. Como nadie sabe el dia ni la hora en que vendrá el hijo del hombre, y como no puede ser demasiada la precaucion que se tome en un negocio, en que se trata de la suerte eterna de nuestra alma, es prudencia el preferir lo cierto á lo incierto: y que á pesar de toda la seguridad moral que se pueda tener de que una enfermedad no es peligrosa, sucede frecuentemente que somos engañados, y se han verificado infinitas veces unas mudanzas imprevistas, que en el mismo dia en que mas se confiaba en el alivio, han llevado al sepulcro unos enfermos que no se miraban co-

mo tales, por la falsa idea que se tenia de sus enfermedades.

Pero aun cuando no hubiese en realidad ningun peligro que temer; ¿no debemos nosotros corresponder siempre á los designios de Dios, cuando nos aflige con las enfermedades? Nosotros estamos unidos al mundo con una infinidad de lazos, y Dios quiere romperlos, y para eso nos abate con ellas. Tenemos flaquezas que corregir y aun quizá estamos todavia cargados de enormes deudas á su justicia por la indulgencia con que nos hemos tratado, aun en las prácticas mas indispensables de la penitencia. Conque ¿no seria un efecto de la bondad del Señor para con nosotros, el ponernos en estado de poder suplir estos defectos, haciéndonos padecer unos, males, que quiere recibir en pago de nuestras deudas, para que habiéndolas satisfecho en cuanto nos sea posible con nuestro humilde sufrimiento, nos haga participantes cuando salgamos de este mundo, de la felicidad que gozarán los escogidos en el cielo? Este es, hermano mio, el uso que debemos hacer de nuestras enfermedades, sean peligrosas, ó no lo sean.

Mas no todos los enfermos se aplican igualmente a hacerselas utiles. Para los pecadores obstinados son infructuosas, porque estos casi nunca piensan en Dios, ni en su

salvacion; y muy lejos de abrir los ojos para vér quien los castiga, y adorar la mano que los hiere, se endurecen mas y mas como unos Faraones. Deberian atender al peligro que les amenaza; pero se mantienen insensibles. Dios los solicita por medio de las enfermedades para que se conviertan, y ellos aumentan el número de sus crímenes con sus resistencias y murmuraciones, y en lugar de sacar algun provecho de las enfermedades que padecen, éstas son para ellos el principio de los castigos eternos, que despues de la muerte les aguardan.

Al contrario los pecadores arrepentidos que se han conmovido á vista de los desordenes en que desgraciadamente cayeron. Estos miran sus enfermedades como remedios que la divina misericordia les presenta para que suplan á la insuficiencia de sus satisfacciones, y á la poca proporcion que éstas han tenido, con la enormidad de sus culpas; y lejos de repeler la mano que gravita sobre ellos, la besan y la adoran, juzgándose muy dichosos de que Dios se digne tomarse el cuidado de purificarlos en este mundo, castigándolos con los dolores de la enfermedad, para no verse obligado á castigarlos con unos tormentos eternos cuyo rigor se estremo.

ECSORTACION XXVII.
sobre el mismo asunto.

La salvacion es tan importante, y su pérdida tan terrible, que no hay cosa de que no debamos valernos para no arresgarla: una de las que pueden servirnos en gran manera para asegurarnosla, es el buen uso de las enfermedades; pero por desgracia no sacamos ninguna ventaja de ellas, para nuestra santificacion, sino antes bien perdemos muchas utilidades que podriamos conseguir, cuando el Señor tiene la bondad de enviarnoslas.

La causa de estas grandes pérdidas que hacemos, es el no considerar las enfermedades bajo la idea que la fé nos dá de ellas. Frecuentemente cerramos los ojos, aun á las luces de la naturaleza que nos darian instrucciones muy importantes y provechosas, si no las obscureciéramos con nuestras pasiones y preocupaciones. Estas luces nos harian conocer nuestra fragilidad mostrandonos las vicisitudes á que estamos sujetos: ya alegres, ya tristes, ahora afortunados, mañana desgraciados, unas veces gozando de prosperidades, otras sujetos á mil adversidades: finalmente, en unos tiempos buenos y sanos, y en otros achacosos y enfermos. Despues

de esto viniendo la fe al socorro de nuestra razon, y nuestra esperiencia, nos haria conocer que Dios es quien dispone de todos estos diversos acontecimientos, que nosotros erradamente atribuimos al azár ó á la mala fortuna: y penetrados vivamente de nuestra nada, de nuestra miseria, y de nuestra corrupcion, reconoceriamos la grandeza de Dios, su justicia, su infinita misericordia, y el poder soberano que tiene sobre todas las criaturas. Entonces lejos de quejarnos de todas estas revoluciones á que estamos espuestos, nos mantenemos siempre firmes y constantes en nuestra sumision y dependencia, porque miramos á Dios como Autor de todo lo que nos sucede, y solo nos dedicamos á conocer sus designios sobre nosotros, y conformar con ellos nuestra voluntad. Entonces vemos todas las cosas en otro punto de vista: y lo que con los ojos de la carne vemos como si fuera un soberano mal, con los ojos de la fe, lo vemos como un bien muy considerable. La prosperidad mundana, las [riquezas, los ho] nores, los placeres de los sentidos no nos empeñan y arrastran en pos suya, pues estamos convencidos de su frivolidad, y que no son mas que unas especies de encantos y apariencias falsas y engañosas de que el demonio se sirve para seducir á los hombres: ni nos acongojamos por la pérdida de la salud

á pesar de que la estimamos como el pri-mero y mas necesario de todos los bienes de naturaleza, porque entendemos por la Santa Escritura, que si sufrimos con paciencia y amor los dolores de la enfermedad, y todos los males que la justicia y la Providencia divina ha decretado en esta vida mortal; estos mismos trabajos nos pondran algun dia en estado de participar de la gloria del mismo Dios. (I).

Asi es hermano mio como piensan los buenos cristianos, y estos son los sentimiutos de que procuran llenar sus corazcnes, para hacerse provechosas las enfermedades, y evitar las sorpresas á que podria esponerlos la negligencia en tomar las debidas precauciones. Ellos se previenen para la muerte adelantandose á recibirla, antes que ella se presente con aquel aparato triste y lúgubre que la acompaña; sin esperar á ponerse bien con Dios, y trabajar en su salvacion, cuando su espíritu esté ya en el ultimo abatimiento, y sus puertas casi del todo agotadas por la violencia del mal. Porque á la verdad, ¿qué se puede hacer, que sea digno de algun merito delante de Dios, cuando la necesidad nos obliga á obrar, y cuando el corazon ca-

(1) Si támen compatimur, ut et conglorificemur. [*ad Rom. cap.* 8]

si ya no es libre en sus movimientos? No dar á Dios mas que aquello que no se le puede negar, ¿es acaso ofrecerle alguna cosa digna de su Magestad? Su Magestad no quiere sacrificios forzados, ni victimas que sea menester arrastrarlas contra su voluntad. Cuando Jesucristo se ofrecio á la muerte, se ofrecio como dice Isaias, con toda su voluntad. *Oblatus est quia ipse voluit:* y cuando llegó el momento de su pasion, se entregó en las manos de sus enemigos que venian á buscarlo, y se dejó llevar á la muerte como una oveja que va á ser degollada, permaneciendo en silencio (como añade el mismo Profeta) á la manera que un cordero delante del que lo trasquila [1]. Imitemos, hermano mio, la generosidad de su sacrificio, y vamos de buena gana á la muerte, cuando Dios ecsija de nosotros el sacrificio de nuestra propia vida.

Tales son las disposiciones interiores en que debemos estar: siempre preparados á obedecer cuando él mande, y á partir cuando él nos llame: semejantes á aquellos siervos que, como dice el Salvador, están siempre prevenidos esperando á su señor para

---

(1) Sicut ovis ad occisionem ducetur, et quasi agnus coram tondente, se obmutecet, et non aperiet os suum *Isai. cap.* 33. V. 7.

abrirle luego que toque, y no ser sorprendidos á su venida. Porque ciertamente, no pudiendo ser nunca demasiado el cuidado y la precaucion en lo tocante á la salvacion, es portarse como hombre sabio y prudente, el mantenerse siempre en vela; y mas vale tener muchas horas de sobra de cuidado, que no carecer de un solo momento, porque de este momento incierto es del que frecuentemente depende la eternidad.

ECSORTACION XXVIII.

Las enfermedades son castigos, y al mismo tiempo remedios saludables.
Sentimientos con que debemos recibirlas.
Ejemplo de Job.

La enfermedad de V., hermano mio, es un poco mas larga de lo que se habia pensado. Ella apenas quiere soltar la presa, ni ceder á los remedios; pero hay esperanzas de que no durará mucho, aunque ha quedado todavia algun resto de calentura. V. ha comenzado bien, y ha mostrado hasta ahora bastante conformidad con la voluntad de Dios, y bastante paciencia en los males que ha padecido; pero es necesario perseverar en estas buenas disposiciones hasta el fin de la enfermedad, conservándose

en ellas cuidadosamente mientras va declinando; para que pueda V. decir con el Apostol: que ha acabado su carrera, y permanecido fiel en medio de sus aflicciones (1).

Yo hasta ahora me he dedicado á esforzar á V. á que las tolere con paciencia y con amor, y he tratado de persuadirle las ventajas que producen á los que de ellas hacen un uso cristiano; pero como estos sentimientos piadosos son combatidos de los de la naturaleza; y V. todavia de cuando en cuando suele verse atacado de dolores fuertes, ó de vehementes congojas, espero que lleve á bien, que en lo restante de su enfermedad me ocupe con llenar su espíritu de pensamientos útiles y propios para sostener su flaqueza; porque un enfermo no debe ocuparse en otra cosa; y yo haria mal en entretener á V. en los negocios del siglo, cuando V. no debe tomar ninguna parte en ellos. Supuesto pues, que la curacion de V. se ha retardado un algo, aproveche estos momentos preciosos, y sírvase de ellos como de otros tantos medios de salvacion que la Providencia le ha con-

(1) Cursum consumavi, fidem servavi. I. *ad Timot. cap.* 4. V. 7.

cedido, para hacerlo llegar á una perfeccion mas alta.

Los males de esta vida son penas, y son remedios: penas por su naturaleza, y remedios por un efecto de la bondad divina: ellos son unos tristes efectos, y unas consecuencias funestas del pecado de Adan y de los nuestros. Por eso, como dice el Apóstol, hay entre nosotros muchos enfermos y lánguidos, y muchos que duermen en el sueño de la muerte (1). Supuesto que ellos son un castigo que hemos merecido justamente, es preciso que toleremos su rigor con sumision y paciencia.

Solamente Jesucristo padeció muchisimo sin haber podido merecer nada de lo que sufrió; y los apóstoles y los mártires no se consolaban en sus trabajos, sino por los sentimientos que el conocimiento de nuestra corrupcion y nuestra miseria imprime en las almas mas perfectas.

Mas no solo los santos de la ley nueva, como fueron los mártires y los apóstoles, sino tambien los justos de la ley antigua, eran en sus aflicciones animados y justificados con el mismo espíritu de fé y de piedad. Los macabeos se consolaban en sus

---

(1) Ideó inter vos multi infirmi et imbeciles, et dormiunt multi. 2. *ad Corint.* 11. 30.

tormentos, persuadidos (segun confesaban delante de sus tiranos y de todo el mundo) de que no padecian mas de lo que merecian por sus pecados, y que si despues de todos los tormentos á que podian ser condenados, queria Dios recompensar sus sufrimientos con una corona de gloria, la recibirian humildemente de su misericordia, siendo por si mismos indignos de ella. Estos mismos sentimientos deben consolar á todos los cristianos de la ley nueva, cuando el Señor los aflige, ya con persecuciones que permite que les susciten sus enemigos, ya con enfermedades que los atormentan: ellos deben reconocer en si mismos el principio de estos males, y persuadirse de que sus pecados, son la principal causa de ellos: y de que habiendo tenido la desgracia de ofender á Dios, y habiendo sido sus cuerpos los instrumentos de los desordenes en que han caido, es muy justo que sufran la pena que merecen todas estas ofensas; y aun cuando nuestra vida hubiese sido inocente, no por eso estariamos libres de la obligac o de padecer, puesto que el mismo Jesucristo quiso entregarse á los tormentos, y ser un hombre de dolores acostumbrado á padecer como dice el Profeta (1).

---

(1) Virum dolorum, et scientem infirmitatem. *Isai. cap.* 53. V. 3.

A todos sus escogidos los ha hecho Dios caminar sobre las huellas de este divino Salvador; los ha conducido por entre espinas y abrojos durante esta vida, los ha afligido, los ha castigado: y nosotros no debemos esperar otra suerte, si no queremos renunciar á su herencia. El Apóstol nos dice que así es como el Señor trata á los que recibe en el número de sus hijos; y puesto que el mismo Jesucristo hijo único de Dios no ha sido libre de aflicciones, como dice S. Agustin, ¿podrémos pretender nosotros un tratamiento mas favorable. (1)?

¿Cual pues debe ser nuestra conducta concluye el mismo santo [*ibid.*] en los diversos trabajos que nos acongojan, sino referirlos enteramente á Dios, y sufrirlos con paciencia? *Prómus ad Deum, refer flagellum tuum.* Nuestros males, dice san Gregorio, nos parecen mas dulces cuando estamos persuadidos, de que Dios es quien nos los envia, porque siendo infinitamente bueno y justo, no hace cosa que no sea conforme con las reglas de su bondad y de su justicia. *Mitigat vim doloris, consideratio equitatis ferientis.*

Si nos remontasemos hasta este origen,

(1) Etiam si unicus sine peccato, non tamen sine flagello. *In Pslm.* 31.

cuando somos afligidos de la enfermedad, ó estamos espuestos á contradicciones que nos oprimen; todas estas y semejantes aflicciones, perderian desde luego una gran parte de su amargura, y sabiendo por el Profeta (1) que el Señor que es quien las permite ó las envia, asiste á los atribulados, y les promete el socorro, no dejariamos de sentir los efectos de su proteccion, y veriamos nuestra flaqueza convertida en fortaleza. Pero como ordinariamente nuestras reflecciones no se dirigen á Dios, y lo que nos sucede lo atribuimos al azar, ó la mala fortuna; él nos deja en nuestras propias manos, ó nos abandona á nosotros mismos, y nos rendimos al peso del dolor que nos oprime, porque nos hacemos indignos de que él nos dé la mano para levantarnos de nuestro abatimiento, y nos niega por nuestro descuido en pedirselo, aquel socorro que jamas niega su bondad á los que se lo piden con humildad, y confianza.

Algunas veces pasamos á otro estremo, que no es menos injurioso al Señor, ni menos opuesto á sus soberanos designios. Ocurrimos á él en las enfermedades y en todas las otras aflicciones que nos sobrevienen; pero ecsigimos de su bondad mas de lo

---

(1) (*Pslm.* 90 ℣. 15)

que él juzga conveniente concedernos. Querriamos que nos hiciese insensibles al dolor, que convirtiese las espinas en rosas, ó que les quitase todas las puntas que nos pueden molestar: las menores impresiones que éstas hacen en nosotros, nos parecen unas picaduras mortales; y si los males que padecemos son de alguna duracion, despreciamos á Dios como si fuera un Dios ciego que no ve nuestro estado, ó que se complace en ver padecer á sus criaturas. Es cierto que Job, en medio de sus congojas, se quejaba de que el Señor lo trataba con severidad; pero siempre conservaba una perfecta sumision á su divina voluntad; persuadido de que nada le acaecia, que no fuese ordenado por su Providencia: de suerte, que con semejante queja, no quiso dar á entender mas, segun dicen los intérpretes, que la estraña y viva impresion que le causaba el nuevo modo, con que se veia tratado por Dios: porque antes lo veia con una estrema bondad, y despues no le mostraba mas que rigor, lo cual su Magestad hacía por entonces con él porque queria llevar á este santo hombre, por medio de los trabajos con que lo agoviaba al mas alto grado de perfeccion, y proponerlo á todos los demás hombres como modelo de una paciencia heroica, y gran virtud.

Mas ¿qué proporcion hay entre los males que nosotros padecemos en nuestras enfermedades comunes, y entre el estado á que se halló reducido el Sto. Job? A un mismo tiempo vinieron á descargar sobre él todas las desgracias, sin darle intervalo alguno siquiera para reconocerlas: y despues que el Señor permitió al demonio que le quitase sus bienes y sus hijos, fué herido de una llaga espantosa que le cubria todo el cuerpo. ¿Que valor, que fortaleza, que virtud no era necesaria para sostenerse en medio de tantas desgracias, tan tristes y tan aflictivas, y recibirlas de la mano de Dios con una perfecta sumision? Pues Job se postra delante del Señor para adorarlo, y para pedirle la gracia de no rendirse bajo el peso del dolor y la congoja. El no murmuró, dice la Santa Escritura, ni siquiera se le escapó una palabra indiscreta, ó inconsiderada. *Neque stultum quid, contra Deum locutus est.* (1. 21.)

ECSORTACION XXIX.

Se continúa la misma materia. Ejemplo de Lázaro.

Como los grandes modelos de paciencia en los grandes trabajos, dan alguna especie de dulzura, ó consuelan de algun modo

á los que están reducidos al estado penoso en que V. se halla; creo no poder consultar mejor à su consuelo, que despues de haberle espuesto el ejemplo de Job, proponiéndole otro que sin duda puede servirle á V. de mucho.

Reflecsione V. un poco en el deplorable estado en que se halló aquel Lázaro de quien se hace mension en el Evangelio. El fué uno de aquellos grandes modelos que el hijo de Dios nos puso delante de los ojos para consolarnos en nuestros trabajos, y en las duras pruebas á que su Providencia nos espone de tiempo en tiempo, por unos motivos que debemos adorar; pero que no nos es lícito profundizar. Este Santo Personage sufria con una estrema paciencia, la mas estrema miseria, añadida á grandes y continuas enfermedades. Su cuerpo era semejante á un espectro que dá horror á cuantos le miran: estaba todo cubierto de llagas y de úlceras; padecia todo el rigor de la hambre, y de las estaciones, tirado á las puertas del mal rico, que se trataba magnificamente todos los dias, y vivia lleno de delicias. Por lastimoso que fuese el estado de Lázaro, nadiese enternecia de verlo, ni le procuraba el menor alivio. Los perros eran para él, mas sensibles que los hombres; pues estos lo dejaban en el último abandono, cuando a-

quellos, lamiéndole las llagas, como que suplian á su modo la falta de conmiseracion que esperimentaba de parte de sus semejantes. En estos no encontraba él mas que entrañas de fierro, y de bronce, que no se conmovian á socorrerlo á pesar de saber, que hasta un pedazo de pan le negaba aquel rico soberbio, á cuyas puertas yacia tendido. El no pedia mas que las migajas que sobraban de su mesa, que solo podian apetecer los perros, y hasta éstas se le negaban, Sin embargo, todo esto lo sufria sin murmurar y sin quejarse, guardando un profundo silencio en cuanto á las repulsas que se le hacian, y sobre la impiedad y dureza con que lo trataban.

El no se inquietaba, ni por la largura de su miseria, ni por el rigor de sus aflicciones. Soportaba su vida con paciencia por triste y aflictiva que fuese, hasta el momento que plugó al salvador terminar el curso de sus desgracias. El se veia morir de dia en dia por el desfallecimiento en que estaba su cuerpo, podrido de úlceras y destituido de toda asistencia. Para sostenerse en una situacion tan terrible y fortificar su valor, se ocupaba incesantemente de este pensamiento: ,,Que hay en el mundo un Dios que cuida de nosotros, y que despues de esta vida, que no ha de durar sino bien poco, debe

haber otra, en la que cada uno recibirá segun sus obras.”

Pero ¿qué diferentes no son de éstas las disposiciones de nuestro corazon en las aflicciones y desgracias? Todos los trabajos y calamidades que padecemos son infinita ó desmedidamente inferiores á los que padecia Lázaro: y con todo eso nos abandonamos á las murmuraciones, nos quejamos del rigor que Dios ejerce sobre nosotros, y nuestra pretendida flaqueza, nos sirve de título para autorizar nuestras injustas quejas. Mi fortaleza, dice un enfermo impio, no es la fortaleza de las piedras, ni mi carne es de bronce. *Nec fortitudo lapidum fortitudo mea; nec caro mea aerea est.* (*) Pero sobre no ser necesaria una fortaleza estraordinaria pa-

[*] Nota del traductor. *Atribuyese aqui á los enfermos impios estas palabras, porque aunque dichas por Job en el cap. 6. V. 12, ellos llevados de la impaciencia, no las usurpan en el mismo sentido en que aquel santo las dijo. Este sentido, segun el expositor Pineda en la esposicion de este capítulo es, como si dijera: „Si tolero yo con humildad y paciencia los crueles trabajos que me afligen, no es esto por una virtud propia mia, sino por la gracia y misericordia del Señor. De otra suerte, ¿como podria sufrir tanto yo,*

ra sufrir los trabajos ordinarios, es ciertísimo que todo lo podemos c on el socorro de Dio, que no nos falta en los dias de afliccio, cuando se lo pedimos con ardor: y por consiguiente nuestra flaqueza no es efecto de una verdadera impotencia para sufrir, sino de nuestra delicadeza y cobardia.

En efecto, dice Tertuliano, nosotros somos capaces de sufrirlo todo por el mundo, y no podemos resolvernos á padecer nada por Jesucristo: *omnia possum pati pro mundo, nihil pati possum pro Christo.*

Todo lo emprendemos y toleramos por llegar á conseguir un fin criminal: y cuando se trata del interés de Dios y de nuestra salvacion, se desvanece, y degenera en flaqueza toda nuestra fortaleza.

Pedro de Blois compara los trabajos y fatigas que los hombres sufren por salirse con sus intentos, con los trabajos de san Pablo; y concluye, que ellos pueden decir como este santo Apóstol, aunque en un sentido muy diferente: nosotros vivimos siempre mortificados, y padecemos dolores muy amargos: (1) y sin embargo todo esto que pa-

---

que no tengo una fortaleza como la de las piedras, ni una carne semejante al bronce?

(1) Propter te mortificamur tota die. (*ad* Rom. *Cap.* 8. ℣ 36.)

decen les parece nada; pero sobrevéngales una enfermedad, al momento se afligen, se abaten y se desbocan contra la divina Providencia. Ellos son pacientes y no se desalientan, con los obstáculos que se oponen á sus malos designios, sino que se esfuerzan á vencerlos todos; pero no pueden sufrir nada de lo que les viene únicamente de Dios. (1) Desde que el Señor los aflige, dice el mismo P. comienzan á erigirse en censores de la Divinidad: quieren tener que oponer á su conducta, pretenden que los trata con demasiado rigor, reduciéndolos á un estado en que juzgan que es demasiado, ó ecsorbitante lo que padecen (2).

Cuando así hablan, se puede decir que hablan indiscretamente, porque no entran en los designios de Dios, el cual no los aflige con enfermedades, sino para darles un medio de trabajar en su santificacion, ni los arranca de los empeños que tienen con el mundo, sino para atraerlos á su servicio por medio de una violencia saludable. Aunque ellos no pueden ignorar el mal uso que han

(1) Impatientes solíus Dei. (Tertul. lib. de Pat. in fine.)

(2) Censores Divinitatis. Sic non debuit Deus, et sic magis debuit. (Id libr. advers. Marc. in init.)

hecho de su salud, no saben resolverse á permanecer reducidos á una situacion en que no encuentran mas que disgustos y amarguras, y no pueden sufrir que Dios hiera sus cuerpos para sanar sus almas; con todo, dice el mismo Padre, lo que ellos llaman desórden, es una muy grande sabiduria; y lo que miran como una gran crueldad, es una grandisima gracia. (1) Porque segun el pensamiento de san Bernardo, jamás Dios está mas encolerizado, que cuando no se pone en cólera. El cesa de amarnos luego que cesa de castigarnos: y nosotros no somos dignos de su amor, desde que él no nos juzga dignos de sus amorosos castigos. (2)

ECSORTACION XXX.

Se muestra la injusticia con que se murmura contra Dios en las enfermedades.

La paciencia es un don de Dios, que se le debe pedir con mucha frecuencia, en un estado en que es sumamente necesaria,

(1) Perversitas quam putas, ratio est; quod sac. vitiam existimas, gratia est.

(2) Tunc magis irascitur: Deus, cum nón irascitur: non eris amore dignus, qui indignus castigatione censéris. (*S. Bern. in Cant. Serm.* 42.)

y en el cual se hacen grandes pérdidas si falta. Es preciso abandonarse á la divina conducta, y mantenerse siempre sometido á su voluntad.

Un enfermo dice San Agustin, debe mirar á Dios como á un Médico, y á la enfermedad como á un remedio de que él se sirve. Cuando conviene emplear el fierro y el fuego para la curacion de un mal, el médico corta, quema, parte rasga: no detiene su mano por no molestar á su enfermo: se hace sordo á sus gritos y á sus quejas, porque como no lleva otro fin que el de curarlo, solo esto es á lo que atiende [1]. El seria mucho mas cruel, si por una compasion mal entendida cesase de obrar segun las reglas de su profesion: porque por esta funesta condescendencia, dejando al mal sin el remedio que le es propio, seria el asesino de su enfermo, y lo conduciria al sepulcro.

Asi procede Dios con nosotros, para librarnos de la muerte eterna. Nuestra alma está herida de mil golpes mortales: la gangrena ha ganado el corazon: los remedios suaves fomentan su corrupcion, en vez de hacerla cesar: nuestras pasiones no pueden

---

(1) Sub medicamento positus ureris, secaris, clamas: non audit medicus ad voluntatem, sed. audit ad sanitatem. *S. Aug. in Pslm.* 23.

ceder sino al fierro y al fuego, Dios se sirve de una fiebre ardiente para disminuir poco á poco los ardores de la concupiscencia, substituyendo el dolor á los placeres súcios con que los hombres sensuales procuran embriagarse; los desprende insensiblemente del amor á las criaturas, y por los disgustos que les inspira de vivir, y los pensamientos de salvacion de que les da ocasion de que ocupen su espíritu: los retira finalmente de las puertas del infierno, adonde estaban en peligro de caer. ¡Oh cuantos pecadores son responsables de su salvacion á las enfermedades considerables que Dios les ha enviado, y sin las cuales infaliblemente, se habrian perdido para siempre.

A santa Teresa un dia que se quejaba de la violencia de los males que padecia, se le apareció nuestro Señor y le hizo ver el infierno con todos sus tormentos, y el lugar que ella debia ocupar por toda la eternidad, si él no la hubiera tratado con misericordia. Espantada ésta santa virgen de un espectáculo tan horrible, considerando la obligacion que tenia con el Señor por haberla retirado de tan funesto peligro se postró en tierra y le dió gracias por su infinita caridad: y desde aquel momento, lejos de quejarse de los males que le rodeaban muy frecuentemente, estos le parecian tan dulces y agradables, que no hallaba consuelo sino en

los trabajos: cuando su cuerpo mostraba mucha sensibilidad á las enfermedades de que era oprimida, y al rigor de las penitencias, que ella añadia á sus dolencias, entonces le hacia bajar á aquella prision de fuego, y mostrandole el lugar que se le habia destinado, le decia: mira si tus trabajos son comparables á los que se te deben, y cuanto es lo que Dios te favorece, condenandote á padecer los males de que te atreves á quejarte por librarte de todos estos tormentos que te tenia preparados en este terrible calabozo de los réprobos.

A este modo dice san Gregorio el grande [1], que cuando nosotros traemos á la memoria lo que merecemos padecer por los desordenes de nuestra vida, nos parecen ligeros todos los males que padecemos, y los sufrimos con mucha mas paciencia y firmeza. Entonces nos imponemos silencio: nos hacemos sordos á las opocisiones de la naturaleza que murmura y se queja: y nos humillamos bajo la mano Omnipotente del Señor, que se venga de nuestros pecados con los males que nos hace padecer, para hacernos expiar con estos castigos saludables unos desordenes que no hemos tenido ni la vergüenza de cometerlos, ni el valor de castigarlos. Mas como Dios no quiere dejarlos inpunes,

(1) Lib. 30 Mor. 6. 17.

el mismo tiene cuidado de hacernos soportar la pena fortaleciendonos con su gracia: y de esta manera su misericordia suple los defectos de nuestra covardia.

Movido de semejante consideracion el Stô. Rey profeta, y penetrado de los sentimientos de una perfecta sumision á las órdenes de su justicia, decia á Dios: Señor: yo me he callado, y no he abierto la boca porque vos sois quien me habeis castigado(1). Yo no me quejo, decia el Rey Ezequias de la conducta que Dios tiene conmigo: porque ¿que diré yo, ni qué responderé al Señor, puesto que él mismo es, quien me sujeta á padecer?[2] Uno y otro Rey reconocieron igualmente la mano que sobre ellos hacia sentir su peso, y ambos la adoraban con un profundisimo respeto.

En efecto, entonces es cuando debemos humillarnos mas que nunca en la presencia de aquel Señor à quien tantas veces hemos irritado, vivamente penetrados de las infinitas bondades de este Dios de misericordia, que no nos abate, sino para ecsaltarnos, y que no nos castiga sino para instruirnos, y

(1) Obmutui et non aperui os meum, quoniam tu fecisti. (*Pslm.* 38. 13.

(2) ¿Quid dicam aud quid respondebit mihi cum ipse fecerit? (*Isai.* 38. 9.)

fijarnos en la observancia de sus santos mandamientos. ¿No es mejor gemir algun tiempo sobre la tierra á la manera de aquel Lázaro, que vivir como el mal rico en la abundancia de apetitos y placeres, puesto que el cielo debe ser la recompensa del que padece, y el infierno la del voluptuoso, si la muerte le sorprende antes que haya renunciado á las delicias, y haya expiado sus crímenes en la penitencia?

Nosotros no debemos quejarnos de los males á que Dios nos sujeta en este mundo: sino considerar los tormentos de que estamos amenazados, porque nuestros males nos sean mas soportables. Nos engañamos, dice san Agustin, en los juicios que formamos de los trabajos de esta vida; porque ordinariamente los tenemos por grandes males, siendo asi que no son para nosotros sino unos remedios saludables. No rechaces, dice este gran Doctor, el azote con que eres herido, si no quieres ser escluido de la herencia. (1) ¡¡Ay! decia en una ocasion el bienaventurado san Luis Gonzaga, ¿qué es todo lo que yo padezco en comparacion de

(1) Quod páteris: unde plangis, medicina est, non poena; castigatio est, non condemnatio. Nolli repellere flagellum, si non vis repelli ab haereditate. *S. Aug. in Pslm.* 108.

la eternidad que espero? *¿Quid hoc ad vitam aeternam*? Y aun cuando fuese preciso que me resolviera á sufrir unos males infinitamente mayores, que todos los que padezco: ¿qué proporcion podrian ellos tener con el infierno que he merecido? La felicidad que yo espero en el cielo, decia san Francisco de Asis, es tan considerable; que todas las penas y enfermedades, todas las humillaciones y persecuciones, todas las penitencias y mortificaciones, me parecen deliciosas por poder conseguirla (1).

Los mismos sentimientos han tenido todos los santos: Instruidos en la escuela de san Pablo, han aprendido de este santo Apóstol, que los trabajos y penas de esta vida, no tienen proporcion con aquella gloria que se nos descubrirá en el cielo: (2) y por esto dijo Tertuliano, que los que se dedican sériamente á comtemplar la gloria, y tienen continuamente su pensamiento en el cielo, no son sensibles á los males que sufren en la tierra: porque la esperanza que tienen de

---

(1) Tanta est gloria quam expecto, ut me omnis morbus, omnis mortificatio, omnis humiliatio, et omnis poena delectec. *In vita S.*

(2) Non sunt condignae passiones hujus temporis, ad futuram gloriam quae revelabitur in nobis. *Ad Rom:* 8. 18.

ser, despues de esta vida, posesores de aquella herencia celestial, les endulza las penas mas violentas y ecsesivas.

Eleve V. su espíritu, hermano mio, frecuentemente, á aquella habitacion eterna en donde todos los gozos, toda la gloria, todas las riquezas estan juntas: y de la cual está escrito, que ni los ojos vieron, ni los oidos oyeron, ni el corazon del hombre ha concebido jamás, lo que Dios ha preparado á los que le aman (1).

¿Qué motivo mas poderoso para animar vuestro valor, y para sostener vuestra flaqueza? Este motivo ha dado á la Iglesia millones de mártires. Que haga pues de V., ya que nó un martir, siquiera un amante de la mortificacion, y de los trabajos.

ECSORTACION XXXI.

Las enfermedades son pruebas de la virtud: ellas la perfeccionan y la robustecen.

Tengo el consuelo, hermano mio, de hallar á V. hoy mucho mejor que en estos dias pasados: la fiebre está ya muy remisa, las noches las pasa V. muy tranquilas, y los do-

(1) Neque óculus vidit, neque auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quae preparavit Deus diligentibus se. 2. *ad Cor.* 2. 9.

lores que le han quedado no son ni estraordinarios, ni insoportables. Me parece que le falta á V. poco que andar para llegar al cabo de su curacion. El Señor, en cuyas manos está, no dejará de concedersela á los votos de su familia, y de todos los que como yo se interesen en ella, cuando S. M. lo juzgue conveniente á su gloria y á la salvacion de V.

Pero mientras llega este feliz momento, aplíquese V. á asegurar mas y mas la salud del alma, para que no esté ya espuesta á nuevas enfermedades. Las que atacan al cuerpo son unos preservativos muy poderosos contra las del alma, porque Dios, como dice S. Agustin, se sirve de las corporales, como de unos diques impenetrables, para detener el curso de las espirituales. Si aun cuando se goza de una salud lánguida ó achacosa, suelen amarse algunas veces los placeres desordenados, ¿qué sería si esta misma salud permaneciese siempre fuerte y robusta? Una salud vigorosa, dá ocasion á grandes desordenes, y para remediarlos sirve de un modo muy eficaz la enfermedad.

Si nuestra virtud, ó nuestro temperamento nos impiden el entregarnos á grandes pasiones, por el horror natural que nos infunden á ellas, no por esto estamos ecsentos de flaquezas. Ordinariamente no hacemos el bien

sino á medias; porque el amor propio, ó el capricho, ó la ocasion deciden de nuestras acciones buenas; nuestro zelo se debilita, ó casi se estingue: no caminamos sino con lentitud por la carrera de las virtudes: ya somos de Dios, yá del mundo, siempre esclavos de alguna pasion favorita, que no tenemos valor para resolvernos á sacrificarla. Pero como Dios conoce perfectamente la fragilidad de nuestra naturaleza y se acuerda de que no somos mas que polvo (1) se deja mover de compasion ácia nosotros, del mismo modo que un padre que está lleno de ternura para con sus hijos; y tomandose el cuidado de ayudarnos à vencer los obstàculos que estorvan nuestra perfeccion, se sirve del socorro de la enfermedad para arrancarnos de nuestras flaquezas voluntarias, y fijarnos en la práctica y en el amor de la virtud. A no ser así, acaso jamàs habriamos tenido, sino unas virtudes falsas é inútiles à nuestra salvacion: pero la enfermedad les sirvió de prueba, y al mismo tiempo las perfeccionó.

Dos cosas hay, dice S. Gregorio Magno, que contribuyen singularmente à probar la virtud de los cristianos, y à afirmarlos en ellas: las tentaciones de pecar, y los trabajos de la vida. Cuando los vicios nos tientan, y

---

(1) Psalm. 108. V. 13. 14.

resistimos constantemente à sus ataques, nos hacen humildes en nuestras mismas victorias y cuando los trabajos y afliecìones nos aprietan, desarraigan de nuestro corazon el apego que tenemos á todo lo que puede lisongear nuestras pasiones. Cuando los vicios nos solicitan á ceder á sus atractivos seductores, Dios nos impide por medio de la molestia de las tentaciones, elevarnos sobre nosotros mismos, descubriendonos el fondo de nuestra miseria y corrupcion que es el triste patrimonio de nuestra naturaleza, y cuyos funestos resultados no podemos detener sino con los socorros que la gracia nos comunica; pero cuando las enfermedades nos aprehenden, nos impiden en lo interior el desear, y en lo esterior el emprender nada que nos pueda corromper, poniendonos á la vista los peligros á que ellas mismas nos esponen, de ver quiza dentro de muy breve tiempo reducida á polvo esta masa de carne, para con la cual tenemos tan indignas complacencias.

Cuando somos fieles à estas pruebas, no solo desaparecen los vicios brevemente, sino tambien las flaquezas humanas pierden mucho del imperio que tienen sobre nosotros, y corremos mas ràpidamente por el camino de las virtudes. Entonces nos hacemos humildes, dóciles, desprendidos del mundo,

enemigos de sus maximas, caritativos y pacientes; y cuando nos mantenemos firmes contra las impaciencias y murmuraciones en la enfermedad, adquirimos mas mérito, dice S. Buenaventura, que si nos aplicasemos con un cuidado estraordinario á la prática de todas las obras buenas. (1)

ECSORTACION XXXII.

Conducta que se debe observar en la enfermedad, á fin de que sea útil al enfermo.

Aunque, segun S. Bernardo, nada hay mas precioso que el tiempo, y que sea una obligacion del cristiano el hacer siempre buen uso de él; sin embargo, cuando uno esta enfermo debe con mas particularidad economizar todos sus momentos y aprovecharse de ellos. A todo es menester atender, para que todo pueda contribuir á dar el lleno á los designios que Dios tiene sobre nosotros cuando nos pone en el estado de la enfermedad.

Del mismo modo, aunque la paciencia sea la principal virtud de los enfermos; con to-

---

(1) Majoris meriti adversa tolerare patienter, quam bonis operibus insudare. *Ep. 2 de grad. Virt.*

do, ella puede tener por compañeras algunas otras buenas obras que no poco contribuyen à aumentar sus méritos. Cuando los dolores son moderados, y su espíritu está libre y tranquilo, logran unos intervalos que pueden emplear en la oracion: y si no estan en estado de orar por largo tiempo, lo pueden hacer muchas veces si tienen algun zelo por su salvacion. Les es fácil el levantar de cuando en cuando su espíritu ácia Dios, procurando unirse á él, por medio de los afectos del corazon; y todos los miembros de su cuerpo, que se hallan afligidos del dolor, pueden ser otras tantas bocas, que piden é imploran de su bondad los socorros espirituales de que necesitan para hacer un uso santo de sus enfermedades.

Hallandose un dia Moisés en una especie de impotencia de ofrecer sus oraciones á Dios, segun acostumbraba, por hallarse oprimido bajo el peso del dolor y la afliccion: oyó una voz que le dijo: ¿Por qué clamas á mí? (1) esto nos enseña que la afliccion, es una especie de oracion, que agrada infinitamente á Dios cuando se le ofrece; y que S. M. atiende mas, á la disposicion del espíritu, y á la preparacion del corazon,

---

[1] ¿Quid clámas ad me? *Exod.* 14. 16.

que á las prácticas esteriores. (1) Que él esta mucho mas atento á las oraciones cortas cuando son fervorosas, que á las muy largas cuando son tibias y lànguidas; y finalmente que la oracion del corazon es mucho mas penetrante que la que sale solamente de los labios.

La escritura no nos dá á entender, que Moisés hubiese hablado á Dios cuando los Israelitas murmuraron y se quejaron de él en aquella ocasion en que alarmados y llenos de terror de verse perseguidos de los egipcios, capitaneados por Faraon que los seguia con todo su ejército, y ya casi los alcanzaba; gritaron al Señor y dijeron á Moisés: ¿Cual ha sido tu intencion al sacarnos de Egipto? ¿No sería mejor que fuesemos esclavos de los egipcios, que no venir á morir à este desierto? Pero si Moisés no habló á Dios; si tuvo su boca cerrada, dice S. Ambrosio, su corazon hablaba y rogaba (2).

Asi es como los enfermos deben orar en sus mas grandes dolores: ellos pueden repetir con frecuencia las palabras del rey

---

(1) Desiderium pauperum exaudivit Dominus: praeparationem cordis eorum, audivit auris tua. Pslm. 6. 41.

(2) *Ambros. Serm.* 16. *in. Psalm.* 118.

Ezequías. Señor, el mal me oprime, responded por mí. (1) O bien las del Santo Profeta, mi corazon está preparado, ó Dios mio, mi corazon está preparado. (2) Está preparado á recibir igualmente los bienes, y los males que querais enviarme, y á publicar vuestras alabanzas en los diversos sucesos de mi vida.

El tiempo de la enfermedad tiene prácticas de piedad que le son propias, las cuales aunque no tienen la misma estension, y diversidad que pueden tener las de las personas que gozan de salud, mas no por eso tienen menos mérito; y aun puede decirse que pueden tener mas, porque están libres de la infeccion que podian introducir en ellas el amor propio, el capricho ó la costumbre. Un enfermo, solo á Dios puede tener por objeto, cuando le ofrece lo que padece, cuando le ruega, cuando le pide el desapego del mundo, y el cumplimiento de su santa voluntad. Todo esto es fácil à una alma fiel y zelosa que quiere agradar al Señor y trabajar en el negocio de su salvacion. Portandose de este modo, mientras dura la enfermedad, se cumplen los designios de

---

(1) Domine vim patior, responde pro me. *Isai* 8. 9

(2) Paratum cor meum Deus, paratum cor meum. P*salm*. 56. 10.

Dios, y los dias que se pasan asi en medio de las aflicciones se encuentran llenos y dichosos: asi lo diçe el Santo Rey Profeta (1).

Este ha sido el uso que V. ha procurado hacer de su enfermedad con los socorros que el Señor por su misericordia le ha concedido; y por este buen uso, los dias de dolor han sido para V. dias de santificacion, como dice el Apostol (2). No se entibie V. en tan santos ejercicios: acompáñelos siempre, de un nuevo fervor, para que pueda V. dar á Dios unas pruebas contínuas de amor y de sumision á las órdenes de su Divina Providencia.

ECSORTACION XXXIII.

Sobre el restablecimiento de la salud de un enfermo. Que su corazon no debe hacerle perder de vista la muerte. Ejemplos de muchos grandes personages sobre esto mismo: precauciones necesarias, para despues de haber vuelto á entrar en el comercio del mundo.

Me parece que veo á V. ya, hermano mio, en un estado muy diferente del de estos dias

(1) Dies pleni inveniuntur in eis. *Pslm.* 72. *v.* 10.

(2) Dies salutis. 2. *ad Cor.* 6.

pasados. La fiebre por fin ha soltado la presa,y no hay apariencias de que vuelva á tomarla: los dolores se han sosegado enteramente: el sueño es bien tranquilo: y ya no le resta á V. mas, que ir reparando sus fuerzas. Dios ha querido probarlo por medio de esta enfermedad, y V. puede decir á ejemplo del Rey profeta: el Señor me ha castigado para corregirme; mas no me ha entregado á la muerte [1]. Ciertamente, es una gracia muy singular la que nos hace su bondad, cuando habiendonos conducido hasta el borde del sepulcro, nos retira de él, con grandes sentimientos de penitencia.

Pero despues de habernos hecho ver la eternidad muy de cerca, y descubiértonos la nada de este mundo, del cual estuvimos en peligro de salir; su voluntad es, haciendo que volvamos á entrar en él, que no le tengamos algun apego en el corazon, y que nos preparemos á pasar á otra vida, que ha de durar eternamente.

V. debe corresponder en lo sucesivo mas que nunca, á los designios que S. M. tiene sobre vd. y portarse de modo, que el restablecimiento de su salud contribuya mas y mas á hacer su conducta mucho mas esacta

---

(1) Castigans castigavit me Dominus, et morti non tradidit me. *Psalm.* 117. ℣. 18.

y ordenada. La salud que se ha vuelto á reparar, se vuelve muy preciosa cuando no se emplea mas que en hacernos mejores de costumbres, y nos ecsita á abrazar con mucho ardor y zelo la práctica de todas las virtudes cristianas.

Un enfermo que ha éscapado de lòs peligros que le amenazaban, debe persuadirse quetiene la vida mucho mas por la liberalidad de Dios, que por el socorro de los médicos y de los remedios; y que por este nuevo don que le ha hecho volviéndosela, se ha adquirido otro nuevo derecho sobre ella; que él la tiene siempre en sus divinas manos, y que aunque le concede su uso por algun tiempo de mas, pero siempre ha de llegar el momento en que le despoje de ella para siempre. Entonces la muerte que no ha hecho mas que amenazarle con su terrible guadaña, la descargará inevitablemente sobre su cabeza, y reducira su cuerpo á polvo, despues de haberlo hecho servir de pasto à los gusanos del sepulcro. Ella tiene ordinariamente por precursoras á las enfermedades; pero no siempre viene precedida de estos mensageros que avisen su llegada. Algunas veces viene á un paso tan ràpido, que destruye en un instante á los hombres mas robustos, sin que nadie pueda detenerla en su carrera, ni estorbar los estragos que hace.

Entonces ya no hay tiempo de prepararse á su venida: era menester haber estado prevenido de antemano. Esta sorpresa es sin remedio, y sin esperanza de él. Asi nos lo advierte el Salvador del mundo en su Evangelio. Velad, porque no sabeis ni el dia ni la hora [1].

A esto se ha aplicado V. durante la enfermedad, en que algunas veces se ha visto amenazado de la muerte; pero aunque ésta parece que se ha retirado por algun tiempo, no por eso ha perdido los derechos que tiene sobre V. Su momento vendra, momento que es á V. enteramente oculto, y que acaso será aquel, en que V. menos la espere, y tenga menos preparacion para recibirla. Luego importa mucho el no perderla de vista, pensar en ella frecuentemente, y familiarizarse con ella. De este modo evitará V. que lo sorprenda, y que al acercarse produzca en V. aquellos tristes pavores que turban el espíritu de un gran número de enfermos, y los precipitan con mas rapidez al sepulcro que ellos querrian evitar.

Los santos han mirado la muerte como sus amadas delicias; pero los malos deben temblar al acordarse de ella, mientras con–

---

(1) Vigilate, quia nescitis odiem, neque hram. *S. Mat.* 25. 13.

tinuan viviendo en sus desordenes. Todos debemos temerla, si pasamos la vida de un modo tan desarreglada, como se acostumbra comunmente, y si en vez de abanzar, vamos para atras en la carrera de las virtudes.

Cuando uno se representa á menudo la idea de la muerte, se puede decir que es casi imposible que no reforme su conducta, y que recaiga con la misma facilidad en los ecsesos á que se abandonan los mundanos que la apartan de su memoria. El temor de la muerte hace que uno se aplique á vivir bien, y el riesgo de que ella nos sorprenda en estado de pecado, y de que llegue aquel fatal momento en que uno ha de ser presentado al terrible tribunal de la justicia divina cargado de crímenes y desórdenes, hace que se ponga mas cuidado en evitar las ocasiones de recaer en ellos, y que se acerque con frecuencia al remedio saludable de la penitencia.

Ni las gentes barbaras han dejado de conocer la utilidad del pensamiento de la muerte, Plutarco refiere que el primer platillo que se acostumbraba servir á la mesa de los Egipcios en los convites mas magnificos, era la imagen de la muerte para avisar de este modo á los convidados que se moderasen en sus placeres, y se acordasen que algun dia serian semejantes à aquel tris-

te esqueleto que se les ponia delante (1).

El Emperador Macsimiliano, Primero juzgaba este pensamiento tan útil y tan necesario, que tres años antes de morir hizo construir un ataud de madera de encina, y mandó ponerlo sobre un carro de camino, para llevarlo consigo en todos sus viages. El designio de aquel gran principe era tener siempre su sepulcro delante de los ojos, para acordarse continuamente de la muerte. Frecuentemente se decia á sí mismo: Macsimiliano, piensa en la muerte: ella no tardará mucho en venir, y cuando llegue te arrebatará todo lo que poseas en este mundo. Habiendose hecho asi tan familiar el pensamiento de la muerte; esta no lo sorprendió, cuando se le presentó delante, porque se habia preparado muy de antemano á recibirla, y asi su muerte fue correspondiente á la vida que habia pasado. [2].

El Cardenal Palavicino en su historia del Concilio de Trento, refiere que Carlos V. despues de haberse despojado voluntariamente del imperio, por retirarse á la soledad y no ocuparse en mas negocio que el de su salvacion, quiso que se le hiciesen sus exéquias en vida, para asistir él mismo á e-

(1) Plut. in conviv. sapient.

(2) Lib.14.ch. 6.

llas, con todos sus aulicos. Con este objeto mandó que se erigiese en medio del coro del monasterio de San Justo, que era el lugar de su residencia, una tumba rodeada de muchos cirios: hízose en efecto como habia dispuesto: se enlutó toda la pieza: sonó el doble de campanas: y cuando ya estaba todo preparado se presentó Carlos en la Iglesia, vestido de un largo manto negro y seguido de toda su familia en hábito de luto. Cantóse el oficio de difuntos, y despues de celebrada la santa Misa, se tendiò en el suelo, con el rostro cubierto con su propio manto, y se entonò el responso por el descanso de su alma. El historiador añade, que esta ceremonia fúnebre hirió tan vivamente á sus domesticos, y á todos los asistentes, que no se oian por todas partes mas que suspiros y gemidos, derramando cada uno lágrimas muy abundantes.

Asi fue como este grande Emperador, que habia aturdido al mundo con el ruido de sus acciones heròicas no teniendo todavia mas de cincuenta y seis años de edad, quiso disponerse á la muerte, y ponerse en estado de comparecer delante del tribunal de Jesucristo, en el cual los Emperadores y los Reyes no serán mas priviligiados que los menores de sus súbditos. Esta precaucion estraordinaria y nueva, le grangeó unas venta-

jas muy considerables, porque murió pocos dias despues abrazado del Crucifijo. El no ignoraba que muchos por la edad que tienen se engañan creyendose muy distantes de la muerte, cuando acaso está muy cerca de ellos: y la esperiencia le habia enseñado mas de una vez, que los hombres mas fuertes y robustos eran sorprendidos de accidentes imprevistos, que los deshacian en un momento; y por consiguiente ni la juventud, ni la robustéz de compleccion pueden servir de fortaleza para defenderse de sus asaltos.

El bienaventurado Cesar de Bus, Fundador de la Congregacion de los PP. de al Doctrina Cristiana, tenia siempre la muerte presente á su espíritu, y no dejaba pasar dia sin prepararse para ella, como si cada uno hubiera de haber sido el último de su vida. Al acostarse ponia en la cabecera de su cama un acetre con su aspersorio sobre un banquillo, y sobre otro una lampara encendida á sus pies: despues se envolvia en sus sábanas como en un sudario, y teniendo el Crucifijo en las manos, como si estuviera á punto de espirar, rezaba las oraciones de los moribundos, y hacia todos los actos que los buenos cristianos hacen en los últimos momentos de su vida: luego se dormia pensando en aquel trance, y cuando despertaba, se consideraba como si de nuevo hubiese vuel-

to á la vida, y protestaba á Dios que quería aprovecharse de la gracia que le hacia, de concederle todavia algun tiempo de mas para hacer penitencia. Esto era morir todos los dias á los ojos de Dios, para aprender á morir una sola vez.

Siguiendo semejantes ejemplos, hermano mio, puede uno procurarse con la gracia de Dios, una muerte semejante: y nada puede contribuir mas eficazmente á hacérnosla preciosa, que tenerla siempre en la memoria, y hacer de ella el objeto ordinario de nuestras mas sérias reflexiones, ya estamos enfermos, ya gocemos de salud.

V. debe temer mucho que estas ideas de la muerte se borren de su espíritu luego que vuelva á entrar en el comercio del mundo, y que respirando en él, un aire corrompido se recienta tambien de su malignidad. Puede V. volver à encontrar los mismos peligros y los mismos escollos que antes; y si se expone sin precaucion y sin prudencia, á las mismas ocasiones que quizá le han sido frecuentemente funestas; sin duda que hará V. otras nuevas pruebas de su flaqueza. Desconfie V. de sí mismo y de sus pasiones, que todavia pueden seducirlos: tema que el Señor se canse de sus infidelidades, y que despues de haberlo tratado con piedad en el tiempo, lo castigue en la eternidad vengan-

dose de V. como de un súbdito ingrato y rebelde. Aprovèchese del tiempo de la misericordia, para no caer en las manos de su justicia. Este tiempo que es tan precioso debe V. emplearlo en hacer penitencia, y no dejarlo pasar inutilmente, porque ciertamente él no ha de volver mas (1). Ved lo que hace Dios con nosotros para facilitarnos la salvacion: él llama, dice este santo Doctor (2) á los que se han alejado de él; perdona los pecados á los que se han convertido; tolera á los pecadores con paciencia, hasta el momento de su conversion, y desde que ellos han abrazado el partido de la penitencia, no solamente olvida sus iniquidades pasadas, sino que les promete recompensas para lo de adelante: ecsorta á los pusilámines: consuela á los desgraciados: socorre á los que combaten; no abandona á ninguno de los que ocurren á él, y les pone en las manos sacrificios que puedan ofrecerle para aplacarlo. Esto es lo que, segun S. Agustin, hace Dios por nosotros, y lo que tantas véces ha hecho por V. á fin de atraerlo á su partido.

---

(1) Magnum misericordiae tempus, non transeat, fratres non nos transeat. *S. Agu. In Psalm.* 32 *Con.* 1.
(2) *Ibid.*

Pues si en lo pasado no ha correspondido V. con bastante fidelidad á sus bondades, á lo menos en lo sucesivo no sea insensible á la nueva gracia que le concede, volviendole la salud que le habia quitado. Permanezca siempre en el temor de ofenderlo de nuevo, y viva en una grande humildad y profundo reconocimiento á sus beneficios: persuádase que Jesucristo le dirije las mismas palabras que en otro tiempo dijo al Paralítico. Ya estas sano, no peques mas, no sea que te suceda alguna cosa peor (1) Resuélvase V. á no emplear jamas su salud; sino en lo que ceda en gloria de Dios, consagrándose mas que en ningun otro tiempo á su amor y servicio. Pórtate, (le dicia Salviano, Obispo de Marsella, en una carta á su hermana Cetura) de manera que la enfermedad con que el Señor te ha afligido hasta ahora, contribuya á afirmarse en lo de adelante, en el amor á al virtud. Conserva la salud de que, segun las apariencias, vas á gozar de nuevo, despues de domada la carne: de modo que habiendo tomado tu cuerpo nuevamente sus perdídas fuerzas, puedas conservarlas, sin esponer tu alma á nuevas enfermedades, y asi tu cura-

(1) Ecce sanus factul es, jam nosi peccare, ne deterius aliquid tibi contingat. *Juan* 8. 14.

cion no favorezca las tentaciones, ni te sea ocasion de nuevas infidelidades (1).

Procure V. conducirse con una circunspeccion muy grande, cuando vuelva á entrar en el comercio del mundo, y de la vida civil. Teniendo V. obligaciones qué llenar en el estado en que el Señor lo ha puesto, no puede serle lícito el descuidar de ellas; pero sobre todo tengan gran cuidado de desempeñar las que le impone la religion. Dios y la salvacion deben preferirse á todas las demas cosas, y para que cuide V. de hacerlo asi constantemente, tenga siempre fijas en su espíritu estas palabras de Jesucristo. ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿ó de qué manera podrá rescatarla, despues de haberla perdido? (2).

No se deje V. seducir de los atractivos lisongeros del deleite, ni de los apetitos de la codicia, ni del amor escesivo á las comodida-

---

(1) OEgrotan hacténus, ad virtutem spiritus confirmandam; serva forsitan sanitatem nunc adipiscendam carne superata ut post hanc redditam corpori incolumitatem sine ulla animi infirmitate possideas et ita caro valere incipiat, ut jam tentatio non resurgat.

(2) ¿Quid prodest homini sí universum mundum lucretur, animae veró suae detrimentumpatiatur? ¿aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? *Math.* 16 25.

des de la vida. Jamás pierda V. de vista este aviso del Apostol. Ved, hermanos mios, lo que tengo que deciros: el tiempo es breve: y por lo mismo, aquellos que tienen mugeres, sean como si no las tuvieran; y los que lloran como si no lloraran; y los que están contentos, como si no lo estuvisran; y finalmente, los que usan de este mundo; como si no usaran de él, porque la figura de este mundo pasa (1). Esté V. siempre preparado á dejarlo, cuando el Señor quiera sacarlo de él, y para poder abandonarlo sin pena, no deje V. que su corazon le tenga apego. Viva en él como un caminante que no hace mas que pasar, y tenga siempre presente la eternidad, porque cada paso lo conduce á ella. Mientras pasan los pocos dias que haya V. de sobrevivir acá en la tierra, trabaje en adquirir tesoros de mérito para el cielo, por medio del ejercicio de las virtudes, porque en la múerte no podra V. cosechar sino lo que haya sembrado durante la vida (2). Dé V. un oido atento á la voz de Dios siempre que se la haga oir á su corazon; y no haga poco caso de las reprenciones que la conciencia podrá hacerle, si su ze-

---

(1) 2 ad Cor. 7. 29.

(2) Quae semi naverit homo, haec et metet. *ad Gal.* 6. 8.

lo y fervor llegan por desgracia á resfriarse ó extinguirse. De esta manera, hermano mio, acabará V. santamente su carrera, y llegará á una muerte muy dichosa.

ECSORTACION XXXIV.

Sobre la recaida del enfermo que está acompañada de peligro.

Hermano mio, yo habia interrumpido mis visitas, persuadido de que lo dejaba enteramente bueno; pero me han sorprendido sobre manera con la funesta noticia de su recaida: por todo hemos de bendecir al Señor, y en todo debemos abandonarnos enteramente á su Providencia, porque él es el árbitro soberano de la salud y de la enfermedad, de la vida y de la muerte. Nosotros debemos considerarnos en sus manos, como un vaso de barro en las del Alfarero, que lo ha formado, el cual puede quebrarlo ó conservarlo segun su voluntad: lo mismo puede Dios, respecto de nosotros. Su divino beneplácito es la única regla de sus designios, y el sometemos á él ciegamente es el único partido que debemos tomar, en la conducta que tiene con nosotros.

Como no se puede descubrir con certidumbre, cual podrá ser el ecsito de esta re-

caida; asi tampoco se puede decir á V. nada que sea capaz de hacerle esperar una seguridad absoluta: todos los síntomas que trae son equívocos y dudosos: y aunque la fiebre por ahora es considerable, puede ser que no lo sea mañana; pero la prudencia ecsije, hermano mio, que se prevenga el peligro para no esponerse á una sorpresa. Hace tiempo que V. se ocupa en el negocio de su salvacion, y la última enfermedad lo obligò á hacerlo con un cuidado singular; pero ahora es menester poner en esto mas atencion que nunca, para no aventurar nada, porque algunas veces el término de las enfermedades es mucho mas corto que lo que opinan los médicos y los enfermos. Nada se arriesga con tomar precauciones en los negocios importantes, y sí se aventura mucho en no tomarlas. Ellas nunca deben despreciarse en las enfermedades graves, y lejos de esponer al peligro, antes contribuyen mucho á evitarlo cuando amenaza; porque la tranquilidad de espíritu que procuran, y el reposo de la conciencia justamente alarmada cuando no se ha usado de ellas, son unos medios muy favorables al restablecimiento de la salud; pero si el Señor ha determinado de otra manera, y quiere que á la enfermedad siga la muerte, entónces es obligacion de un cris

tiano el no aguardar á las últimas para arreglar los negocios de su salvacion, por no esponerse á que la dilacion le sea funesta. Tomando pues las devidas precauciones se dispone uno á morir cristianamente, y se pone en estado de poder entrar en el cielo, cuando sale de este mundo.

Supuesto que las medidas que V. tome para asegurar su negocio único y necesario, serán tanto mas agradables á Dios, y mas meritorias, cuanto fueren mas prontas y eficaces: comience V. desde hoy, desde este mismo momento, á volverse á S. M.: abandónese á su divina conducta: considérese como una víctima que debe ser sacrificada á su justicia: renúncie V. á su propia voluntad, para conformarse con la suya en todas las cosas, con una indiferencia tan perfecta, que si el Señor le dejase en libertad de escoger la vida ó la muerte, pueda responder lo mismo que le respondió Santa Gertrudis, cuando le presentó Jesucristo la salud en la mano derecha y la enfermedad en la izquierda, para que escogiese lo que mas le acomodara. Señor, yo deseo con todo mi corazon que no hagais caso ninguno de mis deseos, sino que en todo lo que toca á mi persona ejecuteis vuestra santa voluntad. (1)

---

[1] Ecce nunc Domine, toto corde desidero,

Tal debe ser el lenguage de V. en órden al suceso de su enfermedad. La curacion es para nosotros un castigo de Dios, si no nos halla en una firme y sincera resolucion de emplear nuestra salud en su mayor gloria, y en nuestra santificacion. Estas resoluciones cuando solo se han hecho en el tiempo de a enfermedad, y en vista del peligro que amenaza, es cosa rarísima el que se sostengan mucho tiempo despues de haberse restablecido la salud. Si Dios quiere dejar á V. todavia algun tiempo en el mundo para que lo glorifique con una conducta virtuosa, debe V. aceptar la vida para corresponder fielmente á los designios que tiene sobre V. Y por el contrario, si S. M. juzga que le es mas conveniente el morir que el vivir, debe V. aceptar la muerte por obedecer á sus órdenes, reconociendo que es una cosa muy justa el que disponga de la vida de V. segun su beneplácito, puesto que por un puro efecto de su bondad se la ha concedido.

Y á la verdad, ¿qué ganariamos nosotros si tuviesemos otros sentimientos? Si Dios quiere llamarnos para sí, ¿no sería una co-

---

ut non meam respicias voluntatem, sed tuam in omnibus laudatissimam placentiam perficias. *Insin. S. Gertr. lib.* 3. *c.* 51.

sa inútil intentar sustraernos de su dependencia, y pretender huir de él, y oponerse contra su voluntad omnipotente? Todos nuestros esfuerzos no pueden servir de algo para detenernos en el mundo un solo momento mas allá del término que nos tiene señalado su Providencia. El es el dueño de nuestra vida, y cuando decide como Soberano, sin llamarnos á sus consejos, usa del derecho que le es propio, y nadie tiene motivo para quejarse. El ha determinado el número de nuestros dias, y ha previsto todos los accidentes que nos han de acontecer. Por mas remedios que los médicos apliquen para aliviarnos de nuestros males, ó para sanarnos, estos no tendrán mas virtud ni eficacia que la que él les quiera dar, y nada se hará sin el órden de su Providencia, que todo lo hace servir á sus designios.

Sobre esta Providencia debe V. descansar por lo que mira al efecto de los socorros que se le procuran con el fin de restablecer su salud. Es menester esperar con sumision y sin inquietud lo que Dios fuere servido disponer. A sola su liberalidad le debe V. la vida que le ha prestado hasta ahora: y si él quiere quitarsela, no le hace ninguna injusticia, porque no toma cosa que no sea suya. De nada le servirà a V. el pedir le un término mas largo, y no querer so-

meterse al decreto de muerte que ha pronunciado contra V. si se ha llegado ya el momento en que debe ejecutarse.

Si amaramos á Jesucristo tanto cuanto debemos amarlo, hallandonos en libertad de vivir ó morir, no vacilariamos un momento en nuestra eleccion, prefiriendo la muerte à la vida; y lejos de affigirnos y asustarnos á su cercanía, la recibiriamos con gozo. La causa de que la muerte nos sea temible y nos parezca amarga es, que el amor que tenemos á Dios es un amor lánguido y casi estinguido: que el que tenemos al mundo es muy fuerte; y que el que debiamos tener al cielo, apenas ocupa lugar en nuestro corazon.

ECSORTACION XXXV.

Para sostener á un enfermo en la incertidumbre de los sucesos de su enfermedad, y para moverlo á usar de precauciones.

Hay enfermos que se imaginan que se les abrevia la vida en hablandoles de la muerte; y por este motivo cuando se ven atacados de una enfermedad peligrosa, que ecsige que se les ecsorte a tomar algunas precauciones para libertarse de las sorpresas de la muerte, ninguno se atreve á hablarles á cerca de es-

to por no asustarlos: y á ocasiones se procura hasta disimularles el peligro: llegando á veces á tal estremo estas funestas condecendencias que á algunos los hemos visto espirar, en el momento mismo en que veniamos á socorrerlos, porque se nos ha llamado muy tarde, despues de no haber tenido valor para decirles una palabra sobre que pensasen en su salvacion y tratasen de fortalecerse con los santos Sacramentos. Asi se les deja dormir el sueño de la muerte y precipitarse en las tinieblas eternas. ¿Y es ser amigo de un enfermo el dejarlo caer en el infierno, cuando se le podia librar muy facilmente? Seguro que no, porque esta es la mayor crueldad que podria usarse con un enemigo declarado.

No crea V., hermano mio, que yo intento quitarle la esperanza de su curacion, cuando le descubro el peligro que se entrevee en su enfermedad. En ella no aparece hasta ahora cosa que deba poner á V. en alarma, porque las revoluciones son ordinarias en las grandes enfermedades. Algunas veces parecen peligrosas, y poco despues desaparece el peligro y se vuelve á poner el paciente en seguridad. Sin duda que es una triste situacion la de los enfermos que en semejantes circunstancias se hallan como V., divididos entre el temor y la esperanza. Pero V. persuadase de que Dios quiere servir-

se de esta coyuntura para obligarlo á que abra los ojos sobre su alma, que acaso tiene mas urgentes necesidades que su cuerpo. Quizá mientras se han empleado los remedios mas eficaces para curar á este, se habrá V. olvidado de socorrer á aquella. V. ha contado con el restablecimiento de su salud, y ha hecho poco caso de su alma lánguida y enferma. Tal vez dilataria V. mas el trabajar en su salvacion, si Dios no lo amenazara con el peligro, á que lo espone la recaida. Aprovechese pues, como debe, de este aviso amoroso y saludable.

El demonio engaña frecuentemente á los enfermos, persuadiéndoles que sus enfermedades no son mortales, y que tienen mas tiempo del que necesitan para poner sus almas en seguridad. Con este artificio los seduce, haciendolos diferir hasta el fin de la vida, el negocio mas importante que es el de la eternidad.

Pero ¿de qué es uno capaz en las cercanias de la muerte, cuando los obtáculos que hay que vencer son ordinariamente insuperables? Entonces el hombre está casi ya extinguido por su estremada flaqueza y su espíritu no está capaz de aplicarse ni de contraerse á alguna cosa. El tiempo de la muerte no nos lo ha señalado Dios para que hagamos penitencia, sino que se lo ha reserva-

do á sí, para juzgarnos. Es menester tomar las medidas de ante mano, sin perdonar ni tiempo, ni trabajo. El que no quiere pensar en su salvacion cuando puede, está en peligro de no poder hacerlo cuando quiera.

¡Estraña ceguedad! ¡despreciar las precauciones en lo tocante á la eternidad mientras que se toman con el mayor empeño las conducentes, á asegurar los negocios temporales de menor importancia! Temer las pérdidas y los males mas ligeros de esta vida, y no temer la pérdida del cielo y los tormentos del infierno: tener un grande apego á esta vida que se nos huye, y se nos escapa contra nuestra voluntad, y huir hasta el pensamiento de la muerte que nos busca, y que no podemos evitar.

Mas yo, hermano mio, no trato de conformarme con semejante conducta, como lo haría, si disimulára á V. el estado en que se halla. Temo el esponerlo á descuidar de los socorros mas esenciales: y conozco que sería hacer traicion á mi ministerio y hacerme yo mismo autor, ó á lo menos cómplice, de su perdicion eterna, si la muerte arrebatase á V. del mundo antes de haber tomado las precauciones necesarias para salir bien de él. La funesta complacencia que yo tuviera con V. si callara por no perturbar su espíritu, le daría materia para una terrible reprencion

contra mí, de la cual nada sería capaz de juztificarme delante del Señor. Debo atender á su flaqueza, pero mucho mas á su salvacion, y mi obligacion me estrecha á que le hable á V. de buena fé, para poder serle útil. Si Dios hace mudar de semblante á su enfermedad, y el peligro llega á desaparecer, yo seré el primero que se lo anuncie lleno de gozo. Pero sin perder esta esperanza, ruego á V. que prevengamos las sospresas, y sin desatender á la curacion del cuerpo, se disponga á servirse de los socorros espirituales que la misericordia de Dios le proporciona, para que pueda asegurarse un lugar en el reino de la gloria.

ECSORTACION XXXVI.

sobre el mismo asunto.

Ya ha visto V., hermano mio, por su propia esperiencia lo que es la vida, y que poco se debe confiar en ella, estando continuamente espuestos al rigor de perderla: y que entre la salud mas robusta y la muerte suele no haber mas que un intervalo muy pequeño. Nosotros creiamos a V. perfectamente

restablecido, y á pesar de eso tenemos ahora el dolor de verlo recaido en una enfermedad tan grave como la anterior. Ella puede no tener malas resultas; pero nadie puede asegurar á V. de eso Los enfermos por lo comun son lisongeados ó de médicos deseosos de complacer, ó de amigos ingeniosos que procuran disfrazar el peligro; pero usar de muchas condecendencias cuando pueden ser funestas al enfermo, y esponerlo á graves sorpresas, es una conducta de consecuencias muy peligrosas. Es horrible el riesgo cuando se espone á él la salvacion y la eternidad, porque el mal que puede sobrevenir, es sin resorte y sin remedio. Mire V. por tanto su recaida con una desconfianza cristiana, esforzándose á evitar un resultado que podia ser muy funesto. Recurra V. á las precauciones para asegurar su suerte, porque se trata de una desgracia, ó de una felicidad eterna.

Considere V. su enfermedad como la víspera de su eternidad, y en tal concepto no omita nada de cuanto pueda conducir á prepararlo á este gran dia, en el cual será V. citado al tribunal del soberano Juez para oir de sn boca el juicio que ha de decidir de su destino eterno. Haga V. desde hoy lo que quisiera haber hecho en aquel terrible momento en que precisamente ha de dar cuenta

de toda su vida. Los males que padece hablarán por V. y le ministrarán un rico fondo de méritos, si los tolera fielmente con amor y con paciencia.

¡O hermano mio! que dichosa sería la suerte de V. si la muerte viniera á llevárselo, cuando esté ya reconciliado con Dios por medio de la penitencia: fortalecido de todos los socorros de la Iglesia, perfectamente desprendido de la vida, y en una entera resignacion á su santa voluntad. A pesar de que ella parezca en sí misma tan triste y melancólica; no sería para V. sino muy dulce y alhagüeña, por la esperanza que tendria de que su alma sería dentro de breve recompensada con una bienaventurada inmortalidad.

Los amantes del mundo la miran como el mas terrible de todos los males, porque solo la consideran con los ojos de la carne, y no atienden mas que al estrago que hace, despojando á los hombres de todo cuanto poseen sobre la tierra, para entregar sus cuerpos á la corrupcion y á los gusanos del sepulcro. Cuando ella se acelera á arrancarlos de todo lo que mas aman sobre la tierra, se turban y estremecen; esplicando su asombro y amargura con el mismo lenguaje que Agag rey de Amaléc. ¿Es posi-

ble que asi nos separa una muerte armaga de todo lo que amamos? (1)

Al contrario, los cristianos perfectos; porque no la miran sino con los ojos de la fé, descubren en ella grandísimas ventajas. Como ellos no hallan en el mundo ninguna cosa que merezca su estimacion, no desean mas que á Dios solo, que es el Dios de su corazon: y cuando se les avisa que ya llegó el momento en que deben dejar esta vida mortal, léjos de asustarse se llenan de regocijo, porque su redencion y el principio de su felicidad eterna estan ya muy cerca. Penetrado de estos sentimientos el santo Pontífice Ezequías, vió con un valor estraordinario acercarse el término de su vida. (2) En este punto de vista, han mirado siempre la muerte los santos. En todos tiempos han vivido dispuestos á recibirla, y cuando ha llegado el momento en que venia á apresarlos, ellos le han salido al encuentro llenos de alegria.

¡Dichoso aquel que tiene siempre delante de los ojos la hora de su partida, y que se prepara para ella cada dia! ¡Dichoso el que no se ocupa sino en considerar los años eternos, y que incesantemente se aplica á

(1) ¿Siccini saepara amara mors? 1. Reg. 1 32.
(2) Spiritu magno, vidit, ultima. *Ecc.* 48. 27.

hacerse tal, cual quiere que Dios lo halle en el momento de su muerte! que ignorando que cosa le será mas útil, si el vivir ò el morir, pone su vida y su muerte en las manos del Señor para que disponga de ella segun su santo agrado.

Nosotros todos podemos ser sorprendidos, y frecuentemente vemos ejemplares de muertes repentinas y desprevenidas. El hombre ignora su fin, dice el Sábio (1). Tal no es sorprendido del dia, y lo es de la hora. Dios quiere que el fin de nuestra vida nos esté siempre oculto, para que veamos cada dia como el último de ella. Tened cuidado, dice Jesucristo en el Evangelio, velad, y orad, porque no sabeis cuando vendrá este tiempo (2). Debemos velar todos los dias, todas las horas y todos los momentos, porque la muerte puede sorprendernos en cualquiera de ellos. No esperemos á que llame á nuestra puerta para prepararnos à recibirla; porque para entonces es menester ya estar prevenidos. Cuando aquellos cuya vida ha sido estremadamente desarreglada, escapan de los peligros y de las grandes enfermedades en que otros han

---

(1) Nescit homo finem suum. *Ecc* 9 15.

(2) Videte, vigilate, et orate, nescitis enim quando tempus sit. *S. Marc.* 13 33.

muerto, deben temer mucho que la prolonga de algun tiempo mas que se les ha concedido, no sea para ellos mas funesta que la misma muerte si no reforman su conducta, y vuelven à encenegarse en los mismos desordenes.

La muerte por lo comun viene mas presto de lo que se piensa. Es menester prevenirla y fortalecerse contra sus sorpresas. Puede ser, hermano mio, qne la recaida de V. sea una tregua de pocos dias que Dios quiere darle para que piense en su salvacion. El tiempo que en esto gaste V. no será obstáculo para que restablezca su salud, si el Señor acaso solo quiere amenazar à V. por medio de esta enfermedad. Añáda V. á lo que ya ha sembrado, aquello que querria cosechar en su muerte.

Dilatar hasta el fin de la vida el arreglo de la conciencia, es una temeridad estrema: es hacer poco caso de los saludables avisos que Dios nos dà, mostràndonos el peligro á lo léjos para que cuidemos de evitarlo procurando V. asegurarse, pondrá su alma en paz. Ella no puede estar tranquila, en medio de los peligros à que està espuesta, mientras que V. no se aproveche de aquellas precauciones esenciales de que depende su eterna felicidad.

Haga V., hermano mio, sérias refleccio-

nes sobre lo que acabo de decirle. Los momentos deben ser à V. muy preciosos. Pòngalo todo en las manos del Señor, y despues de haber dado órden al negocio importante de su salvacion, aguarde el ecsito de la enfermedad, con una perfecta resignacion á su santa voluntad.

FIN

DE LA PRIMERA PARTE.



SEGUNDA PARTE.

PARA DISPONER A UN ENFERMO QUE SE HALLA EN PELIGRO, A QUE RECIBA LOS SANTOS SACRAMENTOS.

ECSORTACION I.

Para mover á un enfermo á que se confiese, particularmente cuando ha vivido mal, ó hecho poco aprecio de su salvacion.

Siendo la salvacion nuestro principal negocio, y no importando nada todos los demas en comparacion de él, no hay precauciones á que no debamos ocurrir para procurar su mas acertado y feliz écsito: porque en él un mal suceso es irreparable, y arresgarlo aunque sea en lo mas mínimo, es esponerse á perderlo todo: la prudencia pues ecsije que nos dediquemos á ello sin dilacion, porque no nos sea perjudicial la tardanza.

Hay una noche funesta con que nos amenaza el Hijo de Dios, en la cual nadie podrá ya trabajar (1). Y esta noche funesta y

(1) Venit nos quando némo potest operare. *Joan.* 9. 4.

terrible, dicen los intérpretes, comienza en el instante de la muerte, porque entonces las virtudes, los Sacramentos, las buenas obras, serán intempestivas, habiéndose pasado el tiempo de practicarlas. Esta vida está destinada á obrar bien: y el Espíritu Santo en el libro del Eclesiastés, nos convida á ejecutar prontamente todo lo que nuestra mano puede hacer, porque no habrá ya ni obra, ni sabiduria, ni ciencia en el sepulcro para donde todos vamos de carrera (1).

Esta noche se acerca á pasos largos, y cuando llegue ya no habrá nada que hacer para la salvacion: no tendremos entonces mas que ó nuestras virtudes, ó nuestros pecados. Aquel no será ya tiempo de comenzar la penitencia, ni de pensar en arreglar la conciencia: entonces se empezará á hacer una penitencia eterna, pero inútil en el infierno. ¡Ay! que desgracia dejarse sorprender de esta noche que no tendrá jamás fin!

En este instante fatal, nuestros bienes, nuestros empleos, y todo lo que nos ata con el mundo, perecerá para nosotros y pasara á otras manos. El amor, el odio, la envidia, y

---

(1) Quodcumque potest facere manus tua, instanter operare, quia nec opus, nec sapientia, nec scientia, erunt apud inferos, quo tu properas. *Ecc.* 9. 10.

todas las demas pasiones, de que somos unos desgraciados esclavos, perecerán tambien con nosotros. Ya no tendremos parte alguna en este siglo, ni en nada de lo que pasa debajo del Sol. Ya no habrá medios para la salvacion: era menester haber recurrido á ellos cuando todavia era tiempo. Sábio y prudente aquel que previene esta noche fatal con la penitencia, mientras está en el camino de la misericordia; sin esperar á que se le pase el tiempo, y á quedarse sin recurso á Dios, y sin medios para poder aplacar su justicia.

Este es, hermano mio, el dia de salud que su bondad concede á V. para que se reconcilie con él, en el Sacramento de la Penitencia, debe V. temer que se pase y que sea el último: ahora es tiempo de despertar del sueño de la culpa: dejemos dice el Apóstol, las obras de tinieblas, y vistamonos de las armas de la luz (1). Todo debe temerse de una dilacion mas larga. Acaso la alma de V. está mucho mas enferma que su cuerpo, y si la muerte está para llegar, ¿en qué estado irá V. á presentarse delante de Dios?.... V. teme la muerte corporal, y en efecto es

(1) Hora est jam nos de somno surgere.... abjiciamus ergo opera tenebrarum, et induamur arma lucis. *Ad Rom.* 13. 11. 12.

muy terrible cuando uno no procura vivir cristianamente; pero ¿cuanto mas no se debe temer la muerte que coje á uno en pecado, supuesto que la alma del pecador que sale del mundo en este infeliz estado, muere como dice san Agustin, en cada momento en medio de las llamas eternas, sin dejar jamas de padecer ni de vivir? (1)

V. debe salirle al encuentro al peligro, ponerse á cubierto de las sorpresas, no esperar para fortalecerse con los Sacramentos, á que todo esté ya desesperado para la vida: la esperiencia diariamente nos enseña que no debe uno confiar mucho en lo que se hace en los últimos momentos, en que por lo comun está el espíritu perturbado, la razon ofuscada, y el cuerpo medio muerto, de suerte que casi no está ya un enfermo en disposicion de poder aprovecharse fructuosamente de los socorros que se le presentan.

Sea V. siquiera tan prudente en el negocio de la eternidad, como ha procurado serlo en aquellos en que no se trataba mas que de algun provecho temporal. Somos sábios, dice san Agustin, en los negocios tempora-

---

(1) Nulla quippe major, et pejor est mors, quam ubi non moritur mors.... sunta mors ejus est alienatio á vita Dei in aeternitate supplicii. *S. Aug. de Civit. Dei lib.* 6 *cap.* 12.

les: no seamos insensatos en los que interesan esencialmente nuestra salvacion: tenemos ojos muy prespicaces para todo lo que toca al mundo, no seamos ciegos para lo que mira al cielo (1). Supuesto que V. ha dilatado hasta ahora el trabajar eficazmente en su salvacion; comience á lo menos desde hoy á pensar en ella sériamente.

Se trata de hacer las paces con Dios, y de prepararse á la cuenta que le ha de dar V. dentro de breve. ¡Qué terrible será esta cuenta puesto que todo debe entrar en ella! El empleo del tiempo, los bienes adquiridos, los medios que se han tomado para juntarlos; las obras, los pensamientos, los deseos, las palabras: en fin, todo el mal que habemos hecho, y las virtudes que habemos dejado de practicar: todo lo que Dios ha hecho por nosotros, y todo lo que nosotros hayamos hecho contra Dios; todo será ecsaminado en este juicio. V. debe aplicarse á ecsaminar sériamente su conciencia, y tomarse cuentas á sí mismo: traer á la memoria todos sus caminos, descubrir todas sus flaquezas, registrar los mas ocultos senos de su corazon, para ponerse en estado de borrar todos sus pe-

---

(1) S. *Aug. lib.* 11. *de Gen. ad lit. cap.* 12. In rebus temporalibus sumus Solónes, in spiritalibus moriones; in terrenis lynces, in coelestibus talpae.

cados con una confesion exacta, que esté acompañada de un amargo dolor de haber ofendido á Dios. Pudiendo ser esta la última de su vida, debe ser la mas abundante en lágrimas, la mas ardiente en amor de Dios, la mas profunda en humildad, la mas universal en su integridad: de suerte que con ella pueda V. reparar todos los defectos en que pueda haber incurrido en las confesiones anteriores.

Un espacio corto de tiempo no es bastante, hermano mio, para hacer unas indagaciones tan grandes. ¡Oh! cuanto no tendria V. que temer si no le quedára ya mas que un tiempo muy corto que vivir! Si fuese sorprendido de una muerte mas pronta de lo que piensa, ¿que escusa podria V. dar en el tribunal del Soberano Juez? ¿De que sustos no se llenaria si la muerte viniese rapidamente á descargar el golpe sobre su cabeza? ¿Que reconvenciones no sufriria V. de su propia conciencia por no haberla corregido y arreglado por medio de la penitencia, habiendo tenido la facilidad de hacerlo? ¿Que ventajas no conseguiria sobre V. el demonio, presentàndole á la vista todos sus pecados, cuando estos por culpa de V. no hubieran sido deshechos en la Sangre de Jesucristo? ¿Si los mas justos están espuestos algunas veces á pruebas bien terribles

en el momento de la muerte; ¿que será de las personas impenitentes que se hallarán entonces sin defensa y sin esperanza?

Para que comprenda V. lo terrible que son los combates que una alma tiene que sostener en la estremidad de la vida, permitame que le refiera un ejemplo sacado de las obras de san Juan Climaco. Este santo solitario, hace un detall de lo que acaeció la vispera de la muerte del Abad Estevan, que habia vivido cuarenta años en la soledad ejercitado en ayunos muy austeros, y en continua práctica de penitencia y santidad. Puesto en agonía este santo Abad, se sintió repentinamente turbado y espantado; y despues de haber tendido la vista por uno y otro lado, la fijó en un costado de su cama, como hablando con alguno, de suerte que algunas personas que estuvieron presentes á aquel triste espectáculo, oian claramente lo que el santo respondia á los demonios que le preguntaban. Ya les decia, eso que alegais contra mi es cierto; pero para expiar esas flaquezas me condené á un ayuno de cuarenta años (1). Otras veces les replicaba: eso que decis no es verdad, es una im-

---

(1) Ita sane, sit revèra est; sed pro hoc, toc anni jejunavi.

postura: yo no he cometido semejante cosa. (1) Otras les decia: la acusacion que formais contra mí es verdadera: confieso mi culpa: no tengo que responder á las reconvenciones que sobre eso me haceis; ni tengo que oponeros mas que la misericordia de Dios, á la cual me abandono enteramente (2). Si un solitario que por tantos años habia pasado una vida tan penitente, estuvo espuesto á una pena tan terrible, ¿que no deben temer los pecadores impenitentes en los últimos momentos de su vida? V. tiembla, hermano mio, solo al oir referir este suceso, y yo tambien me estremezco siempre que reflecsiono sobre él. ¿Y podrá decirse que sean jamás ecsesivas las medidas que se tomen para no quedar vencido en un combate tan terrible?

ECSORTACION II.

Sobre el mismo asunto.

Como V., hermano mio, permanece siempre con las mismas incertidumbres, sobre el

(1) Non cérte, sed mentimini, hoc non feci.

(2) Ita sané et quidem ad haec quid dicam non habeo: ideo misericordia est. *S. Joan. Climac. grad. 7 de luct.*

écsito del estado en que se halla: siempre continúa lleno de las mismas inquietudes que le ocasiona esta ignorancia. V. teme la muerte del cuerpo, que no puede evitar; pero sin duda debemos temer infinitamente mas la del alma, y no hay cosa de que no debamos valernos para libertarnos de ella. Nosotros no tenemos mas que una vida que perder, y una alma que salvar. ¿Será correspondiente que nos empeñemos menos en procurar á esta un descanso, unos consuelos y una felicidad que deben durar eternamente, que en prolongar solo por algunos dias la vida de nuestro cuerpo, que necesariamente ha de acabarse? Como yo no me persuado que V. piense de este modo, puesto que conoce el precio de su alma, y sabe cuanto le costó á Jesucristo el rescatarla; creo que su principal cuidado por ahora se ordena á ella con preferencia á la salud del cuerpo, y me lisongeo de que no omitirá nada de cuanto pueda conducir á su salvacion.

Es menester, pues, comenzar á ecsaminar el estado de la conciencia, para disponer como conviene á la santa confesion: y V. no debia haber aguardado á que se le advirtiese, ó amonestase acerca de esta indispensable diligencia. Para ejecutarla con fruto, pida V. al Espíritu Santo las luces necesarias para indagar esactamente sus pecados,

y confesarlos del mismo modo que los haya cometido. Supliquele V. que le inspire ácia ellos todo el horror que se merecen: que le quite ese corazon de piedra, y que le dé un corazon contrito y humillado, cual Dios no desprecia jamás. Comience V. á suspirar por el cielo, cuyas puertas están todavia abiertas para V. pues la misericordia de Dios le proporciona los medios necesarios para poder lograr en él un lugar con los bienaventurados despues de la muerte. Cierre V. los ojos á este mundo seductor, cuyas máximas ha tenido la desgracia de seguir por tanto tiempo; y no se acuerde de él sino con horror y detestándolo: que no tenga en su corazon de V. ningun lugar el amor de los bienes temporales, porque tarde ó temprano la muerte inevitablemente lo ha de despojar de ellos para siempre. Aplíquese V. únicamente al negocio de su salvacion eterna.

Emplee V. todos los momentos en implorar la misericordia divina, y en aplacar la justicia severa de su Juez. Humillese profundamente á los pies de S. M. preséntele V. sus lágrimas y sus gemidos, y ruegele que le vea con compasion. Si la muerte es para muchos el principio de una vida llena de gozos y consuelos; los momentos que la preceden están llenos de escollos y peligros.

Este es el tiempo en que el demonio hace sus mayores esfuerzos para sorprender á los que se hallan en esta triste situacion: ya alarmando sus conciencias tímidas y cuidadosas, con la consideracion de los juicios de Dios, y de los desórdenes de su vida: ya lisonjeándolos con la esperanza de sanar, á pesar de que están en la orilla del sepulcro: ya proponiéndoles diferentes obstáculos para que suspendan la confesion, ó la dilaten á otro tiempo, representándoles una falsa seguridad, cuando todo es de temer para su vida y para su salvacion.

Así es, hermano mio, como Dios permite algunas veces que el pecador no solamente sea engañado, sino que él mismo se haga industrioso en engañarse á si propio, despreciando las precauciones necesarias para no ser sorprendido; ó dilatando el darse á Dios, hasta que ya no esté en estado de darse al mundo. Como él casi nunca se ha ocupado durante su vida mas que en atender á sus bienes ó á sus placeres; su espíritu no está lleno mas que del sentimiento de perderlo al acercarse la muerte. Su fé está medio muerta: sus pensamientos y los movimientos de su corazon no se dirigen á Dios sino débilmente, y raras veces. Mas por un castigo terrible con que Dios quiere castigar la indiferencia, y el menosprecio con que el

pecador lo ha visto durante su vida, lo abandona á mil reflecciones inútiles, y permite que él mismo se olvide de sí propio, al tiempo de su muerte (1).

Semejantes ejemplares son muy ordinarios, y esto solo basta para inspirarle á V. el temor de que no le toque una suerte igual, y el cuidado de evitarla. Esto es lo que me obliga, hermano mio, á desengañar á V. y escitarlo en cuanto puedo á que tenga compasion de su alma (2): y que no se esponga á dejarla perecer, teniendo todavia en las manos los medios necesarios para salvarla. Recurra V. desde hoy al Sacramento de la penitencia, no sea que una tardanza mas larga, ocasione algun obstáculo insuperable.

ECSORTACION III.

Sobre el mismo asunto.

Yo me persuado, hermano mio, que V. trata de hacer lo que conviene en la triste

(1) Percutitur hac animad vertione peccator, ut moriens obliviscatur sui, qui dum vivere oblitus est Dei. *Apud S. Aug. in apend. de divers. Serm. 72 in fest. SS. Innocent.*

(2) Miserere animae tuae. *Ecc.* 30 44.

situacion en que se halla, para poner su salvacion en seguridad: y que no quiere aventurar nada en tan crícticas circunstancias. En efecto, los momentos son muy preciosos, y V. debe aprovecharlos todos sin perder uno.

Como la confesion demanda una entera libertad de espiritu; no espere V. á que aumentándose la violencia de la enfermedad, lo ponga en estado de no poder aplicarse debidamente á su ejecucion. En adelante, ya no debe V. pensar en ninguna otra cosa, mas que en su salvacion. Cuando haya V. procurado asegurarla, valiéndose de los socorros de que Jesucristo le ha proveido, ya no estará oprimido de aquellas crueles turbaciones que regularmente agitan á aquellos que no teniendo la fé enteramente apagada, tienen la conciencia llena de desórdenes. Si padece V. mucho por la enfermedad, sus mismos males le servirán de penitencia, haciendo parte de aquellas satisfacciones que se le deberian imponer si estuviera bueno, y abreviarán considerablemente las penas del purgatorio, en caso de que el Señor quiera llevarse á V. al otro mundo. Confesándose V. á la mayor posible brevedad, librará á su familia de aquellos sustos y temores en que le ha puesto la gravedad del peli-

gro en que V. se halla; y á mi me dará un grandisimo consuelo, proporcionándome la dicha de poder servirle de mediador para con Dios, y de reconciliarlo con S. M. por medio de la absolucion Sacramental.

Pero para disponerlo como se debe á la confesion, ecsamine V. de que modo se ha conducido en las obras que ha hecho hasta ahora, y vea si ha observado las condiciones necesarias, para hacerlas validas: porque si en ellas ha habido algunos defectos substanciales, será necesario repararlas todas por una general. Esta empresa no debe desalentar á V. Supuesto que sea necesario hacerla, el Señor lo ayudará, y yo de mi parte se la facilitaré cuanto me sea posible. Haga V. lo que pueda por la suya, y yo con la gracia del Señor procuraré suplir á lo que V. no alcance; mas si todas las confesiones pasadas han sido esactas, y sobre ellas no le reprende nada la conciencia; ciñase á ecsaminar solamente los pecados que haya cometido desde la última, haciéndo al mismo tiempo una revista general de todos los pecados de la vida pasada; no para ecsaminarlos de nuevo sino únicamente para humillarse por ellos delante de Dios, en la amargura de su corazon, y detestarlos mas y mas.

Ruege V. al Señor que le dé ahora toda

la luz que necesita para poder descubrir todo lo que hay de mas oculto y tenebroso en el fondo de su conciencia, y la gracia necesaria para poderlo manifestar con la sinceridad que corresponde en la confesion, para que se va á disponer. Yo me persuado que V. está resuelto á practicarlo así, y bendigo al Señor y le doy gracias porque se ha dignado inspirarle estos piadosos sentimientos.

Imite V. al hijo pródigo en la vuelta á su padre, si ha tenido la desgracia de haberle imitado en su separacion, por los desórdenes de su conducta: y dígale como él, con un corazon penetrado de dolor. Si, mi Dios y mi buen Padre, yo he pecado contra el cielo y contra vos; no soy digno de ser llamado hijo vuestro (1). Mis crímenes son innumerables; toda mi vida no ha sido mas que un tejido de ingratitudes y de menosprecios de vuestra santa ley, y de vuestros beneficios. ¿Que debo yo esperar sino un eterno abandono, y un castigo proporcionado á la muchedumbre y enormidad de mis pecados, si vos, Señor, no atendeis sino á las leyes de vuestra justicia? ¿Mas que no puede esperar de un Padre

---

(1) Pater peccavit in coelum, et coram te; jam non sum dignus voçare filius tuus. *Luc.* 15 21.

tan bueno y tan tierno un hijo rebelde, á quien vuestra gracia acaba de abrirle los ojos, y tocarle el corazon? Yo detesto, mi Dios, todos mis desórdenes, y os pido humildemente perdon de todos ellos. Vos fuisteis movido de compasion desde el momento que divisasteis al hijo pródigo; que os muevan y enternezcan mis humildes suspirios y mis lágrimas.

Estos afectuosos sentimientos podrán muchísimo, hermano mio, para con Dios, si son en V. tan cordiales y sinceros como lo fueron en aquel hijo estraviado, y le servirán de una disposicion muy santa para su confesion.

Retírese V. algunos momentos al secreto de su corazon, para pensar en el estado de su conciencia. Cuando ya haya V. hecho su ecsamen, tendrá cuidado de que se me llame: yo estaré pronto á volver, y si la demasiada debilidad no le permite á V. hablar mucho, ni fijar su atencion cuanto es necesario, procuraré suplir como pueda esas dificultades.

ECSORTACION IV.

Para despues de la confesion del enfermo.

Hermano mio: dé V. infinitas gracias á

nuestro Señor por el grande beneficio que acaba de hacerle perdonandole sus pecados. La Sangre de este divino Salvador, con que su alma de V. ha sido lavada, ha desarmado el brazo de Dios y detenido el rayo de su justicia que le amenazaba. Despues de tantos pecados cometidos, y de tantas deudas contraidas, ¿cuales deben ser las disposicionen del corazon de V.? ¿Qué horror y detestacion no debe V. tener de ellas? ¿Cuantos suspiros no debe V. arrojar, cuantas lágrimas no debe derramar para borrarlas, y para manifestar al Señor el dolor que tiene de haberlos cometido? ¿Podrá V. negarle su entera sumision ni dejar de aceptar los trabajos y dolores que le envia para satisfacer á su justicia? ¿No es muy justo y debido que à la penitencia que merecen sus pecados supla V. con los trabajos necesarios con que su misericordia lo aflije para salvarlo? ¿En donde estaría V. si Dios hubiera usado de sus derechos, y si la muerte lo hubiera sorprendido en aquel tiempo en que su conciencia estaba llena de pecados y miserias? Sin duda que la suerte de V. seria la de un condenado, cuya eterna habitacion es el calabozo del infierno, cuyos compañeros serían los demonios, cuyos alimentos serían las llamas devoradoras, y cuyo único consuelo sería la desesperacion eterna. ¡O triste y funesta re-

compensa de la vida sensual y criminal! ¡O ceguedad espantosa; vivir un solo instante en un estado que espone á tan horrorosos resultados!

Tal ha sido, hermano mio, la desgracia en que V. por su voluntad se ha mantenido tanto tiempo: tan grande así ha sido el peligro en que lo habia puesto su inconsideracion, y del cual no habria salido sino por la particularísima bondad con que el Señor lo trata. Sea V. eternamente agradecido á tan gran misericordia: y para acreditarle su reconocimiento, permanezca siempre fiel a las promesas que acaba da hacerle, y tengale un amor perfecto hasta el último suspiro. Ocúpese en llorar sin cesar el haber vivido tan poco cristianamente: no se queje de la agudéz de sus dolores, ni de la violencia de sus males; sino al contrario, persuadase que son infinitamente inferiores à los que V. ha merecido. Dígale V. al Señor, que está resuelto á sufrir constantemente todo lo que su enfermedad le haga sentir mas duro y penoso á la naturaleza; y que se tendrà por muy dichoso si con la paciencia puede hacerse digno de sus eternas misericordias.

Si despues de la confesion que ha hecho V. se acordare de algun pecado mortal olvidado, tenga cuidado de confesarlo; pero sin perturbarse: no haga caso del demonio, que

querrá llenar su espíritu de inquietudes y escrúpulos, para quitarle la paz del alma, y la confianza que debe V. tener en la bondad de Dios. El Señor no ha de tomarle cuenta de la infidelidad de su memoria, sino de la falta de rectitud y sinceridad de su corazon. Cierre V. al demonio las puertas por donde quiera entrar á llenar de temores su conciencia, y descanse confiadamente en la eficacia del Sacramento de la Penitencia.

ECSORTACION V.

Para disponer al enfermo á que reciba el sagrado Viatico.

Habiendose V. puesto en paz con Dios por medio del Sacramento de la penitencia, es muy conveniente que se preparare á recibir el sagrado Viático. Jesucristo mismo quiere ser el sello de la reconciliacion de V. uniéndosele íntimamente por una comunion santa. Estando en medio de su corazon de V. como sobre un trono, derramará en él sus gracias abundantemente, y hará á V. mucho mas capaz de sentir los efectos de su proteccion omnipotente. Teniendo V. consigo la fuente de la vida, nada tendrá de temible para V. la muerte, aun cuando venga. Sus espantos se desvaneceràn, y Jesu-

cristo hará á V. invencible en medio de los combates que procurara darle el enemigo de su salvacion (1).

Le es á V. muy importante el fortalecerse con oportunidad con este augusto Sacramento, del cual debe V. recibir unos socorros tan poderosos. El zelo, y el amor á nuestro divino Salvador, y las otras buenas disposiciones con que V. lo recibiere, serán la medida de sus larguézas. La indiferencia y el amor lánguido encojerían su corazon y servirían de obstáculo á la efusion de sus gracias.

Prepare V., pues, su alma con las virtudes á recibir la visita que él le quiere hacer. Esta visita ha sido siempre el objeto de los anhelos de las personas mas santas; su mas ardiente deseo cuando han estado enfermos ha sido recibir prontamente el sagrado Viático, para no salir de este mundo sin fortalecerse con el adorable Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo.

La práctica de administrarlo á los enfermos, para prepararlos á la muerte, es tan antigua como la Iglesia. S. Juan Crisóstomo, estando para concluir su carrera y entregar su alma al Señor, hizo que le trajesen el San-

(1) Etsi ambula vero in medio umbrae mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum est. *Psalm.* 22. 4.

tísimo Sacramento, y despues de haber dado á Jesucristo humildes gracias, hizo sobre sí la señal de la cruz, y espiró (1). Santa María Egipciaca, tan conocida por los desarreglos de su juventud; pero tan recomendable por la largura y austeridad de su vida penitente rogó al santo sacerdote Sosimo con toda la humildad y el ardor de que era capaz, que le hiciese la caridad de llevarle la santa comunion en cierto tiempo que le señaló, para no ser privada del consuelo de participar de este augusto Sacramento antes de comparecer al tribunal del soberano Juez: lo que el referido Sosimo ejecutó fielmente (2). San Gregorio (3) refiere que S. Benito quiso hacerse llevar à la Iglesia seis dias antes de morir, para participar del banquete de la Eucaristia.

La mayor parte de los enfermos estàn incapaces de comulgár en la iglesia por su estrema debilidad, y por la violencia de los dolores; pero lo que su impotencia no les permite hacer, lo suple la caridad de la Iglesia, que por no privar à ninguno de los fieles de este alimento celestial, se los ofrece en la cama de su enfermedad, y los convida á recibir el

(1) Metafr. in ej vita.
(2) Petr. diac.
(3) Lib. 2 dial. c. 6.

pan vivo que bajó del cielo, y que dá la vida eterna al que la come. Este Sacramento llena al enfermo de valor y de fuerzas en medio de los peligros que le rodean, y comunica á su alma gracias abundantes, cuando lo recibe con las disposiciones que corresponden.

Trate V. pues de disponerse para que se le administre cuanto antes: y mientras se adorna y prepara en su recamara el lugar donde ha de reposar el Santo de los santos, prepare V. su corazon á recibirlo con los sentimientos santos que debe hacerlo: pidale V. se los comunique, juntos con las virtudes con que debe estar su alma adornada; á fin de que esta comunion pueda reparar todos los defectos que pueda haber habido en todas las demas que ha hecho en el resto de su vida: puede ser que esta sea la última, y por lo mismo es menester redoblar el zelo y el fervor para que la preparacion sea cual corresponde á una accion tan santa.

ECSORTACION VI.

Sobre las disposiciones necesarias para recibir dignamente el sagrado Viático.

He dejado á V. solo por un rato, hermano mio, para darle lugar á que se recoja en su

interior como en una especie de retiro á contemplar la dicha inestimable de que vá V. á ser participante. El rey Salomon en otro tiempo no acertaba á esplicar la admiracion que le causaba la bondad de Dios, por haberse dignado presentarse en el templo que èl habia edificado á su santo nombre. ¿Qué, decia él, es creible que Dios habite con los hombres sobre la tierra, siendo así que su grandeza ni el cielo mismo, ni los cielos de los cielos pueden abarcarla? ¡Pues cual no debe ser la sorpresa y admiracion de V. al ver que Jesucristo por un ecseso de su bondad quiere habitar dentro de V. y hacer de su alma su templo y su tabernaculo! Y que para darle unas pruebas brillantes de su amor, quiere darle á V. su carne á comer, y su sangre á beber, á fin de unirse estrechamente con V. y ponerlo en estado de defensa contra los enemigos de su salvacion.

Al Profeta Elias cuando huia de la persecucion de la impia Jezabel, habiendose quedado dormido á la sombra de un junípero, lo despertó un angel del cielo, y le mandó que comiese y bebiese del pan y el agua que halló á su cabecera: apenas se confortò con aquel alimento, cuando se sintió con tantas fuerzas que pudo caminar cuarenta dias y cuarenta noches, hasta llegar al monte Oreb, que era el lugar donde queria refugiarse,

Aunque este fué un suceso real y verdadero, cuya historia se lee en el libro de los reyes (1), era no obstante una figura denotativa de la fortaleza que adquiere un cristiano que come y bebe no un pan cocido en la ceniza, como el que comió Elías, sino la carne y sangre verdadera del mismo Jesucristo en la santa Eucaristia. Por este divino alimento se fortifica su alma con la misma fortaleza del divino Salvador, y adquiere una especie de intrepidez en medio de los mayores peligros, y una constancia bastante á superar los males mas terribles.

La virtud de este divino pan era la que daba à los mártires en los tiempos de persecucion el valor y esfuerzo suficiente para salir al encuentro á la muerte; porque ellos tenian cuidado de fortalecerse con él, recibiendo la santa comunion antes de presentarse á los tiranos. Entónces los tormentos les parecian dulces y amables, y lejos de huir de sus perseguidores, ni de temer sus amenazas, corrian á la muerte con un valor heróico, superior á todo horror y miedo.

V. tambien, hermano mio, participará de esta misma fortaleza y valor, si tiene una fe tan viva y un amor tan ardiente como el que tenian ellos. Pida V. á Dios ambas cosas,

---

(1) 3 º cap. 19.

porque nuestra fé comunmente no está mas que en la superficie de nuestro espíritu; y nuestro amor á Dios no penetra hasta nuestro corazon: y sin embargo estas son las dos virtudes mas necesarias para recibir á Jesucristo. Ruéguele, pues, que aumente su fé, que fortifique su esperanza, y que le abrase el corazon con el fuego de su divina caridad. Confúndase V. en su presencia, considerando las miserias de su alma, y viendo en ella tan poca preparacion para recibir al Rey de los reyes. Deteste cada vez mas los pecados con que le ha ofendido, y pídale la fidelidad necesaria para cumplir las promesas que acaba de hacerle, de morir antes que ofenderle mas. Humíllese profundamente á vista de su divina Magestad, que tantas veces ha ultrajado con su orgullo y con sus desobediencias, y hágale una confesion y detestacion pública de todas sus ingratitudes á presencia del cielo y de la tierra. Dése V. enteramente á S. M. como él se le vá á dar á V. sin reserva. Ofrézcale su alma y su cuerpo, para que disponga de V. segun su agrado, renunciando enteramente á V. mismo, y á todo lo que le es mas amable acá en el mundo; déle V. el dominio de su salud y de su vida. El sabrá curar á V. si lo juzga conveniente á su gloria y à la salvacion de V. pues tiene un dominio soberano sobre la vi-

da y sobre la muerte. Tenga una entera confianza en el remedio que le presenta su divina caridad. ¿Quien con mas facilidad que él podrá volverle á V. la salud, si le es necesaria; y que no debe V. esperar de este médico omnipotente, que es la resurreccion y la vida misma? Su cuerpo, en la santa Eucaristia, tiene la virtud de hacer vivir las almas y al mismo tiempo es una fuente de incorruptibilidad para los cuerpos, sirviéndoles como de una semilla de vida, con que los hará resucitar y vivir eternamente al fin de los siglos.

En la confianza de que Jesucristo ama infinitamente mas el alma que el cuerpo de V. suplíquele que la sane perfectamente, que la fortifique contra las pasiones, y que la desprenda mas y mas de la tierra. Pídale que le inspire un deseo ardiente de conformarse en todas las cosas con su santa voluntad; que lo haga renunciar enteramente, y para siempre, á todo lo que pueda desagradarle en V.: y finalmente, que él mismo por medio de la efusion de sus gracias, ponga à V. en estado de participar de todas las ventajas que puede acarrearle la visita que quiere hacerle en el dia de hoy.

Penétrese V. vivamente de la Magestad del Señor á quien va á recibir en la santa Comunion, y haga que todo concurra á pre-

parar en su corazon de V. un lugar que sea digno de tan gran huesped.

Esta preparacion consiste en llenarse de un amor ardiente á este Dios de bondad cuya caridad infinita lo inclina á darse á V. Este amor debe estar acompañado de una fé viva y animada, que le haga á V. reconocer su soberanía y su grandeza, por entre las nubes que lo ocultan en este adorable Sacramento, y de una profunda humildad que obligue á V. á confensar en su presencia que es un gran pecador, y que tiene necesidad de una gran misericordia. Ofrézcale V. un corazon contrito y humillado, y dígale con el Centurion del Evangelio, que no es digno de que entre en su casa despues de haberle cerrado la puerta tantas veces. Pòstrese V. delante de su divina Magestad, para pedirle perdon de sus pecados con una profundísima humildad, protestàndole que desea sinceramente que él solo sea en lo de adelante el dueño y el Dios de su corazon, y que resuelve firme y constantemente el tenerlo cerrado para las criaturas hasta el último suspiro de la vida, á fin de que S. M. le posea todo entero para siempre.

Vea V. aquí, hermano mio, las disposiciones en que debe estar para recibir santamente el sagrado Viático: la señal que acabo de oir me advierte que el Señor viene ya

cerca de su casa de V. Sàlgale V. al encuentro por medio de los suspiros y de los afectos de su corazon: y reconociéndose todavia muy distante de las disposiciones santas, que pide un Sacramento tan grande, supliquele al mismo Señor que supla por su bondad y por su caridad infinita, lo que no alcanza la pobreza de V.

ECSORTACION VII.

Para ayudar al enfermo despues de la comunion, á dar á Jesucristo muy humildes acciones de gracias.

Por ahora no debe V., hermano mio, ocuparse en otra cosa que en considerar la dicha inestimable de que ha participado, y la gracia que Jesucristo acaba de hacerle, dándosele en la santa comunion. Estàndo V. íntimamente persuadido por el testimonio de la fé, de que él es el Rey del cielo y de la tierra; y al mismo tiempo de que V. no es mas que un puro nada, un gusano de la tierra, un gran pecador, debe pedirle muy humildemente perdon de haberlo recibido de una manera tan poco digna de S. M., y con unas disposiciones tan imperfectas.

Mientras goza V. el incomparable honor de poseerlo, supliquele tenga la bondad de ver-

lo con ojos de misericordia, y se compadezca de su pobre alma; (1) que su visita no sea pasajera sino durable, (2) á fin de que lo llene de santos ardores, y de luces abundantes. Reitérele las protestas de fidelidad y firme adhesion, ratificándose en la resolucion de no volver jamas á hacer cosa que sea motivo para que se retire y aleje de V.: pídale los socorros de su gracia, para poder cumplir estas promesas; manifestàndole las enfermedades de su alma, de que él solamente puede curarlo: abandonando á su divina Providencia el suceso de la enfermedad del cuerpo.

Déle V. muy cordiales gracias por la dádiva que le ha hecho de su precioso cuerpo, pues en ella solo le ha franqueado todas sus riquezas y tesoros. Penetrado del esceso de sus bondades, no tenga ya espiritu mas que para adorarlo, ni corazon mas que para amarlo, ni lengua mas que para publicar sus alabanzas. Que su alma de V. bendiga al Señor, y todo su interior alabe su santo nombre. No olvide V. jamas sus beneficios: pues despues de habarle perdonado todas sus iniquidades, de haber curado sus enfermedades, y haber-

(1) Respice in me, et miserere mei. Ps. 37. 22.
(2) Ne derelinquas me, Domine Deus meus, ne disceseris á me.

lo rescatado de la muerte; lo ha rodeado de su misericordia y de sus gracias, y ha llenado sus deseos colmándolo de bienes.

¿Qué acciones de gracias no merecen tantos favores? ¿No es justo que V. se consagre enteramente á S. M., y que no tenga voluntad mas que para hacer la suya? Sirviéndole á V. él mismo de conductor y guia, nada le podrá faltar, y aun cuando camine V. por entre las sombras de la muerte no tendrá temor á ningun mal porque está V. en su compañia. Al lado de un defensor tan poderoso, ¿que enemigos podrán ser temibles para V.? Que todo se arme contra mí, decia Job; que las potencias de la tierra y del infierno se conjuren para perderme: yo me burlaré de sus esfuerzos, mientras permanezca bajo la proteccion amorosa de mi Dios: ella me servirá de escudo para ponerme à cubierto de los insultos de mis enemigos (1).

Considere V. ahora como una especie de tabernáculo en donde reposa el Dios del cielo y de la tierra. Ríndale los mas profundos respetos, y las mas humildes adoraciones: háblele sobre sus necesidades espirituales, desterrando de su espíritu todos los pensamientos que podian distraerlo de tan santa

---

(1) Pone me juxta té, et cujusvis manus pugnet contra me. *Job.* 17, 3.

ocupacion, y hacerlo perder de vista á Jesucristo. Ruéguele que rompa todos los lazos que podrian todavia unir su corazon de V. á la tierra, para que pueda dejarla sin pesar cuando llegue el momento de separarse de ella, considerandose no ya como habitante de este mundo, sino como un pasagero que camina al cielo.

Con estas disposiciones permanecerá V. en estado de acabar santamente su carrera: y si Dios quiere abreviar el fin de ella, el sagrado Viático que acaba de recibir le servirá de guia, y lo introducirá en la pátria celestial, para ponerlo en posesion de la felicidad que Dios tiene preparada para sus escogidos.

ECSORTACION VIII.

Para escitar al enfermo á que reciba la Estrema Uncion.

Supongo, hermano mio, que tendrá V. á bien que yo para dar el debido lleno á mi ministerio y ayudarlo en cuanto puedo en el estado en que se halla, le inspire el deseo de participar de un nuevo socorro, que la Iglesia franquea à V. y del cual puede sacar ventajas muy considerables. No se le oculta á V. el peligro á que lo espone su enferme-

dad; y aunque ella no nos quite enteramente la esperanza de su salud, es prudencia el prevenir sus resultados y usar de toda precaucion.

Para confortar á V. en este estado, le ha provéido Jesucristo de un medio singular, cual es el socorro que voy á proponerle: este es el santo sacramento de la Estrema Uncion, que V. debe desear recibir con oportunidad. Hasta ahora se han empleado todos los socorros corporales, que se han creido propios para conseguir el restablecimiento de su salud; y no obstante, el mal no cede á estos remedios, pues V. continúa abatido bajo el peso del dolor. La Iglesia que es la depositaria de los remedios espirituales que estableció Jesucristo, tiene este otro con que socorrer á V.; y deseosa de contribuir en cuanto está de su parte al alivio y consuelo de V., se lo ofrece de muy buena gana, y se interesa en que V. lo reciba para su provecho. este era el remedio precioso con que los Apòstoles curaban á los enfermos, segun dice S. Márcos (1): y Santiago mandaba á los fieles que se valiesen de este Sacramento para alcanzar alivio en sus enfermedades. Si alguno de vosotros, está enfermo, dice este

(1) Ungeban oleo mulots aegros, et sanaban 6. 13.

Apóstol, llame á los sacerdotes de la Iglesia para que rueguen por él y lo unjan con aceite en el nombre del Señor, y la oracion de su fé lo salvará: el Señor lo aliviara: y si ha cometido pecados se le perdonarán (1).

Supuesto pues, que Jesucristo instituyó este Sacramento en favor de los enfermos, y que la Iglesia atenta á sus necesidades los convida por su parte á recibirlo, como efectivamente lo han recibido con ansia y con sentimientos de devocion y gratitud todos los santos, y los cristianos que han sido cuidadosos de su propia salvacion: creo que V. no querrá ser privado de él, por no confiar en la eficacia de su virtud, ó por dejarse llevar del temor que infunde la falsa preocupacion de que los que se olean siempre se mueren. Por el contrario, yo me persuado de que estándo V. mejor instruido que los malos cristianos que asi piensan, desea eficazmente que se le administre, á fin de que si el Señor quiere llamar á V. para sí en esta enfermedad, vaya V. fortalecido con las armas y socorros de la Iglesia, para acertar á defenderse mejor del poder de las tinieblas, tan temible en los tristes y peligrosos momentos que nos acercan al sepulcro.

En virtud de este deseo, que le inspiran

---

(1) Jac. 5. 16.

á V. el conocimiento de sus necesidades espirituales, y la gravedad del peligro de morirse, quiero en cumplimiento de mi obligacion hacerle conocer las utilidades de este Sacramento, para que al tiempo que se le esté administrando procure escitarse á una gran confianza de su virtud. Los teòlogos esplicándo los efectos de la Estrema Uncion, le atribuyen dos principales, contenidos en las palabras de Santiago, que ya referí á V. El primero es curar el cuerpo, ó aliviarlo de sus dolencias, si esto es útil al enfermo: el segundo, purificar el alma de las reliquias de los pecados que han quedado en ella despues de recibidos los otros Sacramentos, de suerte que la Estrema Uncion contribuye á la santidad ó al alivio del cuerpo, y á la salvacion del alma: es útil para la carne y para el espíritu.

Aunque la sanidad de los cuerpos no sea un efecto infalible de este Sacramento, él no deja de ser algunas veces causa de ella: y esto se verifica cuando Dios vé que la salud corporal puede servir á la espiritual, y ordenarse á otras cosas que miran á su gloria. Esto es lo que dá á entender Santiago en aquellas palabras „la oracion hecha con fé salvará al enfermo y servirá á su curacion." Salvará y santificará su alma, por la gracia que derramará en ella, y al mismo tiempo libra-

rá su cuerpo retirándolo de las puertas de la muerte (1).

Pero como la curacion del cuerpo no siempre es un bien para los enfermos; la Estrema Uncion produce un segundo efecto corporal que consiste en una especie de alivio que procura á los pacientes dandoles fuerzas para soportar con paciencia los dolores que los afligen (2). El dolor cuando es violento y largo, pone la paciencia de los enfermos á unas pruebas tan duras, que las fuerzas solas de la naturaleza no bastan para sostenerlos en este estado triste y penosísimo; mas viniendo la Estrema Uncion á socorrerlos, los llena de valor y fuerza, y los hace hallar consuelo en medio mismo de los trabajos mas insoportables. Pero estos no son mas que los menores efectos de este Sacramento.

Los principales y mas ventajosos son los que tocan el alma del enfermo, y estos son los espirituales; de los cuales el primero y principal es purificarla de ciertas manchas que la confesion y comunion no han borrado. Esto quieren decir las otras palabras de Santiago: si ha cometido pecados se le per-

(1) Et oratio fidei salvabit infirmum, *Jac.* 5. 15.
(2) Et alleviabit eum Dominus *ibid.*

donarán (1): y esta es la expiacion y remision de los pecados que no han sido borrados con la penitencia de la cual este Sacramento es como suplemento, perfeccion y consumacion, segun el lenguaje de los Padres, de suerte que con él pueden repararse todas las confesiones, que han sido involuntariamente defectuosas.

Esta doctrina está confirmada por los Concilios generales de Florencia y de Trento, los cuales declaran que este Sacramento limpia y laba el alma de los pecados que todavia no ha expiado (2) Y por eso este último Concilio la llama no solamente consumacion de la penitencia, sino de toda la vida del cristiano, la cual debe ser una penitencia continua (3).

Por esta consideracion se administra este Sacramento, ungiendo el sacerdote con el oleo santo los cinco sentidos del enfermo, porque estos son las cinco puertas principales por donde los vicios entran á el alma pa-

---

(1) Et si in pecatis sit, remitentur ei.

(2) Cujus unctio, si quae delicta, si quae adhuc sint expianda ac peccati reliquias abstergit. *Conc. Trid. Ses.* 14 *cap.* 2 *de Extrem.*

(3) Non modo poenitentiae, sed et totius christianae vitae, quae perpetua poenitentia esse debet, consumatium existimatum est á Patribus. *Trid. ibid. in init.*

ra hacer de este modo como una purificacion general de todos los pecados que hemos cometido, y hacernos conocer al mismo tiempo la necesidad que tenemos de que la gracia nos restablezca por los mismos caminos por donde la iniquidad nos habia perdido.

De lo dicho puede V. entender, hermano mio, cuanta es la utilidad que resulta á lo enfermos de este Sacramento, y comprenderá tambien que á veces es indispensablemente necesario que se les administre para que puedan salvarse: porque si un enfermo caido en pecado mortal despues de su ùltima confesion, no puede confesarlo por estar imposibilitado de hablar, entonces se le perdona por este Sacramento, con tal de que antes de perder el conocimiento haya tenido un dolor sincero de dicho pecado, aunque este dolor no sea perfecto. ¿A qué peligro no estará espuesta la salvacion de un enfermo en este caso sin el socorro de la Extrema-Uncion?

Este Sacramento tiene tambien la virtud de perdonar los pecados veniales cuando el corazon no tiene afecto á ellos, y borra sus manchas cuando el que lo recibe no pone impedimento: tiene tambien mucha virtud para perdonar las penas temporales, que son unas satisfacciones debidas á la justicia de Dios por los pecados que han sido perdonados en cuan-

to á la culpa; y aunque este perdon no sea total, es mas ó menos considerable segun la mayor ó menor perfeccion de las disposiciones con que se recibe.

Contribuye tambien, especialmente á dar valor y fortaleza á los enfermos para que resistan á las diferentes tentaciones que de ordinario los atacan en los tristes momentos que preceden á la muerte. Estas santas Unciones sostienen y fortifican su espíritu y su corazon, y les dá una gran confianza en la misericordia de Dios; de suerte que fortalecidos con sus armas, rechazan con mucha mayor felicidad y con mas feliz écsito los artificios del demonio, inutilizando todos sus esfuerzos. En fin, cuando llega el momento de dejar la tierra para partir al cielo, ellas los ayudan á morir bien, y á salir de este mundo victoriosos del demonio y del pecado.

Todas estas ventajas inestimables deben producir en V. un santo y fervoroso deseo de recibir este Sacramento sin aguardar á aquel tiempo y circunstancias en que el hombre estando fuera de sí, ó casi ya extinguido, es incapaz de ningun sentimiento que pueda convertirlo á Dios, y le haga detestar el pecado por un motivo sobrenatural.

Por tanto, ahora que por la misericordia del Señor astá V. en su entero juicio, y tiene su espíritu libre y su corazon lleno de pia-

dosos movimientos, aprovéchese de estos felices momentos, para recibirlo, á fin de que pueda V. participar de todos los efectos que produce en las almas bien preparadas: y siendo la principal de las disposiciones que requiere un sincero dolor de haber ofendido á Dios, pídale V. el perdon de todos sus pecados ocultos, y de aquellos que haya V. hecho cometer á otros, y de los que haya cometido con sus sentidos: á fin de que los miembros con que ha servido V. á la iniquidad, puedan servir á la gracia, y que por los mismos caminos por donde el pecado ha entrado en su alma, salga desterrado de ella para siempre,-dígale V. con el Profeta (1).

ECSORTACION IX.

Para mover al enfermo á sentimientos de compasion cuando recibe el Sacramento de la Extrema-Uncion.

Mientras se hace hora de que reciba V. el santo Oleo, procure hermano mio, prepararse á ejecutarlo con la mejor disposicion que sea posible; ecsitando en su corazon el mas amargo dolor de haber ofendi-

(1) Ab ocultis meis, munda me, Domine, et ab alienis parce servo tuo. *Psalm.* 18 v. 13.

do á Dios. Cuanto mas perfecto sea este dolor, tanto mas abundancia recibirá de gracias y socorros por medio de este Sacramento: y supuesto que él está especialmente instituido para purificar el alma de los pecados que la penitencia no ha borrado, ruege V. al Señor lo ponga en estado de poder ser enteramente lavado de sus iniquidades.

Todo en V. tiene necesidad de ser lavado, el alma y el cuerpo. Jesucristo va á proporcionar á V. esta pureza, por medio de las unciones que se harán sobre sus sentidos. El cuerpo de V. ha caido en el habatimiento por la violencia de la enfermedad; y su alma se halla en el estado de languidez, por la suma flaqueza del cuerpo: los dolores oprimen á V., y el demonio esta en vela para tenderle lazos con que sorprenderlo. Un estado tan triste, y unas necesidades tan urgentes, demandan un socorro pronto y eficaz. Este lo hallará V. en la Extrema Uncion que se le va á administrar. El le dará á V. fuerzas para sufrir con mas valor y facilidad los agudos dolores que lo afligen: lo pondrá en estado de pelear valerosamente contra los demonios, y estos no conseguirán sobre V. ninguna ventaja, porque les quitará todos los medios de hacerle daño.

Cuando V. vino al mundo, le confirió la Iglesia el bautismo para hacerlo hijo de Dios: los miembros de V. se hicieron miembros de Jesucristo, y su alma templo del Espíritu Santo. Mas por los pecados en que V. cayó en el tiempo de su vida, quedaron estos miembros profanados, y este templo violado. La Extrema Uncion los vá á purificar y consagrar de nuevo, y á aplicarle á V. los méritos infinitos de la vida y muerte del divino Salvador.

Se haràn á V. sobre algunos lugares de su cuerpo las santas unciones, que borrarán todas sus iniquidades, y cerrarán las puertas á los enemigos de su salvacion. La señal de la cruz que los ha vencido, acompañará las mismas unciones para hacer que triunfe V. de ellos y de su malicia: finalmente, por la virtud de este Sacramento quedarán sus ojos de V. puros; castos sus oidos; su boca santa, sus manos inocentes, y sus pies dirigidos à los caminos de la virtud.

Tenga V. un ardiente deseo de recibirlo, y una gran confianza en los efectos que puede producir en su alma. En el ministro que se lo ha de conferir mire V. la persona de Jesucristo, y considérelo como á un caritativo Samaritano, que viene á derramar vino y aceite sobre sus llagas interiores para curárselas.

Pero para poder participar de estas grandes ventajas, deteste V. con todo su corazon los pecados de toda su vida, y protéstele al Señor que se halla resuelto á morir, primero que volver á ofenderlo. En cada uncion renueve V. estos sentimientos, y pida à Dios perdon de todo lo que le injurió con cada sentido en particular. Siga con el espíritu al ministro de Jesucristo, uniendo su intencion á la de él mismo, y respondiéndo á cada oracion que él diga: así sea. Amen.

A LA UNCION DE LOS OJOS.

Se comenzarán las unciones por los ojos, como que son los primeros órganos que han movido á V. á pecar. Ruéguele V. al Señor que le perdone todo lo que con ellos le ha ofendido, dirigiendolos á objetos que han sido funestos á su inocencia, y dígale con un corazon contrito y humillado.

,,Perdonadme, Dios mio, por vuestra infinita misericordia, todos los pecados de que yo me he hecho reo por mis miradas criminales: mis ojos han sido los primeros asesinos de mi alma, y la primera causa de mis desordenes, fijándolos en objetos que me han seducido con sus atractivos lisonjeros: ellos no merecen ver la luz despues de haber abusado de ella tanto tiempo; pero yo

voy á cerrarlos desde ahora para siempre, á las cosas de la tierra, á fin de no abrirlos mas que para ver el cielo."

A LA UNCION DE LOS OIDOS.

Cuando se le haga á V. la uncion sobre los oidos, deteste todos los pecados que ha cometido para contentar su curiosidad, escuchando discursos contrarios á las reglas de la modestia cristiana, y á la caridad del prógimo, y diga á nuestro Señor:

,,Borrad en mí, Señor, todos los pecados de que soy culpable, por haberme aplicado à oir lo que siempre debí haber ignorado, y cerrado los oidos á discursos útiles, que habrian podido edificarme é instruirme. Yo voy á hacerme sordo à todo lo que pasa en el mundo, para estar atento únicamente á vuestra voz, y la de las personas que me hablarán en nombre vuestro. Hablad à mi corazon, ó Dios mio, y hacedlo dócil á todos los movimientos de vuestra gracia, á fin de que jamas abuse de vuestras bondades y misericordias. Vos, Señor, en vuestras santas Escrituras amenazais que no oireis en la muerte á los que durante su vida no habran querido escuchar vuestra divina voz. No, Dios mio, jamas estarán mis oidos cerrados á vuestras divinas inspiraciones: grita-

ré á vos sin cesar desde el fondo del abismo de mi miseria, para que oigais mis clamores, y vuestros oidos estèn atentos á la voz de mis súplicas (1).

A LA UNCION DE LAS NARICES.

Al tiempo de ungirle á V. las narices, ruégele V. al Señor que le perdone los pecados que ha cometido con el olfato, buscando con demasiado empeño todo lo que podia satisfacerlo: y todos los malos ejemplos y escàndalos que haya V. podido dar, por lo que puede haber habido de inrregular, y poco edificante en su conducta, diciéndole:

,,Tened piedad de mí, Señor. Yo no estoy lleno mas que de pecados y miserias: todos mis sentidos. hasta el olfato, han contribuido á ofenderos tomando demasiado placer en los pesfúmes y olores agradables, y huyendo con mucho cuidado de los malos. En vez de aplicarme á dar un buen olor á mis prógimos por mis virtudes y buen ejemplo; mi vida les ha servido de piedra de tropiezo, y motivo de escándalo. Santificadme, Señor, con esta santa uncion, y para expiar mis sensualidades aceptad todos los trabajos que padezco, á fin de que el

(1) Psalm. 129.

sacrificio que yo os hago de mi vida, pueda seros de un olor agradable."

A LA UNCION DE LA BOCA.

Cuando se le aplique á V. la uncion sobre los lábios, pídale humildemente á Dios el perdon de todos los pecados que ha cometido, ya por la delicadez y destemplanza de su boca en el uso de los alimentos, ya por las mentiras y discursos libres, en que haya delinquido por la incontinencia de su lengua: dígale al Señor que de buena gana bebe el caliz de amargura que le ha preparado, para expiar la sensualidad que haya hecho á V. desrreglado en el comer y beber: que va V. á condenarse al silencio, no queriendo ya abrir la boca sino para rogarle y publicar sus misericordias hasta el último suspiro de su vida. Clámele pues, con los sentimientos de una viva compuncion, diciendo:

„Perdoname, Señor, todos los pecados que he cometido con la boca: su número es casi infinito. Escuchad, Dios mio, la voz de mi divino Redentor, que os habla por sus llagas y por su Sangre, y que implora vuestra clemencia, para que borreis de mi alma con la santa uncion que recibo en mis lábios, toda la iniquidad con que la he

manchado por mi intemperancia, y por la malignidad de mi lengua."

A LA UNCION DE LAS MANOS.

Despues de estas unciones, se hará á V. las de las manos, que acaso han sido empleadas en seciones criminales. Pida V. perdon á Dios de todos los pecados de que sus manos hayan sido desgraciados órganos; y para mover su bondad á que los olvide, dígale penetrado de un vivo dolor:

,,Acordaos, Dios mio, de que yo soy obra de vuestras manos: las mias os han ofendido; pero poned los ojos, ó Padre de las misericordias, en las de mi Salvador, que fueron clavadas en la cruz; y por los tormentos que ellas padecieron, perdonadme los pecados que con las mias he cometido.

A LA UNCION DE LOS PIES.

Todas estas unciones se concluirán con la de los pies: mientras se le ministra á V. pida á Dios perdon de todos los pasos que ha dado, por satisfacer sus pasiones desarregladas; ya corriendo en pos de los honores y bienes perecederos; ya procurando algun placer criminal, al mismo tiempo que

daba V. tan pocos para buscar las delicias del cielo y las riquezas eternas. Ruéguele que le perdone todo cuanto le ha ofendido con estos miembros: reconozca V. el funesto estado á que se redujo apartandose de Dios por convertirse á las criaturas, y suplíquele ardientemente por su infinita bondad, que no lo abandone, ni se retire de V. especialmente en el momento de su muerte: porque de este momento depende su salvacion. Clámele con todo el corazon, diciendo:

,,Perdonadme, Señor, por las sagradas llagas de vuestros pies, todos los estravios de mi vida: ¡ay de mi, que hé errado como una oveja que se ha perdido! Mas esto no ha sido por faltarme vuestra proteccion ni vuestras luces, sino por mi propia malicia. Confieso Señor que á ella debo imputar mis tinieblas y mis caidas: las pasiones han sido las que yo he seguido: he amado mis tinieblas, y huido de vuestra luz, que me descubria todo el horror de mis caminos. Vos habeis contado todos mis malos pasos sin quejaros, y sin castigarme por ellos; aunque vuestra mano omnipotente podia detenerme en medio de estas carreras fatales de que quiza muy en breve tendré que responder en el tribunal terrible de vuestra justicia. Yo me arrepiento de todos e-

llos, Dios mio, y quiero en ádelante caminar únicamente ácia vos, que sois la única fuente de mi felicidad, y el único que puede hacerme eternamente dichoso. Espero, Dios mio, que por la uncion santa que se va á hacer en mis pies, y por el mérito de los pasos que Jesucristo dió sobre la tierra para convertir pecadores, perdonareis á este reo, que implora vuestra misericordia."

Habiendo recibido la Extrema-Uncion será muy conveniente y de grande provecho, adorar la santa cruz que ha sido el instrumento de nuestra salvacion, y la cama en que Jesucristo quiso dar su vida por nuestro remedio. Procure V. tenerla cerca de sí, para mirarla frecuente y devotamente, y que su vista produzca en V. sentimientos de piedad: medite V. con frecuencia en la pasion de este hombre de dolores, y junte V. sus trabajos á los tormentos que él sufrió: ruegucle que por los méritos de su vida y de su muerte, le conceda las gracias que necesita, para sufrir con paciencia todos sus males, y para resignarse á la muerte, si Dios quiere sacar á V. del mundo por medio de esta enfermedad.

Nada hay mas consolante para un enfermo, que la vista de Jesucristo crucificado. Este espectáculo del amor de un Dios hecho hombre, que se entregó voluntariamen-

te á una muerte ignominiosa, tiene una virtud muy eficaz para despertar su fé, fortificar su esperanza, y reanimar su caridad. Con este piadoso objeto el gran san Carlos Cardenal y Arzobispo de Milan, estando cerca de morir hizo que se le pusiese delante un cuadro de Jesus en el huerto, para fortificar su espíritu con el ejemplo de este divino Redentor. Su cruz le servirá á V. de escudo para rechazar los tiros del espíritu maligno, y oponiéndole este estandarte lo pondrá siempre en fuga.

PARA DESPUES DE LA EXTREMA-UNCION.

Cuando el enfermo ya ha recibido la Extrema-Uncion, será á propósito si tiene hijos, ecsortarle á que les dé su bendicion; y para prepararlo á esta accion, que cuesta siempre mucho á un padre tierno que va á separarse de su familia por la muerte; el sacerdote que se la ha administrado, ó en su defecto el confesor, podrá hablarle en estos términos ú otros equivalentes.

,,Aqui tiene V. hermano mio, á los pies de la cama á sus queridos hijos que vienen á pedirle la bendicion. El triste estado en que ellos ven á V. reducido les cierra la boca; y no pudiendo esplicar su dolor mas que

con sus lagrimas, se valen de mi ministerio, para que yo manifieste á V. de su parte cuanto es el reconocimiento de que están penetrados por las bondades con que V. los ha tratado; y al mismo tiempo el sentimiento que tienen de todo lo que su conducta haya podido disgustar á V., el ruegan que les perdone sus desórdenes y sus desobediencias, y que les dé su bendicion. Si nuestro Señor quiere llevarse á V. para sí en esta enfermedad, acabara V. su vida como el Patriarca Jacob, que concluyó la suya bendiciendo á sus hijos. ¿No les permitirá V. que se acerquen para recibir esta última prueba de la ternura paternal con que los ama?"

BENDICION DE UN PADRE A SUS HIJOS.

Queridos hijos mios, yo ruego al Señor que os de su santa bendicion: por mi parte os doy la mia. Amad á Dios con todo vuestro corazon, y servidlo fielmente. Permaneced perfectamente unidos unos y otros; y que jamás haya entre vosotros disencion alguna. Evitad todo trato con los libertinos, cuyas malas inclinaciones se comunican tan facilmente. Huid del pecado, como del único mal que debeis temer. Amad la vir-

tud, y jamás os canseis de practicarla. Yo ruego al Señor que derrame sobre vosotros sus gracias en abundancia. Si yo soy tan dichoso que consiga el perdon de mis pecados cuando me presente en su terrible tribunal; imploraré su misericordia en favor vuestro. Aunque yo no tenga los ojos abiertos sobre vuestra conducta, acordaos de que Dios vela sobre vosotros, y está siempre atento á todas vuestras acciones. Si teneis alguna ternura para con vuestro padre moribundo, que tanta ha tenido á vosotros durante su vida, acreditádsela con el socorro de vuestras oraciones: este es el único testi monio que ecsijo de vuestro amor, y de vuestro reconocimiento al afecto que os he profesado. A Dios hijos mios, yo os dejo bajo la proteccion del Señor, quien será vuestro Padre sobre la tierra, como lo es allá en el cielo, y que no os abandonará mientras le fuereis fieles. Respetad á vuestra madre; aprovechaos de sus consejos y de sus buenos ejemplos, y no aumenteis el dolor que ella tiene de perderme con el que tendria de no veros hombres debien y buenos cristianos.

ECSORTACION X.

Sobre las disposiciones en que debe hallarse el enfermo despues de recibida la Extrema-Uncion.

Hermano mio, ahora que ha sido V. fortalecido con las armas de Jesucristo y con todos los socorros de la Iglesia, debe tener el alma llena de consuelo y regocijo. Despues de haber recibido el perdon de sus pecados por la absolucion sacramental, ha tenido la dicha de participar del sagrado banquete de la Eucaristía, en que ha comido la carne y bebido la Sangre del mismo Jesucristo. Aquellos restos de iniquidad que habian quedado en su alma, y que no habia borrado el Sacramento de la Penitencia, acaban de ser purificados por el de la Extrema-Uncion, que tambien se le ha administrado. ¿Qué motivos no tiene V. para dar gracias al divino Salvador que lo ha hecho participante de tantos favores? de unos favores de que diariamente son privados innumerables enfermos, ya por su negligencia en ocurrir oportunamente por los Sacramentos; ya por accidentes imprevistos que les quitan la proporcion de recibirlos.

Aguarde V. ahora en paz el écsito de su

enfermedad, y considérese como un hombre que ya no pertenece al mundo: separe V. de él su corazon, no tomando parte alguna en nada de lo que sucede en él: que la principal ocupacion de V. sea en lo de adelante desocuparse de todos los negocios de la tierra, para no pensar mas que en Dios y en su salvacion. No dilate V. para lo último de su vida el prepararse para aquel momento temible, en que su destino feliz ó desgraciado debe fijarse para siempre. Ese es un tiempo poco á propósito para tratar del negocio mas esencial que pide al hombre todo entero. Haga V. ahora lo que entonces quisiera haber hecho, para asegurar su eterna felicidad. Eleve frecuentemente su corazon á Dios, ruéguele que ilumine sus ojos por su misericordia, para que no duerma jamás el sueño de la muerte (1), y que emplee V. útilmente en la santificacion de su alma el tiempo que le falta todavia: que cesando de vivir sobre la tierra, puede comenzar una vida nueva en el cielo, y allí bendecir y alabar eternamente á Dios por sus grandes misericordias.

Nosotros todos debemos considerarnos como hombres nacidos para morir. Todos los dias,

---

(1) Psalm. 12 41.

de nuestra vida se suceden unos á otros, para conducirnos finalmente á la muerte. Ninguno sabe el dia ni el momento en que todo se ha de acabar para él sobre la tierra. Esta vida es como un camino en que por todas partes nos tiende lazos la muerte: en él se halla ella colocada mas léjos para unos, y mas cerca para otros; pero nadie puede descubrir el término fijo en donde ella le aguarda. Nos amenaza con enfermedades, y nosotros debemos estar siempre prevenidos para cuando venga, porque no siempre es presidida de estos anuncios que nos avisen de su llegada. El estado en que V. se halla, hermano mio, lo estimula á estar alerta, porque hace divisar ya algun peligro. Estando todos necesitados á morir, nos importa infinitamente prepararnos á ello con oportunidad, para evitar las sorpresas. Todo se pierde en la muerte, si ella es mala: todo se gana, si es buena: porque entonces se hace un dichoso cambio de tierra por cielo; de una vida corta y caduca, por otra feliz y eterna; de bienes frágiles y perecederos, por bienes celestiales, que se han de poseer eternamente. En lugar de las agitaciones, inquietudes y amarguras que nos hacen gemir casi sin cesar acá abajo, gozarémos en la patria celestial de una paz inalterable: en vez de la muerte, hallaremos allí una vida que

jamas estará sujeta á su imperio. El paraiso será el lugar del descanso del justo moribundo; y los ángeles y santos los compañeros de su felicidad y de su gloria.

La disposicion mas segura y mas cristiana, en que V. puede ponerse, es esperar la muerte á cada momento, á fin de que ella no lo sorprenda, permaneciendo en una gran indiferencia respecto á la vida. ¿Que importa á un cristiano, dice san Ciprian, vivir ó morir? ¿y qué interes puede tener un siervo de Dios en detenerse mas largo tiempo sobre la tierra; cuando todas sus riquezas estan en el cielo, en donde lo esperan los bienaventurados (1)? Es una gran flaqueza, dice san Paulino, sentir la pérdida de un corto haber, cuando es uno llamado á poseer un grande Imperio.

Esté V., pues preparado á todo evento: siempre dispuesto á dejar la vida cuando Dios quiera: mírese como un reo condenado á muerte, que no aguarda mas que la ejecucion de la sentencia que se ha fulminado ya contra él. Diríjase frecuentemente á Jesucristo para que le aumente las fuer-

---

(1) ¿Quid hoc, ad christianos? ¿Quid, ad Dei servos, quos paradisus in vitat, quos gratia omnis, et copia regni coelestis expectat?

zas y el valor necesario para ofrecersele en un espíritu de sacrificio, conformándose con recibir la muerte á la hora y momento que su justicia haya determinado, y si todavia tiene á bien dilatar el llamarlo, adore sus designios y sométase á su voluntad, sirviéndose de esta prolonga para prepararse mas y mas á la cuenta que debe darle.

Pero como V. ignora si es esta la voluntad del Señor, debe permanecer con firmeza en la incertidumbre en que está de vivir ó morir. Si durante el curso de la vida ha tenido la desgracia de no conformar en todas las cosas su voluntad con la de Dios, procure hacerlo ahora que está en riesgo de perderla, para pasar á otra que no estará sujeta á la muerte: dígale al Señor, con los sentimientos de una resignacion perfecta. ¡O Dios mio! haced por vuestra gracia que yo comience desde este momento á no tener otro deseo mas que el de obedeceros y agradaros. Yo os ofrezco un cuerpo oprimido bajo el peso del dolor: la muerte parece que me amenaza y rodea por todas partes: confieso que quisiera vivir mas para ponerme en mejor estado de reparar las faltas que he cometido, y el tiempo de que he abusado; pero sin embargo, Dios mio, si vos quereis que muera, me

contento con que se haga vuestra voluntad y no la mia (1).

Mas si la idea de la muerte le perturba á V. el espíritu y el corazon, procure llenarse de los mismos sentimientos que san Ambrosio. Este santo Arzobispo tenia una perfecta confianza en la bondad y misericordia de Dios, y en esta consideracion decia, que no temia la muerte porque tenia un buen Señor (2). Si la vista de las flaquezas pasadas llena á V. de espanto mirando á Dios como su juez; contémplelo al mismo tiempo como un Padre tierno y lleno de misericordia; y ponga en él toda su confianza como hacia el Profeta (3)

Tenga V. mucha paciencia en sus trabajos, y aunque se le agraven los dolores, no desconfie de la proteccion de Dios ni de su socorro: él lo proporcionará segun V. lo necesite; poniéndose V. siempre bajo su mano, usará de sus bondades para con V. no permitiendo que las pruebas á que lo sujeta sean superiores á sus fuerzas.

---

(1) Non sicut ego volo, sed sicut tu. *Mat.* 26. 39.

(2) Non timeo mori, quia Dominum bonum habemus. *Paul. in vit. S. Ambr.*

(3) Ego autem in misericordia tua speravi. *Psalm.* 12.

Permanezca V. inmoble en la dependencia en que debe estar respecto á S. M. en cualquiera que sea el suceso de este mal, para si él quiere sacar á V. del mundo, estar preparado á ver con tranquilidad romperse los lazos que todavia le unen á él, á fin de verse libre de las miserias de esta vida, y conseguir la dichosa libertad de la gloria de los hijos de Dios (1). Esta santa disposicion aumentará mas y mas el precio y el mérito de los males que V. padece, y hará que todo le sea provechoso para la vida eterna. Esta misma es la que el demonio ordinariamente ataca con mas terquedad, porque no ignora que los enfermos algunas veces cansándose de padecer, se abandonan á la impaciencia y á las murmuraciones, cuando no hallan ni alivio ni remedio á la grandeza y diuturnidad de sus males.

Por tanto, esté V. siempre con cuidado para ponerse fuera de sus tiros, á pesar de los esfuerzos de este enemigo terrible: y teniendo siempre á Jesucristo por apoyo y defensor, saldrá constantemente victorioso de los combates que él podria darle. Supuesto que el Señor ha fortalecido á V. hasta aho-

(1) Quia et ipsa creatura liberabitur á servitute corruptionis, in libertatem gloriae filiorum Dei. *Ad Rom.* 8. 21.

ra, no cesará de hacerlo en aquellos tristes momentos en que tendrá mas necesidad de su proteccion y de sus armas. Si él gusta de abreviar la peregrinacion de V. en este mundo para llamarlo á su patria, lejos de horrorizarse de dejar un pais que lo ha espuesto á tantas caidas y peligros; antes dele gracias porque va á terminar sus miserias y aflicciones, para hacerlo participante de las riquezas y delicias eternas de la gloria.

Aguarde V. en paz el momento en que su alma será separada de su cuerpo: ella entonces verá á Jesucristo no como un juez inecsórable, sino como su Redentor y Salvador, cuya vida y pasion han sido el precio á que la compró, y que si sacrificó esa misma vida al Padre Eterno, fué para merecerle á V. con su preciosa muerte una vida eternamente feliz.

Desprenda enteramente su corazon del mundo, para que no tenga pena de dejarlo cuando venga la muerte á separar á V. de él. Se abandona facilmente sin pesar y sin dolor todo lo que se posée sin adhesion. ¡O dichosa disposicion la de un moribundo que está desprendido de todo y que no es detenido por ningun afecto al mundo! dice san Gerónimo (1). Este despojo interior

(1) ¡O cuanta cum fiducia moritur, quem nul-

hará que V. encuentre la muerte muy dulce, porque estando ya muerto á todo por un desapego perfecto y espontaneo, llevará V. consigo mismo el precio de una eterna bienaventuranza.

Conserve V. esta disposicion del espíritu y del corazon, que siempre le será orígen de grandes ventajas, sea cual fuere el fin de su enfermedad. Si es la muerte, no lo sorprendera porque así estará V. preparado á recibirla; y si el restablecimiento de la salud, Dios tendrá en grande aprecio esta preparacion de V. á la muerte. El cuidado de este último momento, que debe decidir de su eterna suerte, tendra no poca virtud para hacer que V. aun ya restablecido de sus males, observe constantemente una conducta cristiana y religiosa: los vicios desaparecerán, las pasiones estarán mas subordinadas, y las virtudes mas deputadas y abundantes: viviendo de este modo, tendrá V. una muerte preciosa en la presencia del Señor.

Toda nuestra vida debe ser un continuo aprendizage del arte de morir; ni podremos acertar á morir bien, si no nos ejercitamos antes de morir á nosotros mismos, y á todos nuestros apetitos sensuales; los que mueren

---

lius rei afectus rectinet in mundo!

de esta manera, no mueren, porque la muerte para ellos es un principio de vida: los accidentes pueden ser imprevistos; pero la muerte aunque sea repentina, nunca es imprevista para los que siempre viven preparados á ella.

ECSORTACION XI.

Sobre las ventajas de una muerte cristiana.

Me parece, hermano mio, que se va V. agrabando mucho; pero tenga V. valor: si la muerte de que le he hablado á V. viene ya á usar de los derechos que sobre su cuerpo tiene, ella será para V. una ganancia porque terminará sus dolores, y le abrirá las puertas de una eternidad bienaventurada Si tiene V. alguna parte en los trabajos que padeció Jesucristo, no la tiene en el abandono general que él mismo toleró. Al Señor le faltó todo en su agonia, hasta un vaso de agua para apagar su ardiente sed. Mas V. en medio de sus dolores tiene el consuelo de que todo concurre á su socorro, y que nada se ha omitido para procurar remediar sus necesidades. No le falta á V. mas que un poco de mas amor á los trabajos, á fin de hacer su sacrificio mas agradable al Señor, y quizá tambien alguna mas indiferencia á la vida, cu-

yos lazos todavia no están enteramente disueltos. Ocurra V. á la oracion, y pídale á Dios la gracia de someterse á las órdenes de su divina Providencia. Suplíquele que lo haga indiferente a la vida ó à la muerte. No tema V. salir de este mundo, en donde todo está lleno de escollos para la virtud, y de peligros para la salvacion. El desear permanecer sobre la tierra algun tiempo mas de lo que el Señor quiere, es querer esponerse á la eterna perdicion: y al contrario, someterse á su santa voluntad, estando pronto y resuelto á morir ó vivir segun fuere su agrado, es una disposicion santa para ponerse en estado de participar despues de esta vida de una gloriosa inmortalidad.

Cualesquiera que muere sin tener parte en las disposiciones de Jesucristo moribundo, no muere como cristiano: muere sí, como bruto: y por fuerza, esto es morir como réprobo. Así dice el autor del libro titulado, La esperanza cristiana, contra el espíritu de pusilaminidad y desconfianza: fol. 297. Para evitar esta desgracia, y que se preparen mejor á tener una muerte preciosa, los que tuvieren proporcion de usar de este librito; ha parecido poner aquí la siguiente

ACEPTACION DE LA MUERTE.

Misericordiosisimo Jesus: que deseoso de

la salvacion de nuestras almas te humillaste hasta el ecseso de sujetarte á sufrir una muerte la mas ignominiosa y dolorosa, y te ofreciste á ella con toda tu voluntad, siendo el autor de la vida y la inocencia misma: he aquí, Señor, á vuestros santos pies uno de los mayores pecadores, por quienes diste tu vida santísima, que te ofrece, Señor, la misma que le has dado por tu liberalidad infinita. Es verdad, Dios mio, que ella es muy poca cosa, y muy poco digna de ser ofrecida á tu Magestad, estando manchada con tantos pecados; pero esto es, Señor, lo mas considerable que tengo que ofreceros. Vos sois tan bueno, que no os desdeñais de recibirla como un sacrificio agradable.

Dignaos pues, Señor, aceptarla en reconocimiento de los beneficios que me hicisteis tomando vuestra vida divina, sacrificándola por mi amor en el ara de la cruz, inmolando despues de tantos siglos vuestro sagrado cuerpo y sangre en nuestros altares. Yo os la consagro enteramente por todo el tiempo que hubiereis determinado conservarmela: y si acaso, Señor, es llegado ya el momento en que os la debo restituir, desde ahora acepto humildemente la muerte como venida de vuestra bendita mano, y justamente decretada por vuestra justicia. Y para que esta mi aceptacion sea mas agradable á vuestra divi-

na Magestad, protesto delante del cielo y de la tierra que con la mas profunda resignacion de mi alma, y con la mayor sinceridad de mi voluntad, la recibo para rendir á tu soberana Magestad, y á todas tus divinas perfecciones, la gloria mas grande que yo puedo darte, y el homenage mas perfecto que puedo tributar á tu santísima muerte. La acepto para ofrecerte la mas cumplida satisfaccion, que me es posible, por todos mis pecados, uniéndola con tu muerte santísima, y uniendo mi intencion á la que vos teneis, de ofrecer á vuestro Padre Eterno hasta el fin del los siglos, la de cada uno de vuestros miembros como una continuacion de vuestro sacrificio, y de hacer nuestra muerte asi unida á la vuestra, digna de una eterna vida: la acepto gustoso porque acabe en mí el reinado de la iniquidad, y para rendiros la obediencia que os debo, como á mi Criador, y daros un testimonio fiel de mi reconocimiento á vuestro dominio soberano.

Ya pues, Señor, que yo por mi culpa incurrí en la desgracia de tener una vida tan indigna de vos, haced por vuestra bondad que mi muerte sea en cuanto esté de mi parte, conforme con la vuestra: deseo Jesus mio, morir como vos en una perfecta conformidad de mis sentimientos con los vuestros; en un espíritu de obediencia á la voluntad de vues-

tro Padre; de caridad para con todos mis prójimos; de bondad para con mis enemigos: de paciencia y alegria en mis trabajos; y de desprendimiento de todas las criaturas.

Deseo morir con vos, uniendo mis penas á vuestros trabajos, mi indignacion á vuestros méritos, todos mis males à vuestra pasion, y mi muerte á la vuestra, á fin de que mi insuficiencia sea satisfecha y perfeccionada por vuestra abundancia, supliendo vuestras riquezas á mi indigencia.

Deseo, Jesus mio, morir por vos, consagrándoos todos los dias de mi vida en reconocimiento del sacrificio que hicisteis de la vuestra por mi salvacion, y deseando ardientemente derramar mi sangre en retorno de la Sangre preciosísima que derramasteis por librarme de la muerte eterna. Rectificad, Dios mio, estos mis deseos y recibid finalmente esta alma que encomiendo en vuestras manos. *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.*

ORACIONES *que se pueden leer á los enfermos para escitarlos á los sentimientos convenientes á su estado.*

I.

Tened piedad de mí, Señor Dios de bondad, cuyas misericordias son infinitas. Yo re-

conozco el ecseso de mi ceguedad, y confieso que mi malicia es estrema: todo lo he hecho yo para perderme; pero vos sois Omnipotente para salvarme. Vos me habeis sacado de la nada, y la creacion de todas las cosas no os ha costado mas que una sola palabra. El mar y los vientos han calmado á vuestra vos. No se ha necesitado mas que vuestro mandato y la tempestad ha cesado. Toda la naturaleza está sometida á vuestras leyes. ¿Podré yo resistiros ¡ó mi Dios! si por una bondad de que sé que soy infinitamente indigno quereis usar del dulce imperio que vuestra gracia ejerce sobre los corazones cuando quereis convertirlos; y si despues de haberme alumbrado con sus vivas luces, y disipado mis tinieblas, quereis emprender la conquista de mi corazon? No mi Dios, ya no hallareis en mi aquellas antiguas resistencias que han hecho ineficaces los movimientos de conversion que me habeis inspirado tantas veces. Ya vos habeis por vuestra bondad preparado este corazon, para que ceda á los dulces atractivos de vuestro amor. Vuestra paciencia en sufrirme en medio de mis mayores desórdenes, me confunde y no puedo resistir á las reprenciones que vuestros beneficios y mi ingratitud me hacen sin cesar. Yo me siento penetrado de un vivo dolor de haber sido tan rebelde. Mi poco zelo en servi-

ros, y mi poca adhesion á vos despues de tantas pruevas brillantes de vuestra bondad, me hacen horrorizarme y no puedo sostener su triste memoria sin un grave dolor. Me miro como un monstruo que debería ser destruido, y que no merece ocupar un lugar sobre la tierra. Pero ya que vos habeis tenido la bondad de conservarme hasta este momento, no quiero emplearme en otra cosa que en suspirar y llorar mis infidelidades y mis crímenes. Dichoso yo, Dios mio, si llego, como espero, á moveros á piedad con mi arrepentimiento, con mis gemidos continuos y con el humilde sufrimiento de algunos trabajos.

¡Ay de mí! ¡cual es el ecseso de mi miseria, y la profundidad de mis tinieblas! ¿Asi es como yo he podida vivir? ¿Qué uso he hecho yo de mi fé, y de tantos socorros de que habia podido servirme para ser virtuoso? ¿Qué fruto me queda de todos los desórdenes en que he caido? ¿es por ventura otro, mas que los crueles remordimientos que me devoran, y la funesta incertidumbre en que he puesto mi salvacion?....Yo soy perdido sin remedio ¡ó mi Dios! si vos me tratais con todo el rigor de vuestra justicia. Mis pecados aunque innumerables os son conocidos todos, y los teneis presentes. Vos los habeis contado, y los teneis todos escritos en vuestro libro. Yo algunas veces he procura-

do borrarlos por los Sacramentos y por la penitencia; pero la perseverancia en las resoluciones que he tomado de seros fiel, no ha sido firme y constante. Me he vuelto á meter en el abismo de donde vuestra misericordia me habia sacado: y despues de tantas promesas y de tantas recaidas en los mismos crímenes que vuestra gracia me habia hecho detestar, ¿no deberé estar lleno de temores en órden á mi salvacion, de que he hecho tan poco aprecio, y la cual tantas veces he aventurado al peligro de perderla?

Pero ¡ó Dios! si por lo pasado he tenido la desgracia de pasar una vida tan infiel y tan poco cristiana; ahora quiero tratar de repararla, por un divorcio eterno de todo aquello que podria desagradaros en mi conducta. Fortificadme en este designio, porque yo no puedo cumplirlo sin el socorro de vuestra gracia. Purificad mas y mas mi corazon, para que ya nunca sea susceptible de las inclinaciones corrompidas de la naturaleza.... Quitadme todos mis delitos: arrancad de ellos hasta la raiz, y dadme un corazon nuevo, que no esté lleno mas que de vuestro amor. Enderezad mi espíritu á fin de que él no se dirija mas que ácia vos, y no se incline jamas á las criaturas. Que vuestra luz me ilumine, y que ella sea la antorcha que me descubra los caminos que debo seguir, y los que debo evi-

tar. No permitais, Dios mio, que yo me estravie en lo de adelante, ni que vuelva á entrar en los senderos de la iniquidad. Haced que los dias que me quedan por vivir no se empleen en otra cosa, que en reparar los ultrajes que he hecho á vuestra divina Magestad.

Yo no os puedo ofrecer ¡ó mi Dios! mas que un cuerpo afligido por la enfermedad, dispuesto á sufrirlo todo por satisfacer á vuestra justicia, y un corazon contrito y humillado. No despreciéis este sacrificio que es tan acomodado á vuestra misericordia, y que es el único que os puedo presentar. Yo querria sacrificaros mil vidas, para poder expiar el mal uso que he hecho de la mia, que ha sido toda llena de pecados y de miserias. No me perdoneis en este mundo, á fin de que me perdoneis en el otro: me consolare en los males que padezca en este, porque podré sufrir su rigor sin que este me estorve el poder amaros. Yo os miraré como á un padre que castiga á su hijo para corregirlo: ó como un médico que se vale del fierro y del fuego para curar á su enfermo. Pero en los males de la otra vida yo no podré amaros, porque estaré separado de vos para siempre, y no os veré ya sino como un juez inflexible é inecsorable. Aquel será el reino de vuestra justicia temible, como este es el de vuestra

misericordia. Yo quiero ponerme en estado de sentir los efectos de esta, por medio de la humillacion mas profunda, y del dolor mas vivo de que pueda ser penetrado mi corazon.

II.

Cuando yo reflecciono ¡ó mi Dios! sobre toda la conducta de mi vida: cuando considero lo que habeis hecho por mí, y lo que yo he hecho contra vos, ¡ay! ¡cuan oprimido me siento del dolor que atraviesa mi corazon! ¿Qué uso he hecho yo de este diluvio de favores, que habeis hecho llover sobre mí? ¿Cual ha sido el tributo de reconocimiento que por ellos os he dado? ¿No he empleado yo vuestros propios dones contra vos mismo? y vuestra misericordia ¿no me ha servido de título y pretesto para ofenderos con mas atrevimiento é insolencia? ¡Que horror, y que perfidia! .... Pero ¡ò Dios de bondad! tened piedad de mí; y haced brillar vuestra infinita caridad, perdonandome una ingratitud tan negra. Si mi corazon ha sido tan duro á vuestro favor: si ha sido insensible á todas las gracias de que me habeis colmado; él está ya tocado de su misma dureza, y la detesta perfectamente. El quiere ahora aprovecharse hasta de vuestros mas pequeños beneficios, para reparar el mal uso que ha hecho de todos

los demas. ¿Quereis vos, Señor, estender vuestros brazos y descargar vuestra cólera sobre un corazon que es la misma flaqueza? Vuestra misericordia se opone á esto, y se interesa á favor de él.

Sed, pues, vos su refugio, ¡ó Dios mio! y haced que no solo halle gracia delante de vos, sino tambien que por un ecseso de vuestra bondad, sea atraido ácia vos, de tal manera que en lo sucesivo permanezca íntimamente unido á vos por los lazos de un amor indisoluble. Si él ha tenido la desgracia de entregar sus afectos á unos objetos estraños, ya no quiere adherirse mas que á vos solo, y amaros únicamente. Vos sereis su Dios, y todas sus cosas: sereis su porcion y su herencia en la tierra de los vivos. Estas son, Señor, las disposiciones en que se halla este mi corazon, desde que vuestra gracia me ha abierto los ojos por medio de la enfermedad: bien diferentes de aquellas en que se hallaba cuando yo gozaba de una salud floreciente. Entonces el mundo me engañaba con sus vanidades, y con sus atractivos lisonjeros: yo amaba lo que debia aborrecer, y veia con indifirencia lo que debia amar. Mis pasiones eran las guias que yo seguia, y no podia sacudir su yugo, sino que todo lo sacrificaba á mis placeres, á mi ambicion y á mis malas inclinaciones. Yo hacia estas cosas, y vos Se-

ñor callabais; ó si hablabais alguna vez á mi corazon, yo lo cerraba á vuestras dulces voces, y procuraba no escucharos por no ser perturbado en la posesion, ó en la solicitud de aquello que podia satisfacer mis corrompidos deseos. Pero ahora quiero trabajar en hacerme un hombre nuevo, y en destruir en mí el pecado, y todo lo que podia serme ocasion de cometerlo. Ya es demasiado el tiempo que ha que vos me estais tolerando para querer todavia abusar de vuesta paciencia: primero se acabe mi vida, que mis pasiones tomen un nuevo ascendiente sobre mí, ó que me esponga á nuevas caidas. Infinitamente mas ventajoso me será el perderla, y morir aborreciendo el pecado en la mitad de mi carrera, que ver mis dias prolongados, y echar nuevas raices en el crímen. ¡Ah! ¿que me importa que mi vida sea larga; con tal que ella sea santa, puesto que no es la largura del tiempo sino la abundancia de virtudes la que constituye una vida digna de bienaventuranza? Yo no debo pues, Dios mio, desear vivir largo tiempo, sino vivir bien, y toda mi atencion debe dirigirse á hacer un uso santo del tiempo que haya de permanecer sobre la tierra. Ayudadme pues, Señor, á ejecutar un designio tan justo y racional: y no permitais que el zelo que vuestra gracia me inspira por mi salvacion, llegue jamas á resfriarse ó a-

pagarse: puesto que vos os habeis valido de la enfermedad para hacerme entrar en estos piadosos sentimientos, haced que ella contribuya á conservarme en ellos. Mi espìritu en lo de adelante ya no se ocuparà en aquellos cuidados estraordinarios, que he tenido hasta ahora por el restablecimiento de mi salud y por la prolonga de mi vida. Vos dispondreis de ella, Señor, como de un bien que os pertenece, y del cual yo no debo ser el depositario: y cualquiera que sea el suceso de mi enfermedad, yo permaneceré siempre igualmente sometido á vuestras soberanas disposiciones. No, Señor y Dios mio, no quiero ya tener otra voluntad que la vuestra, ni otro deseo que el de unirme eternamente á vos.

III.

¿Qué no habeis hecho ¡ò Dios mio! para ganar mi corazon, y por empeñarme en vuestro amor? ¿Què abundancia de favores y de gracias no habeis derramado sobre mí, para atraerme ácia vos, por el motivo del reconocimiento? ¡Ay! cada instante de mi vida ha sido señalado por alguno de vuestros beneficios. ¿Cuantas veces estando yo muerto por el pecado, vos me habeis resucitado a la vida de la gracia? ¿Cuantas veces he tenido la dicha de ser admitido á la sagrada mesa, para re-

cibir el cuerpo y la sangre de Jesucristo vuestro Hijo muy amado? ¿Adonde estaria yo, Dios mio, si vos no me hubieseis librado de tantos peligros en que me he visto; y si vos no me hubieseis mirado con ojos de misericordia? ¿Que habria sido de mí, si habiendoos perdido de vista, por abandonarme á todas mis pasiones, me hubiese sorprendido la muerte en un estado tan funesto, y tan impropio para parecer delante de vos?. . . ¡Ah! que ciertamente estaría yo en el infierno.

Y yo ¿que os he vuelto, Dios mio, por todos los bienes de que me habeis colmado; y por todos los males de que me habeis preservado con tanta benignidad? Si ecsamino mis obras, ¿que hallaré en ellas digno de tantos beneficios? ¡Ay! yo no hallaré en toda mi vida mas que infidelidades, menosprecios, miserias, y una ingratitud continua que debe cubrirme de verguenza y de ignominia. Despues de una conducta tan monstruosa ¿que suplicios no he merecido? Y con todo, Señor, os habeis contentado con obligarme á volverme á vos, y si alguna vez se me ha hecho sensible el peso de vuestro brazo, esperimentando algunos castigos pasageros, esto ha sido mas bien una correccion de Padre, que un castigo de un juez irritado. ¡Que bondad! ¿Y cual sería mi ceguedad, si despues de tantas pruebas brillantes de vuestro amor y

de vuestra paciencia, con una criatura tan vil y tan indigna como yo, permaneciera todavia insensible, y no me consagrára enteramente á vuestro servicio? Este sacrificio ¡ó mi Dios! es demasiado justo y legítimo; pero no puedo negar que he comenzado muy tarde á ofreceroslo; pues yo debia haberlo hecho en el tiempo de mi salud, y no esperar á que la enfermedad me escitára á practicarlo.

¿Qué proporcion podria haber jamas entre todo lo que yo soy capaz de presentaros y todo lo que os debo? ¿hay alguna ventaja en mí que yo no la tenga de vuestras liberalidades? Mi vida es vuestra: vos sois quien me ha sacado de la nada; y á este primer don habeis añadido otra infinidad de beneficios. Pero ¿qué uso he hecho yo de ellos? Me disteis un corazon, cuyos afectos todos deben dirigirse á vos: y este mismo corazon vos mismo me lo habeis pedido muchas veces (1). ¿Hay nada mas justo que dároslo? y sin embargo, yo siempre he estado sordo á esta dulce voz: y como si no fueseis digno de poseerlo, lo he abandonado al amor del mundo, y él ha sido hasta ahora casi siempre el teatro de una infinidad de pasiones y de inclinaciones desarregladas que han sido sus tiranos.

---

(1) Filli, praebe cor tuum mihi. *Prov.* V. 23 *v.* 26.

Restituid á vos, ¡ò Dios mio! este corazon ingrato y rebelde, y reformad en él todo lo que puede tener, todavia de terreno y de carnal. Ceradlo enteramente al amor de las criaturas, á fin de que no se abra mas que á las impresiones de vuestra gracia, y á los atractivos de vuestro amor. Encended en el un fuego sagrado, que repare por sus ardores todas las frialdades que ha tenido con vos; é inflamadlo mas y mas, hasta que ya no esté en riesgo de extinguirse. Mi salvacion estará en seguridad, cuando mi apego àcia vos haya llegado á aquel grado de perfeccion en que no tenga mas objeto que vos solo. Siendo entonces todo vuestro mi corazon, nada podrá separarme ya de vuestro amor: ni la violencia de los males, ni la muerte, ni la vida, ni la pérdida de todo lo que me es en el mundo mas amable, nada de esto será capaz de separarme de vos. Estos son ¡Dios mio! los sentimientos que vuestra gracia me inspira, en los cuales debo procurar entrar, y mantenerme en ellos hasta el fin de mi carrerra. Gravádlos profundamente en mi alma, á fin de que mi corazon ya no sea ocupado sino de vos; y que mi vida pueda acabar en el ejercicio actual de vuestro amor, para comenzar otra nueva en el cielo con los bienaventurados, y allí amaros y poseeros eternamente.

IV.

¡O mi Dios, origen inagotable de bondad y clemencia! Yo me postro delante de vos con un corazon, penetrado de dolor, y os suplico humildísimamente que me concedais el perdon de todos mis pecados. Me reconozco indignísimo de él, despues de tantas recaidas, y nuevas ingratitudes; pero vuestra misericordia es infinitamente superior á toda mi malicia, y es la misma en que yo fundo toda mi esperanza. ¡O Señor! la muchedumbre y la enormidad de mis ofensas me arrastrarian á una funesta desesperacion, si vuestra caridad, que no tiene límite, no reanimara mi valor, y no sostuviera mi confianza. Vuestro Hijo único no vino al mundo por los justos, sino para llamar á los pecadores á la penitencia. Yo soy del número de estos, á quienes este misericordioso Salvador llama á sí, y á quienes les promete su gracia y su socorro. Vos, Dios mio habeis atendido al arrepentimiento de David adúltero y homicida: borrasteis sus crímenes luego que él se humillò á vuestra presencia y os pidió perdon. Los gemidos del impio Manasés, cargado de cadenas en una funesta prision llegaron hasta vuestro trono y enternecieron vuestra justicia, y os apiadasteis de él. Dignaos del mismo modo, Señor, dejaros enternecer

á vista de mis suspiros y de mis làgrimas.

Yo confieso, Dios mio, que despues de haber abusado tanto tiempo de vuestra paciencia, no merezco que echeis sobre mí una mirada favorable; pero vos, Señor, no habeis perdido la ternura de Padre aunque yo haya sido largo tiempo un hijo tan ingrato y rebelde. Semejante al hijo pródigo, he disipado toda mi substáncia por satisfacer á mis pasiones, y he perdido todos los bienes con que me habeis enriquecido; pero vos sois poderoso y rico para derramar todavia sobre mí vuestros dones, sin disminuir nada de vuestros tesoros que son inmensos.

Apartad, Señor, de mi cabeza criminal el peso de vuestra justa indignacion: perdonad á un delincuente que reconoce su ceguedad y sus crímenes, y que los detesta con toda su alma. ¿Por ventura el hijo pródigo habria tenido una suerte mas dichosa que la mia? Cuando él se postrò á los pies de su padre despues de haber entrado en sí mismo, confesó en su presencia todo el horror de sus desórdenes, diciendo que no merecia llamarse hijo de tal padre. Asi yo, Dios mio, presentándome delante de vos como reo, no, yo no disminuiré nada de la ingratitud, é infamia de los desòrdenes en que he caido. Pequé contra el cielo y contra vos, y no soy digno de ser llamado hijo vuestro. Èl cielo y

la tierra han sido testigos de mis flaquezas y de mis crímenes; y si algunas veces los hombres los han ignorado, vos siempre los habeis visto con toda claridad, como que han sido cometidos à vuestra presencia: en vano he procurado huir de la luz; las tinieblas que he buscado con tanto cuidado y precaucion, no han podido escaparlos de vuestra vista, porque vos estais presente en todos los lugares. Si, mi Dios, yo he pecado contra vos, y en vuestra presencia: y mi atrevimiento é insolencia merecen toda la severidad de vues tra justicia. Pero acordaos Señor, que á pesar de toda la indignidad de mi vida, vos siempre sois mi padre y yo siempre soy vuestro hijo. ¡Ay! bien se echa de ver que respecto á mí no habeis perdido el corazon de Pa dre, pues ma acabais de dar una nueva prueba de vuestra ternura paternal, afligiéndome con un mal que me ha hecho suspender la carrera que llevaba por los caminos desgraciados de la iniquidad. Me habeis hecho reconocer los peligros en que estaba; y mediante vuestra luz me habeis descubierto el abismo en que estaba pronto á caer. Vuestra gracia ha disipado mis tinieblas, y ha herido mi corazon: ahora comprendo que no hay cosa mas funesta ni mas abominable que abandonar al Criador por adherirse á la criatura: nada mas estravagante que comprar un pla-

cer momentáneo por una eternidad de suplicios: nada mas irracional que preferir las iniquidades y turbaciones que el pecado produce en el alma, al dulce reposo de una buena conciencia; y que aun en medio de las mayores felicidades del mundo, ninguno puede ser dichoso estando retirado de vos: finalmente, ahora conozco que todas las amarguras de la penitencia son infinitamente mas dulces y mas consolantes que los atractivos mas lisonjeros del deleite.

Vos habeis permitido, Señor, que yo así lo haya esperimentado en el largo tiempo en que he vivido separado de vos: porque esta misma desgraciada esperiencia me desengañase de mis errores. El mundo me habia seducido por sus falsos atractivos: yo he sentido su veneno mortal, y mi alma languida y moribunda arroja suspiros ácia vos, pidiendoos que tengais piedad de ella. Vos sois su médico Omnipotente, y por mas profundas que sean sus llagas, vuestra gracia es todopoderosa para obrar su curacion. Yo voy á hacer un divorcio eterno de todo aquello que ha sido el orígen fatal de mis desórdenes. Solo la virtud va á hacer el objeto de mis votos, y estoy determinado á abrazarla con el mayor ardor. Por mas repugnancias que encuentre en mí para arrancarme de todo lo que puede lisonjear mis pasiones y sentidos;

yo lo pondré todo en uso, con el socorro de vuestra gracia, para triunfar de ellas: y si me es permitido el desear el restablecimiento de mi salud, y la prolongacion de mi vida, yo no quiero gozar de la una ni de la otra, sino para consagrarme enteramente á vos.

V.

Perdonadme, ¡ó salvador mio! todos los desórdenes de mi vida, y no os acordeis de mis antiguas flaquezas que detesto con todo mi corazon. Aunque yo espero en vuestras misericordias, la severidad de vuestros juicios conturba mi espíritu, y vivo en unos continuos espantos y cuidados. El infierno que yo he merecido por mis pecados, se ofrece siempre à mis ojos con todo lo que tiene de afrentoso y cruel en sus tormentos. Me parece que veo allí el lugar que vuestra justicia me tiene señalado, y que descubro en aquel abismo de fuego una infinidad de condenados que os han ofendido mucho menos que yo. Vos los habeis juzgado y arrojado à estos eternos suplicion; pero aun todavia no habeis pronunciado sentencia semejante contra mí: todavia estoy en estado de poderos mover y desarmar vuestra justicia: puesto que la penitencia es para eso un medio eficacisimo. Yo la abrazo con todo mi co

razon, con todo lo que ella pueda tener de rigoroso y severo: ella no podrá ser demasiado penosa ni austéra para un pecador tal cual yo soy. Pero ¡ay! ¿de que soy capaz en el estado á que me ha reducido mi enfermedad? Yo no puedo hacer mas que gemir, amaros, y sufrir con paciencia todos los males que padezco. Vos sois un Dios de bondad que no ecsijis de mi nada que sea superior á mis fuerzas. El suplicio de la cruz fué la penitencia del buen ladron: él se reconoció culpable, confesó su crímen y lo detestó: os suplicó que os acordeis de él cuando entreis en vuestro reino: y vos escuchasteis su oracion y le prometisteis un lugar en vuestro paraiso. Conceded, Señor, la misma gracia á un pecador que os la pide con el mismo ardor. ¡O Dios de misericordia! atraed àcia vos todos los movimientos y afectos de mi corazon, á fin de que él no suspire mas que por vos, y que solo sea sensible al dolor de haberos ofendido, y à ios atractivos de vuestra gracia.

Yo voy quizá á salir muy breve de este mundo, para entrar en el reino de la eternidad: mis ojos se van á cerrar para siempre, y ya no veran jamas estas vanidades engañosas que me han seducido tantas veces: mi cuerpo volverá al polvo de donde fué sacado hasta la resurreccion general, y sola mi alma vivirá y subsistirá eternamente. Yo no pue-

do sostener esta idea, ¡ó Dios mio! á la vista de la multitud y enormidad de mis pasados delitos. ¿Que será de mí, si vos me juzgais con todo el rigor de vuestra justicia? Dadme un corazon verdaderamente contrito y humillado, que os inspire ácia mí sentimientos de ternura y de misericordia: haced, si es posible, que el dolor que yo tenga de mis pecados, sea tan grande cuanta fué la amargura que vuestra santísima alma tuvo en el huerto de los olivos. Quitadme todas las funestas reliquias del pecado que mi penitencia y arrepentimiento acaso no han deshecho enteramente, y que me desagradan mas que la misma muerte. Recibid estos últimos testimonios de la sinceridad de mi contricion, y de mi retorno ácia vos; los cuales quisiera que fuesen infinitamente mas perfectos: fortificad mi corazon, que implora vuestra misericordia, y asegurad esta alma, que suspira y gime en la incertidumbre de su salvacion (1). No permitais que los espíritus de las tinieblas me seduzcan, y me separen de vos. Yo quiero morir renunciándolos, y dándome á vos para siempre.

Yo espero en vuestra santa misericordia ¡ó Dios mio! á pesar de que soy culpable de un número casi infinito de pecados: por vues-

(1) Dic animae meae, salus tua ego sum.

tro amor los detesto con toda mi alma. Vuestras bondades para conmigo me confunden, y mi ingratitud me llena de horror; pero ya que vuestra gracia me ha dado un corazon nuevo que me hace sentir todo el peso de mi iniquidad, y que no tiene otro deseo que el de agradaros y amaros; inflamad mas y mas sus ardores, haciendo que se consuma enteramente en él aun lo mas mínimo que pudiere arrastrarlo ácia la tierra, y hacerme desear vivir separado de vos: para que yo pueda morir en vuestros brazos, y volveros el alma que me habeis dado, cuando llegue el momento que vos habeis determinado para que vaya á presentarme en vuestro terrible tribunal.

Si es vuestra soberana voluntad que esta enfermedad me conduzca al sepulcro, yo estoy, Señor, por vuestra gracia preparado á ello, y para recibir de vuestra mano adorable todo lo que os agrade decidir sobre mi suerte. Moriré con tanto mayor gozo, cuanto que cesando de vivir, cesaré para siempre de ofenderos. ¡O Señor! que estrema sería mi felicidad si muriendo una vez pudiese dar la muerte á todos los vicios, y la vida á todas las virtudes: mi alma os pertenece: ella es vuestra por unos títulos demasiado legítimos, para que yo pueda rehusárosla cuando me la pidais.

¡Ah! que responsable soy á vuestra infinita caridad, y á vuestra misericordia infinita, de no haberme herido en el tiempo en que mi vida era todavia toda criminal, y en que mis pasiones me mantenian sumergido en toda suerte de desordenes! ¡Que terrible y que funesta hubiera sido para mí la muerte, si me hubiera sorprendido en aquellos desgraciados tiempos en que pensaba tan poco en ella, y en los cuales vivia tan mal preparado para recibirla! ¿Que acciones de gracias tan fervorosas y cordiales no debo siempre rendiros por haberme conservado entonces, y haberme esperado hasta este momento para ponerme en estado de expiar mis pecados por la penitencia, y satisfacer á vuestra justicia por medio de la enfermedad que vos me habeis enviado? Esos dias de disolucion y desórden, que me parecian entonces tan dulces, y durante los cuales era yo el objeto de vuestro ódio y de vuestra indignacion, son ahora para mí, (gracias á vos) unos dias de dolor y de afliccion, y su espantosa memoria horroriza mi espíritu. Yo veo todas las maldades y abominaciones de mi vida, y percibo toda la corrupcion de mi corazon. Mi alma por entonces ya no llevaba en sí estampada vuestra imágen, porque los vicios la habian desfigurado enteramente. Todo en ella estaba destruido, y no habia mas que

confusion y desòrden en todas sus facultades. Caminaba en medio de las tinieblas llendo de precipicio en precipicio como un frenético; sin que nada fuese capaz de abrirme los ojos, ni de detenerme en una carrera tan fatal. Si pasados los eccesos de mis locuras, y satisfechas mis pasiones, la conciencia me reprehendia alguna vez los desordenes en que habia caido, ¿que esfuerzos no hacia yo para sofocar sus remordimientos, y para imponerle silencio? Mientras que era yo el desgraciado esclavo de estas pasiones que me dominaban, ¿cuantas veces ¡ó mi Dios! me concedisteis vuestro socorro, para que rompiese mis lazos y saliese de mi esclavitud? Vuestra gracia jamas me ha faltado; pero casi siempre he hecho resistencia á los atractivos, y ¿por grande que fuera el temor que yo debia tener de los efectos de un menosprecio tan indigno, como el que hacia de vuestros auxilios, quedaba siempre en calma y tranquilo, en medio mismo de los peligros que por todas partes me rodeaban.

¿Podré yo jamas admirar bastantemente la paciencia con que me habeis sufrido, y la estension de vuestra caridad, de esa caridad que os retrajo de usar de toda la severidad de vuestra justicia, para castigar mi insolencia, mi dureza y obstinacion en el mal? ¿Y que no debo yo hacer ahora para procurar

corresponder á unos testimonios tan estraordinarios, y tan repetidos de vuestra bondad? Sí, Dios mio, justisimo es que despues de haber pasado mi vida en ofenderos emplee á lo menos sus ùltimos restos en gemir y llorar, y que no cese jamas de arrepentirme y afligirme.

Yo quisiera primero morir mil veces que volver á recaer en mis desórdenes. Jamas tendran ya imperio sobre mí el mundo, el demonio, ni la carne: y puesto que todavia quereis vos ayudarme con vuestra gracia, por una misericordia de que me reconozco indignísimo; toda mi aplicacion y cuidado será velar en mi defensa, y reparar con mi penitencia los desordenes de mi conducta. Tened piedad de mi ¡ó Dios mio! y apartad vuestros divinos ojos de la multitud innumerable de mis culpas; perdonadme, Señor, y borrad enteramente su memoria. Por mas horrible que haya sido mi vida, yo no perderé la confianza que tengo en vos, porque vos sois mas misericordioso, que yo miserable, y porque sé que si mis pecados me han hecho digno del infierno; los tormentos y la muerte de mi Señor Jesucristo me han merecido el cielo.

VI.

¡Ay Dios mio! ¡que dolorosa y sencible es para mi alma el haber correspondido tan mal

á vuestros favores, y á vuestras gracias, y el haber abusado de ellas por tan largo tiempo! ¡Que no pueda yo rescatar todos los años de mi vida, para emplearlos solamente en glorificaros! Triste verdad: que estos años pasaron para siempre, y no volveran jamás. Pero haced ¡ó Señor misericordioso! que lo que me falta que vivir sirva á hacer una santa reparacion de lo pasado, y que con este objeto me aproveche hasta del mas pequeño de vuestros beneficios.

Cuando yo reflecciono, ¡ó divino Salvador mio! en lo que vos habeis hecho y padecido por mi salvacion, y en lo que yo he hecho y sufrido para mi pérdicion eterna; desfallezco y caigo en el último abatimiento. Me parece que os veo ya armado contra mí, lanzando rayos sobre mi cabeza criminal para cartigarme por mi ingratitud. Me estremezco al pensar en la muerte, porque vuestros juicios son terribles, y que si el justo apenas se salva, ¿que no deberé temer yo, que no encuentro en mi mas que miserias y pecados? Pero hallándome penetrado de un vivo dolor de haberos ofendido, ¿qué no deberé esperar de vos, Salvador mio, que sois la misma bondad? aunque es cierto que sois vos mi juez, no lo es menos que sois mi Redentor: y la sangre preciosísima que habeis derramado para expiar mis crímenes, es un testimonio dema-

siado brillante de vuestro amor, para que yo no me abandone enteramente á los brazos de vuestra misericordia. Dignaos, Señor, estenderlos sobre mí para salvarme. Colmadme de vuestras bendiciones: sostenedme con vuestro socorro: poned mi alma en las santas disposiciones en que debe estar, para que pueda comparecer lleno de confianza á la presencia de vuestro terrible tribunal. Haced por vuestra gracia, que cuando llegue el momento en que me veré obligado á salir de este mundo, muera yo con la muerte de los justos: que deje la tierra para ir al cielo: que salga de mi prision para gozar de una libertad perfecta: que acabe mi destierro para entrar en mi querida pátria: y que pase del tiempo á la eternidad, de la miseria á la felidad, y de la muerte á la inmortalidad. Rompad los lazos que podrian todavia unirme á la vida, para que no suspire mas que por vos. Yo os sacrifico todo lo que poseo, y todo lo que soy; para manifestaros que os amo mas que á mí mismo, y mas que á todo lo que me es amable sobre la tierra: y no quiero tener en lo de adelante otro deseo, mas que el vivir eternamente unido á vos.

Si estos sentimientos no fueren bastante sinceros y bastante perfectos, y si no tuviere todavia alguna cosa que pueda ser impedimento á esta santa union, distraedla, Señor,

por el imperio soberano que teneis sobre mi corazon: echad sobre mí una mirada de misericordia como hicisteis con el primero de vuestros Apóstoles, despues de su caida; y dad á mis ojos torrentes de lágrimas para llorar mi ingratitud y mis tinieblas: miradme como á aquella muger pecadora, postrada á vuestros pies, y dadme un corazon que os ame perfectamente.

¡Ay! ¿Qué será de mí, ¡ó Divino Jesus! si no teneis compasion de mi estrema miseria? Toda mi confianza se apoya y se sostiene en la preciosa sangre que derramasteis por mí. Vuestra muerte es mi vida: y cuanto mas padecisteis por salvar á los pecadores, tanto mejor es la esperanza que tengo de no perecer eternamente. Si por mis pecados yo me he precipitado hasta las puertas del infierno, vos sois todopoderoso para retirarme de ellas. Todo me inspira un entero abandono en vuestras divinas misericordias.

Vuestro amoroso costado abierto: vuestra cabeza coronada de espinas: vuestros brazos estendidos sobre la cruz: vuestras manos y pies taladrados con los clavos; vuestro cuerpo todo rasgado á fuerza de azotes: vuestros miembros dislocados: vuestra sangre derramada por mí: vuestros suspiros: vuestros gemidos: vuestras lágrimas: todo me predica, y me hace esperar mi salvacion y mi vida.

Sí, divino Redentor mio, yo esperaré siempre en vuestra misericordia, porque vos sois el Dios de mi salud (1). Yo no puedo hallar mas que mi perdicion en mi fragilidad, si vos no me socorreis; y todos los beneficios de vuestra misericordia me serán inútiles, si carezco de valor y de fortaleza por mis infidelidades y miserias. No permitas, Jesus mio, que la obra de tu bondad perezca por la de mi iniquidad: ni que me precipite yo mismo en el infierno por mis pecados y por mi impenitencia: despues que tú mismo me has merecido el cielo por tus trabajos y tu muerte, no me abandones al desarreglo de mi corazon, y has que estando solamente lleno de tí y de tu amor, jamas tenga la desgracia de perderte de vista.

Venid á mi socorro ¡ó Dios omnipotente! á fin de que los enemigos de mi salvacion no tengan lugar de triunfar ó alegrarse de la pérdida de mi alma: ellos no cesan de atacarme, no ceseis vos de defenderme. A cada momento seria yo vencido, si á cada instante vos no me sostuvieseis en mis combates; pero vos sois todo mi refugio y toda mi esperanza: aunque mi vida ha sido manchada con tantos crímenes, vuestra bondad me ha librado de caer en el fondo de los abis-

---

(1) Domine Deus salutis meae. Psalm. 37 v. 22.

mos: habeis echado à vuestras espaldas mis pecados, luego que yo me he arrepentido de ellos, y los he confesado sínceramente en el Sacramento de la penitencia. Me habeis adoptado de nuevo y puesto en el número de vuestros hijos, poned el colmo á vuestras misericordias, haciéndome participar de la herencia que les destinais en el cielo, para que pueda eternamente con ellos bendecir vuestro santo nombre, y contemplar vuestra gloria. Yo no puedo entrar en vuestro Santuario para adorar en él vuestro poder, si vos mismo no os dignais ser mi conductor. Confieso que soy indignísimo de entrar en vuestra santa casa, porque no estoy lleno mas que de miserias; pero vuestra gracia es todopoderosa para purificarme de los restos de mi iniquidad: aumentad, Señor, el dolor que debo tener de ellas, romped mi corazon, y dignaos recibir los tristes restos de una vida llena de trabajos y congojas; para que estas suplan de algun modo las faltas de mi penitencia. Es verdad que esto es haceros un sacrificio muy pequeño, siendo quizá muy poco lo que me falta que padecer y que vivir; y esto me llena de confusion porque no os presento mas que las miserables ruinas de una vida, cuyas primicias y frutos se lo han llevado las pasiones; pero yo procuraré, ¡ó Dios mio! ayu-

dado de vuestro socorro, suplir por mi constancia y por mi amor en los males que padezco, lo que la brevedad de mi carrera no me permita ejecutar para satisfacer vuestra justicia. Vos, sois el dueño de vuestros dones y de vuestros favores; y vuestra misericordia os inclina á perponarme unas deudas que yo no soy capaz de satisfacer. Recibid, ¡ó Dios mio! los trabajos de mi divino Salvador, que son de un precio infinito: por mas grande que sea la muchedumbre de mis ofensas, y el ecseso de mi malicia; ellos son siempre sobreabundantes para reparar todos los ultrajes que yo he podido hacer à vuestra divina Magestad, durante el tiempo de mi vida.

¡Padre de las misericordias! sea cumplida en mí vuestra voluntad. ¡Que dicha para mí si despues de tantos pecados y de tan poca penitencia, puedo suplir esta falta con el sacrificio de mi vida, ofreciendoos la de un cuerpo oprimido bajo el peso del dolor! Yo no os pido la salud de este cuerpo, ni que el cáliz en que vos me haceis beber pase léjos de mí, sino solamente el que hagais mi voluntad conforme á la vuestra, y que pueda yo cumplir con una sumision perfecta todos los designios que teneis sobre mí. Mi cuerpo estenuado por una estrema flaqueza, no espera mas que su destruccion.

El es un vaso de barro en vuestras manos, y debe brevemente ser quebrado y reducido á polvo. El os pertenece mas que á mí mismo, porque vos lo sacasteis de la nada, y es obra de vuestras manos. Vos dispondreis de él segun vuestra grande voluntad. Me contento con que mis males se multipliquen en vez de disminuirse, si vos asi lo habeis resuelto en vuestros eternos consejos Me es mucho mas ventajoso el padecer en este mundo, y poseeros en el otro, que no sufrir nada y perderos para siempre: mas porque nada puedo sin vos, venid à mi socorro, y haced que todo mi gozo sea padecer y obedeceros. Reconozco la justicia de vuestros castigos en los males que padezco, y que tengo sobradamente merecidas las penas que me imponeis. Vengaos, Señor, sobreesta carne criminal, de todas las ofensas que he cometido contra vuestra divina Magestad. Yo serè consolado, con tal que vuestra justicia se dé por satisfecha, y que yo pueda ser el objeto de vuestras eternas misericordias,

Asi lo habeis dispuesto vos, Dios mio, que el pecado sea castigado en este mundo ó en el otro, y con este fin me habeis heridoen esta enfermedad, para que satisfaga con unos males que se mehan hecho necesarios los desordenes á que voluntariamen-

te me abandoné. Si, Dios mio, ahora estoy convencido de que todos los golpes que me dais, salen de vuestra mano misericordiosa, y no afligís mi cuerpo sino para salvar mi alma. Espero ¡ó mi Dios! que me descubrireis mas y mas este tesoro que está oculto en mis trabajos, y derramareis sobre mi espíritu un rayo de vuestra luz, y que me sostendreis en mi flaqueza, á fin de que despues de haber reconocido la utilidad que me resulta de ir por este camino de los sufrimientos, no me desaliente en mi carrerra, ni me vea abandonado de mi fortaleza.

Como yo os pertenezco á vos mas que á mi m smo, confio en que no me dejareis sin socorro, y que puesto que no puedo nada sin vos, sereis vos mismo toda mi fortaleza. No, Señor, no permitais que la cruz á que me habeis condenado, para que sirva de instrumento á mi salvacion, se vuelva el de mi perdicion: ni que yo desprecie ó aborrezca este remedio saludable y necesario á mis males, porque es repugnante á la naturaleza. Imprimid su amor en mi corazon, para que yo no pierda nada del mérito que habeis aligado al humilde sufrimiento de los trabajos. Animad mas y mas mi esperanza, para que permanezca firme y constante en los mas estremos rigores, ya que una felicidad eterna ha de ser su recompensa. Encen-

ded en mí el fuego sagrado de vuestro amor, para que sufra no solamente con paciencia, sino con alegria todos los males que me sitian y acongojan, y pueda asi daros pruebas de mi apego á vos, y de mi sumision á vuestra santa voluntad. Vos solo, Dios mio, sois quien puede llenar mi corazon de semejante amor, y abrasarlo enteramente en estas divinas llamas.

Y si la violencia del dolor y mi flaqueza me arrebataren algunas veces á movimientos de impaciencia, ó de murmuracion, inspiradme, Señor, un pronto y sincero árrepentimiento de ellos: y volved á establecerme en aquellos sentimientos en que debo estar, para no salir de la sumision á las órdenes de vuestra divina Providencia. Yo renuncio desde este momento á todas las inquietudes, á todas las desconfianzas, á todos los movimientos demasiado vivos, á que podria rendirme; y me abandono enteramente á todos los estados á que querais reducirme. Siendo la muerte un tributo que yo he de pagar necesariamente á la naturaleza, yo la acepto con todo mi corazon. Sea pues pronta ó lenta, dulce ó amarga, socorrida ó abandonada; yo la recibiré igualmente en cualquiera diversidad de circunstancias: miraré mis trabajos como una participacion de los de Jesucristo, que los consa-

gró en sí mismo: y la muerte como el camino que debe conducirme á la bienaventurada inmortalidad.

VII.

¡O Dios, única esperanza de los afligidos, y único remedio de los pecadores! Yo me arrojo en vuestros brazos, tened piedad de mi estremada miseria. Sostenedme en aquel momento fatal que separará mi alma de mi cuerpo: dadme los sentimientos de la mas viva compuncion, para que pueda lavar mis pecados en mis lágrimas y hacerme digno de vuestras misericordias. ¿A que peligros no he espuesto yo mi salvacion, por los desarreglos á que me he entregado casi en todo el tiempo de mi vida? ¡ay! cuando yo hago reflecsion sobre mi pasada conducta, caigo en un abatimiento mortal. Yo no veo por todas partes mas que una plenitud horrible de vicios y desórdenes, y un vacio funesto de virtudes y buenas obras. Pero vos, Señor, sois mi reparador: dignaos restablecer el bien que yo he destruido en mí, por el mal uso que he hecho de vuestros dones y reparad todas las inutilidades de mi vida, de la cual debo daros una cuenta tan severa. Mi corazon era todo del mundo, y casi nunca estaba ocupado del deseo de agradaros, y de trabajar en mi salvacion. ¡Que ingratitud, y que ceguedad! Vos, Señor, po-

deis volverme todo lo que he perdido, y suplir por vuestra bondad infinita á todo lo que falta á mis obras. Inspiradme un odio mortal al pecado, y á todo lo que me separa de vos, para que pueda expiar con mi arrepentimiento todos los malos apegos, que han sido las causas fatales de los desordenes de mi conducta.

Cuando la idea de esta se representa en mi espíritu, mi alma se llena de un espanto mortal; y me desesperaria si perdiese de vista vuestra misericordia que no tiene límites; pero yo me reanimo y me aseguro en medio de mis turbaciones, cuando considero á mi divino Redentor clavado en la cruz, que voluntariamente se entregó á la muerte por la salvacion de todos los hombres. Yo me uno á esta cruz divina, y entro en sus llagas adorables; lo miro como mi refugio, y como un resorte omnipotente para apasiguar vuestra justicia; y os ofrezco ¡ó Dios mio! todos sus tormentos, su sangre preciosa, y su muerte misma, como que es el precio de mi salvacion.

Mas porque cada cristiano debe cumplir en su propia persona lo que falta á la pasion de mi Salvador, yo junto á ella todos los males que padezco, y todos los gemidos de mi corazon. En esta disposicion, Señor, me presento ante el trono de vuestra misericor-

dia, à pediros el perdon de mis pecados, y las gracias de que necesito, para ponerme en estado de comparecer á vuestra presencia, cuando venga la muerte á quitarme de este mundo. No permitas que ella me sorprenda, ni que yo muera impenitente. No me abandoneis en los últimos momentos en que todas las criaturas me abandonarán. Haced que halle en vos un Dios que sea mi protector, y un ausilio seguro en que yo pueda salvarme. Vos sois mi fortaleza y mi refugio. Vos me habeis redimido, Señor Dios de la verdad: à vos recomiendo mi alma, en vuestras manos la pongo, y en ellas quiero exhalar mi último suspiro.

Virgen Santísima, Madre de Dios y Reina del cielo; yo imploro vuestra proteccion todopoderosa para con Jesucristo. Vos sois el refugio de los pecadores, y el consuelo de los afligidos: tened compasion de mi miseria: mi cuerpo está rendido bajo el peso de los males que le oprimen por todas partes, y mi alma gime en la incertidumbre de su eterno destino. Mi conciencia se levanta contra mí y me reprende de un sin número de infidelidades; pero á pesar de todos los horrores de mi vida que detesto, y de que me arrepiento con todo mi corazon, no dejaré de esperar en la misericordia infinita de mi Dios, y en los trabajos de mi

Redentor. Rogádle por mí, Vírgen santísima, y aunque yo soy indigno de vuestras bondades, no me negueis vuestra asistencia. Jesucristo os escogio por Madre suya para salvar á todos los hombres; sed con él mi medianera, y emplead en mi favor el poder que os dá el título augusto de Madre de Dios, para obtenerme el perdon de mis pecados. Vos sois la puerta del cielo, no permitais que su entrada se cierre para mi alma en el momento que ella se separe de mi cuerpo. Vos sois una Madre de gracia y de misericordia, y todo lo podeis en favor de los pecadores, alcanzadme un juicio favorable de Jesucristo, que me ha de juzgar en el instante de mi muerte.

Y vos, santo Angel de mi guarda, que habeis sido siempre fiel en custodiarme: tened cuidado de los últimos momentos de mi vida. Venid á mi socorro, para defenderme contra los enemigos de mi salvacion, á fin de que salga victorioso del ultimo combate, à que quiza dentro de muy breve tiempo seré expuesto: y de que yo pueda morir en el amor de mi Dios y mi divino Redentor: consoladme en mis dolores: fortificadme en mis flaquezas, principalmente cuando esté pronto á entregar mi alma en las manos de mi soberano Juez: alcanzadme la gracia de acabar mi vida en una santa paz, y que pue-

da pasar felizmente de este mundo al reino eterno. Amén Jesus, Maria y José.

El Papa Juan XXII concedió á todos los fieles de ambos secsos que rezaren la siguiente oracion en cualquiera iglesia ó cementerio, tantos dias de perdon, cuantos cuerpos allí estuvieren enterrados. Hallase el original de ella en la Iglesia de S. Juan de Letran de Roma.

ORACION.

Salveos Dios, fieles almas cristianas, y deos á todas descanso aquel que es verdadera holganza Jesucristo Hijo de Dios vivo, el cual nació de la inmaculada Virgen Santa Maria, por nuestra salud y de todo el mundo, y os redimió con su preciosíma Sangre: él os dé su bendicion, y os libre y resucite en el dia santo de la resurreccion y del juicio final, haciendoos de la compañia de sus santos, angeles y suya, con gozo para siempre. Amén. *Padre nuestro y Ave Maria.*

Rogamos y pedimos, Omnipotente Dios y Señor nuestro, que ya que por nuestros pecados justamente merecemos castigo, por la gloria de tu santísimo nombre seamos libres de todas nuestras culpas y maldades. Que vives y reinas por los siglos de los siglos Amen.

El Papa Benedicto XIII concedió ochenta mil años de indulgencia á todos los fieles que teniendo la Bula de la Santa Cruzada dijeren la siguiente

ORACION.

Señor mio Jesucristo, Padre dulcísimo, por el gozo que tuvo tu querida Madre cuando te le apareciste la sagrada noche de Resurreccion, y por el gozo que tuvo cuando te vió lleno de gloria con la luz de la divinidad, te pido que me alumbres con los dones del Espíritu Santo, para que pueda cumplir tu voluntad todos los dias de mi vida. Pues vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Esta indulgencia está en S. Juan de Letran de Roma, puesta en un mármol. Apud. Ferr. Bibl. v. Indulg. *Vide Bened. XIV de Synod lib.* 13. *cap.* 18 *núm.* 5 *in fine,*

Ad majorem Dei gloriam, et in bonum SS. Animarum Purgatorii.

FIN

DE LA OBRA.

LETRILLA DE SANTA TERESA DE JESUS

Nada te turbe;
Nada te espante,
Todo se pasa,
Dios no se muda,
La paciencia
Todo lo alcanza,
Quien á Diós tiene,
Nada le falta,
Solo Dios basta.

Eleva el pensamiento,
Al cielo sube,
Por nada te acongojes,
Nada te turbe.

Hazte por Jesucristo
Como ignorante,
Y venga lo que venga,
Nada te espante.

¿Ves la gloria del mundo?
Pues es muy falsa,
No hay en él cosa estable,
Todo se pasa.

Aspira tú á la eterna,
Que siempre dura,
Y aun que se pase todo,
Dios no se muda.

Ama al que solo es bueno
Por ecselencia,
Mas el amor se prueba
Con *La paciencia.*

Conserva la Fé viva,
Y ten confianza;
Que quien cree y espera,
Todo lo alcanza.

Cree si eres tentado,
Que así conviene,
Y que vence al infierno,
Quien á Dios tiene.

Nada le altera al justo,
Ni sobresalta,
Y como Dios es todo,
Nada le falta.

Viva Santa Teresa,
La grande Santa,
Que en Diosada decia:
Solo Dios basta.

INDICE

de las Ecsortaciones contenidas en esta obra.

SEGUNDA PARTE.

